

**Luis Amigó en su tiempo**



# **Luis Amigó en su tiempo**

AGRIPINO GONZÁLEZ, T.C.



*A mis hermanos y hermanas  
terciarios capuchinos para  
que con amor profundicen  
en el espíritu y carisma  
de su Padre Fundador  
que tanto les ha amado*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados

© Agripino González Alcalde, T.C.

ISBN: 978-84-123391-4-7

Maquetación e impresión: Martín Gràfic - València

# ÍNDICE

Prólogo.....	11
1. Luis Amigó y D. Baltasar Rull.....	13
2. Fray Luis de Massamagrell y el Dr. Ferrán.....	16
3. José M <sup>a</sup> Amigó y D. Gregorio Gea.....	19
4. Luis Amigó en la II República.....	23
5. José M <sup>a</sup> Amigó y la Cartuja del Puig.....	26
6. Luis Amigó y la Prensa.....	29
7. La Valencia de Luis Amigó.....	32
8. Segorbe en tiempos de Luis Amigó.....	35
9. Solsona en tiempos de Luis Amigó.....	38
10. Luis Amigó y la Virgen de los Dolores.....	41
11. Testamentos de Luis Amigó.....	45
12. José María Amigó y la Escuela de Cristo.....	48
13. Luis Amigó de familia culta y religiosa.....	51
14. Fray Luis Amigó promotor de peregrinaciones...	55
15. Luis Amigó y San Juan de Ribera.....	59
16. El Papa Francisco y Luis Amigó.....	63
17. El escudo episcopal de Luis Amigó.....	66
18. Luis Amigó y la beata Carmen García.....	68
19. José M <sup>a</sup> Amigó y D. José Guzmán.....	71
20. José M <sup>a</sup> Amigó y la peste de 1885.....	75
21. Luis Amigó honra a Bonifacio Ferrer.....	79
22. Luis Amigó y la Navidad.....	83
23. Luis Amigó y Francisco de Orihuela.....	86
24. Luis Amigó, hombre organizador.....	89
25. Luis Amigó y las órdenes terceras.....	93
26. Luis Amigó en la Montaña.....	97

27. Fray Luis de Massamagrell en Ollería.....	100
28. Fray Luis de Massamagrell en Orihuela.....	103
29. Luis Amigó Obispo A.A. de Solsona.....	106
30. Luis Amigó Obispo de Segorbe.....	110
31. Fray Luis de Massamagrell en Bayona.....	113
32. Primeros años de José M <sup>a</sup> Amigó.....	116
33. Luis Amigó y Fray Maseo.....	119
34. La formación de Luis Amigó.....	122
35. Luis Amigó y la Catequesis.....	125
36. ¡Oh, Feliz Culpa!.....	128
37. Luis Amigó y los Padres Jesuitas.....	131
38. Vicisitudes de la Autobiografía de Luis Amigó.....	134
39. Proceso vocacional de José M <sup>a</sup> Amigó.....	137
40. Luis Amigó y la Gota de Leche.....	141
41. Luis Amigó y N. Sr <sup>a</sup> de los Buenos Libros.....	143
42. Mons. Luis Amigó y Bonifacio Ferrer.....	146
43. La fraternidad en L. Amigó y Fco. de Asís.....	149
44. Luis Amigó y las Misiones.....	154
45. Luis Amigó, espíritu muy franciscano.....	158
46. José María Amigó y La Puridad.....	161
47. Visita al seminario segorbino.....	164
48. Luis Amigó y el Camino de la Cruz.....	168
49. Luis Amigó y la Formación Profesional.....	171
50. Luis Amigó y la moralización.....	175
51. Luis Amigó buen pastor.....	179
52. Luis Amigó hombre de fe.....	183
53. Para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.....	187
54. Luis Amigó y Mons. Javier Lauzurica.....	190
55. Luis Amigó ministro provincial.....	194
56. El Trotamundos de Dios.....	198
57. Luis Amigó y la cuestión social.....	203
58. Sentido penitencial de Luis Amigó.....	208



## PRÓLOGO

**E**l presente librito, *Luis Amigó en su tiempo*, no es sino una recopilación de diversos artículos que el autor, a lo largo de los años, vino publicando trimestralmente en el *Boletín Informativo de Luis Amigó*, al que ha añadido luego algunos artículos nuevos.

Recoge las más diversas situaciones en que Luis Amigó se ha encontrado: Su familia, su infancia, sus amigos más entrañables, su faceta de religioso capuchino y fundador, su ministerio pastoral en Solsona y Segorbe, situaciones políticas y las más diversas y variadas circunstancias en que ha desarrollado su vida como religioso, fundador y obispo.

El autor ha tenido sumo cuidado de ir tratando los detalles más diversos de la vida y ministerios de Luis Amigó, completando o aclarando pequeños pormenores. Y siempre con la noble intención de pulir y completar el boceto de su personalidad. Siempre ha conservado la idea de procurar que su figura no se deteriorara.

Por otra parte, los diversos artículos, ni son tan extensos como en sus Biografías y en sus Rasgos Espirituales. Ni tan concisos y breves cual son las *chispitas filosóficas*, pues tiene bien aceptado que las circunstancias de la vida moderna no prestan

demasiado tiempo ni para largas descripciones, ni para momentos íntimos de concentración y reflexión del propio pensamiento.

Por otro lado, y en cuanto los articulitos se refiere, ha procurado centrar bien el tema en cada uno de ellos. Y siempre sin olvidar el detalle que lo pudiera enriquecer y ponderar. Ha tenido así mismo muy presente el consejo que en su *Testamento filosófico* Jean Guitton da para escribir bien, es decir, tener siempre a mano o delante, –que esto no lo recuerda ahora con precisión– la papelera. O lo que es lo mismo, sugerir el máximo de ideas con un mínimo de palabras.

Así pues, para su lectura no se precisa ni de tempo, ni de concentración, y tampoco de tener una lectura continuada. ¿Y por qué? Pues porque cada artículo conserva sentido en sí mismo, sin relación alguna con los demás. Y por lo mismo, pues, se puede abandonar en cualquier situación o momento la lectura iniciada.

El librito intencionalmente ha sido escrito y recopilado para religiosas y religiosos amigonianos, así como también para cooperadores amigonianos, movimiento laical amigoniano y devotos del Venerable Luis Amigó.

Tan sólo le resta desear que su lectura, amado lector, te sea grata y, sobre todo, sumamente provechosa para tu formación y el fortalecimiento de tu espiritualidad amigoniana.

**Fr. Agripino G.**

## 1. LUIS AMIGÓ Y D. BALTASAR RULL

**D**Baltasar Rull (1901-1988) fue un político nacido en Onda, Castellón, que llegó a ser Magistrado del Tribunal Supremo y, de 1951 a 1955, Procurador en Cortes y alcalde de la ciudad de Valencia. En sus años de alcalde dedicó una de las plazas más significativas de la *Ciudad de las Flores* a la memoria de Luis Amigó.

Durante los últimos años de vida de Luis Amigó, 1931-1934, D. Baltasar Rull ejerció como juez de instrucción y primera instancia en la ciudad de Segorbe. El Venerable P. Luis Amigó era el obispo y él fue quien le confirmó a sus dos hijos, Ramón y María Vicenta, en el palacio episcopal.

Durante los años de ambos en la *Ciudad del Agua Limpia*, Segorbe, pudieron dialogar sobre dificultades y problemas referentes a la educación de los jóvenes extraviados. Don Baltasar conocía sobradamente la *Obra de Menores* desde los años que en Madrid preparaba las oposiciones a su ingreso en la judicatura.

En dichos años, dice D. Baltasar, “conocí, principalmente en el aspecto profesional, la obra para mí verdaderamente nueva (puesto que, aparte de la obra del valenciano padre y juez de huérfanos que instituyó la primera obra europea de protec-

ción de menores, existió un gran vacío legal), fue la fundada por el Siervo de Dios a través de sus dos Congregaciones para la regeneración de los jóvenes descarriados que en muchos casos habían delinquido. La preocupación primordial del Siervo de Dios fue por el delincuente juvenil y su regeneración”.

“En las escasas ocasiones que hubo oportunidad de hablar del señor Obispo, sigue diciendo D. Baltasar, pude advertir que todos reaccionaban favorablemente en el sentido de ponderar su bondad. He oído en muchas ocasiones, como reacción al comentario sobre él, estas expresiones: “qué bueno es, qué buena persona es el señor obispo”. He de hacer constar que Segorbe era un pueblo muy difícil, debido a una larga historia. Lo que sinceramente pienso es que la inmensa mayoría reconocía la bondad del señor Obispo.

Naturalmente, en la deposición que D. Baltasar Rull hace en el Proceso Apostólico del Venerable Luis Amigó, “pudo observar que el Siervo de Dios vivía modestamente, sin ostentación alguna. Todo a su alrededor era sencillez”. En las visitas que D. Baltasar Rull hacía a palacio frecuentemente conversaba con Luis Amigó sobre las posibles soluciones al problema de los jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien. D. Baltasar los enfocaba desde su punto de vista profesional y legal, mientras Mons. Amigó lo hacía desde el punto de vista pastoral y moral.

Posteriormente D. Baltasar asegura en su declaración: “siento admiración por el Siervo de Dios

especialmente por haberse preocupado de solucionar el problema de la delincuencia juvenil a través de su obra adelantándose a los tiempos con alguna salvedad. La desproporción entre las fuerzas de un simple capuchino y la obra tan ingente denota la existencia de un espíritu excepcional”.

Y concluye su declaración: “Deseo reiterar que el hecho de haberse preocupado de resolver este problema de la delincuencia juvenil, y en la proporción con que él lo hizo, así como en la oportunidad en que lo hizo, creo que son muchos los que reconocen esta obra”.

Por lo demás, D. Baltasar delinea perfectamente la espiritualidad de Luis Amigó, en la pequeña ciudad de Segorbe, Castellón, como varón pobre, sencillo y bondadoso. Y reconoce su gran misión apostólica, y la de sus hijos e hijas espirituales terciarios capuchinos, en la atención y recuperación de la juventud extraviada.

## 2. FRAY LUIS DE MASSAMAGRELL Y EL DOCTOR FERRÁN

**E**l 7 de Julio de 1885 Fray Luis de Massamagrell, guardián entonces del convento capuchino de la Magdalena, en Massamagrell (Valencia), ante el peligro del cólera, escribe al doctor Ferrán para que inocule la vacuna anticolérica a la comunidad, de unos sesenta pobres religiosos, según le escribe, “dados los agradables resultados de la vacuna anti-colérica que para bien de la humanidad ha descubierto usted”.

El P. Luis Amigó tan sólo puede ofrecer al doctor como recompensa “una gratitud sincera y lo que valgan delante de Dios nuestras pobres oraciones”. El hecho es que el doctor envió a uno de sus ayudantes a vacunar la comunidad de la Magdalena, de Massamagrell, “de la que ya la epidemia había hecho estragos en el convento” (*Cfr. L. Amigó, OC 1541-1542*) y en el que fallecieron cuatro jóvenes religiosos.

Pero ¿quién fue el doctor Ferrán y qué importancia tiene la invención de su vacuna anticolérica? El doctor Ferrán nace en Corbera de Ebro (Tarragona) en 1851, licenciado en medicina por la Universidad de Barcelona, obtuvo el premio Bréant, otorgado por la prestigiosa Academia de Francia. Fallece en Barcelona el año 1929.

Y, por lo que se refiere al impacto del cólera en la sociedad, nos ilustra ampliamente la historia. Por ejemplo, el cólera morbo de 1348, según apreciaciones de los entendidos, segó la vida de unos ochenta millones de europeos. La epidemia de peste, en tiempos de San Carlos Borromeo, la ciudad de Milán, de unos 250.000 habitantes, quedó reducida a tan sólo 64.000 habitantes.

A su sucesor en el arzobispado y sobrino, Federico Borromeo, la gente le obligó a desenterrar el cadáver de su tío y llevarlo en procesión para pedir al cielo el cese de la epidemia, con lo que consiguió que ésta se extendiese todavía mucho más. En dicha epidemia, tal fue el trajín de góndolas en los canales de Venecia, camino del cementerio a la isla de San Michele, todas ellas pintadas de negro por llevar cadáveres, que hasta el día de hoy las góndolas venecianas lucen su color oscuro.

En dicha epidemia de Milán, los PP. Capuchinos se encargaron del llamado Lazareto, que llegó a hospedar hasta cinco mil residentes atacados de cólera, por lo que los capuchinos recibieron los mayores elogios del Manzoni (*Cfr. A. Manzoni, Los Novios*).

En 1854, dada la epidemia del cólera reinante, ya se temía por el nacimiento de José María Amigó y por la salud de la madre “pues en aquel año eran azotados los pueblos con una muy terrible epidemia de cólera” (*L. Amigó, OC 3*). Hacia 1885 la epidemia de colera, proveniente de Marruecos, asoló a la comunidad valenciana, tanto es así que de la ciudad de Alcira falleció una cuarta parte. Y, viendo los libros de defunciones, como es el caso

de Massamagrell, prácticamente todos los fallecidos en dicho año 1885 lo fueron a causa del cólera. En el cementerio general de Valencia todavía se conserva hoy el monumento a los fallecidos del llamado cólera de 1885.

¿Qué honores se deben al doctor Jaime Ferrán? En su tiempo fue considerado a la misma altura que D. Santiago Ramón y Cajal. Tanto es así que el año 1952, a cada uno de ambos eminentes doctores, la Fábrica de la Moneda y Timbre de España dedicó un sello –¡cosa insólita en aquellos años y tributo de máximo honor!– que pone de relieve la importancia de sus descubrimientos y a quienes la Patria debe suma honra y gloria.

Por otra parte, la peste del cólera de Milán pone de relieve que en toda circunstancia la primera providencia deberá ser siempre la razón humana y, si ésta no da solución al problema, acudir a la Divina Providencia por medio de la oración.



### 3. JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ Y DON GREGORIO GEA

Quien tiene un amigo tiene un tesoro”, dice el libro del Eclesiástico (*Eccli. VI, 14*). Tiene un tesoro si elige cuidadosamente las amistades desde su más tierna edad y de personas mayores de probada piedad. Este es el caso del joven José María Amigó Ferrer. Así lo afirma él mismo en sus *Apuntes sobre mi vida*: “Siempre tuve pocos amigos –escribe– y procuraba fuesen de mayor edad que yo e inclinados a la piedad” (*L. Amigó, OC 8*).

Una de sus primeras amistades fue sin duda la de Gregorio Gea, el fundador del Patronato de la Juventud Obrera de Valencia. Precisamente por la intervención de Gregorio Gea el joven José María Amigó pudo ingresar en la asociación católica la *Escuela de Cristo*. Asegura así mismo: “Solicitamos el ingreso en la *Escuela de Cristo* instalada en la Escuelas Pías; pero para mi admisión se tropezaba con la dificultad de no tener la edad reglamentaria, inconveniente que allanó el santo varón Gregorio Gea, fundador del Patronato” (*L. Amigó, OC 9*).

Gregorio Gea fue un ebanista nacido en Mislata (Valencia) el 18 de abril de 1831. A los veinte años se casa con Josefa Carsi. Y, “ya en 1864, con sus primeros ahorros adquiere una casa en la *Ciudad*

del Turia y en la calle de la Beneficencia, número 14, la que destina a servir de albergue a seminaristas pobres y a la que traslada también su propia vivienda y su taller de ebanistería”, según su biógrafo M. Sánchez Navarrete. Propiamente era un Colegio de Vocaciones Eclesiásticas en el que recogía a buen número de seminaristas pobres, externos, del seminario conciliar.

Dos años más tarde, en 1866, año en que José María Amigó inicia sus estudios en el seminario, “don Gregorio establece en la misma casa una escuela nocturna de doctrina cristiana para aprendices de los distintos oficios, mostrando una vez más cómo la prioridad de su actividad aparece orientada al mejoramiento y bienestar de los núcleos obreros”, asegura su biógrafo don Manuel Sánchez Navarrete.

El bueno de Gregorio Gea tenía fija la piadosa idea de *recristianizar* al obrero. Para ello ingresa en la *Escuela de Cristo* y recibe en su taller de ebanistería a los jóvenes del barrio y seminaristas externos. Entre ellos a José María Amigó. En cumplimiento de las constituciones de la *Escuela de Cristo* “a los obreros conquistados, les inducía a visitar el hospital para cuidar allí a los enfermos y consolarlos con las máximas de nuestra sacrosanta religión. Experimentaba también gran consuelo al visitar la cárcel. Se pasaba largas horas hablando con los presos en las cárceles de San Agustín y San Miguel de los Reyes”.

“Llegó a tanto su celo que consiguió de las autoridades el sacar a los presos a la iglesia de san

Agustín para celebrar una solemne Misa de Comu-  
nión general”, ayudado por sus chicos.

Pero llegó la *Revolución Gloriosa* de 1868 (¡por  
qué llamarán Gloriosa a una revolución!), le cerra-  
ron el taller y su residencia de San Francisco y lo  
encarcelaron.

No obstante, hombre de profunda fe y suma-  
mente tenaz, años más tarde siguió con su idea de  
*recristianizar* al obrero. Salido de la cárcel, en 1874  
(año en que José María Amigó parte para el novi-  
ciado a Bayona, Francia) Gregorio Gea comienza  
de nuevo su obra en la calle de la Beneficencia, 14.  
Finalmente, y dos años antes de su muerte, con  
don Vicente Ballester, maestro pintor, con unos  
noventa muchachos seleccionados forma una cate-  
quesis que pasa a instalarse en la c/ La Corona  
8, en los locales que posteriormente ocupará el  
Asilo del Marqués de Campo.

D. Gregorio Gea preparaba las primeras cate-  
quesis el fin de semana para luego asistir con sus  
jóvenes a la misa en la parroquia de San Sebas-  
tián. “Apenas terminada la explicación los jóvenes  
salíamos a la orilla del río o a las eras y puertas  
de los molinos, donde con cuerdas y juegos de bir-  
las que ya teníamos, pasábamos las tardes de los  
domingos muy divertidos”, como escribe Francisco  
Pellicer, joven entonces del Patronato. El piadoso  
ebanista obsequiaba a sus jóvenes con cacahuets  
e hijos pasos, pues sus ingresos de ebanista no le  
daban para mayores gollerías.

No cabe duda de que D. Gregorio influye gran-  
demente en Luis Amigó tanto en su ingreso en

la *Escuela de Cristo*, como en artes y oficios, en las visitas a hospitales y cárceles, así como en su apostolado para tratar de *recristianizar* al joven desviado del camino de la verdad y del bien. Como dice uno de sus biógrafos, la Patria ha contraído un gran deber de gratitud para con D. Gregorio Gea, fundador del Patronato de la Juventud Obrera de Valencia, Patronato que desde 1916 ha ocupado los amplios locales de dos edificios contiguos en la C/ Landerer, de Valencia.

## 4. LUIS AMIGÓ EN LA II REPÚBLICA

**A**lguien dijo, y con acierto, que la Constitución de la II República Española llevaba directamente a la guerra, pues la elaboración sectaria de la misma a ella conducía directamente. Lo bien cierto es que el 14 de abril de 1931 estalló la República con la consiguiente quema de conventos.

Luis Amigó se encontraba haciendo ejercicios espirituales en el Santuario de Montiel-Benaquasil (Valencia). Durante los santos ejercicios, asegura una de las religiosas presentes, le escuchó decir: “Que no se entiendan, Señor, que no se entiendan”.

Lo bien cierto es que, con fecha 1 de enero de 1932, se privó a las diócesis de la subvención al Culto y Clero. Aquí dio comienzo la calle de la amargura para los numerosos obispos, sacerdotes, religiosos, seglares e instituciones religiosas.

A D. Marcelino Olaechea, el que luego fuera arzobispo de Valencia, Su Santidad Pío XI le había encomendado la visita a un tercio de los seminarios de España. El Sumo Pontífice, en un intento de reformar la Iglesia, tenía la clara intención de dar comienzo mediante la reforma de los seminarios españoles. El visitador dedicó íntegramente

la segunda semana de enero de 1932 para visitar el seminario de Segorbe.

D. Marcelino ha contado que, cuando lo recibió el señor obispo Mons. Luis Amigó, se le arrodilló y se le echó a llorar, pues no podía dar de comer a sus sacerdotes. Y el mismo D. Marcelino Olaechea dejó escrito en el extenso informe del Seminario de Segorbe que envió a Roma, que encontró “el santo señor Obispo débil, viejo y muy enfermo”.

Poco tiempo después de la visita al seminario segorbino Luis Amigó, el 17 de marzo de 1932, escribe al Sr. Nuncio: “He de confesar a V. E. que no sé cómo atender a las necesidades de esta mi casa; pues, como pobre que soy de profesión religiosa, no he pensado nunca en el día de mañana... Así es que supongo habré de vivir a expensas de mi familia, que se me ha ofrecido en todo. ¡Hágase la voluntad del Señor!”

En tan lamentable situación, y en un intento supremo por solucionar el problema económico, el Sr. Obispo se vio en la necesidad, entre otras, de reducir gastos en el Seminario, subir el estipendio de misas a dos pesetas y retirar a las Hijas de la Caridad los dos salarios con que apoyaba la obra *La Gota de Leche* para la atención a madres necesitadas de ayuda.

Y a continuación escribe: “A mis 77 años, el verme al frente de una diócesis tan pobre e indiferente, y con el gravamen de circunstancias tan anormales como nos rodean, es para mí, Excmo. Sr., motivo de gran tristeza, que no sé cómo no acaba con mi vida”.

El 3 de mayo de 1933 nuevamente Mons. Luis Amigó escribe una extensa carta al Sr. Nuncio dándole cuenta detallada de los problemas de su diócesis de Segorbe y el intento de solucionarlos para poder sobrevivir obispo y clero en lo sucesivo.

Y, finalmente, en carta también al Sr. Nuncio unos meses antes de su muerte, en el intento de dar solución al problema económico, le escribe: “La única solución que veo sería enviar a los señores canónigos seis meses a sus casas y otros seis meses asistir al coro. Pero no creo que esta sea la solución”, le proponía el Sr. Obispo.

Luis Amigó vivió toda su vida, y así también la concluyó, dando en sus últimos momentos pleno cumplimiento a su profesión religiosa de pobre hermano menor capuchino, es decir, como los llamados *Penitentes de Asís*.

## 5. JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ Y LA CARTUJA DEL PUIG

Desde luego que es manifiesta la devoción que Luis Amigó profesó a la Orden de San Bruno. Primero por su petición de ingresar en ella y, en segundo lugar, por constituir la *Cartuja de Nuestra Señora del Ara Christi*, del Puig de Santa María (Valencia), la residencia de sus religiosos novicios desde el 15 de abril de 1889 hasta el 31 de octubre de dicho año.

En su *Autobiografía* escribe Luis Amigó: “Cuatro amigos tenía yo en aquel tiempo y todos aspirábamos a entrar en religión... Y todos nos inclinábamos por dicha Orden cartujana” (*L. Amigó, OC 17*). Pero, el jesuita P. Llopart les disuadió del intento.

Y por lo que se refiere a la residencia para sus hijos, escribe: “La cuestión del local donde pudiera establecerse la comunidad también nos lo resolvió la Divina Providencia inclinando favorable a mi petición a la dueña de la Cartuja del Puig” (*L. Amigó, OC 103*).

*La Cartuja de Nuestra Señora del Ara Cristi* es un monasterio cartujano que se levanta en la población del Puig de Santa María, en el camino real de Valencia a Barcelona. La cartuja es fundación de Elena Roig en 1585 sobre una alquería que la dueña poseía en el lugar. La poblaron cartujos



provenientes del cercano cenobio de Porta Coeli. El monasterio tiene a ambos lados de la iglesia dos claustros, uno al este y otro al oeste. Y el claustro mayor, inmenso, se halla situado al norte de la iglesia conventual.

El monasterio posee una gran cúpula dorada y, a más de la imponente iglesia, y claustros, tenía la sala capitular, refectorio, portería, huerta y cuadras, como se puede apreciar en la información gráfica que se adjunta.

Durante la guerra de 1808 las tropas francesas saquearon el cenobio y se llevaron numerosas obras de arte. Pero el mayor deterioro lo recibe mediante la exclaustación de Mendizábal en 1835, en que la cartuja y sus bienes pasaron a formar parte de los bienes del Estado, que los subasta. La cartuja pasó así a manos de particulares y, luego, de varias comunidades religiosas: los jesuitas, hijas de la caridad, terciarios capuchinos y, del Automóvil Club de Valencia, finalmente, que la ha transformado en un complejo hotelero y deportivo.

La restauración del monasterio se ha realizado conservando siempre la estructura primitiva. En el salón comedor se conserva el púlpito y una representación de la Santa Cena de Leonardo da Vinci, de yeso policromado, únicas piezas que todavía se conservan de la primitiva cartuja.

Los terciarios capuchinos tuvieron la residencia de la *Cartuja de Nuestra Señora de Ara Christi*, del Puig de Santa María, Valencia, desde el 14 de abril de 1889 al 31 de octubre del mismo año, como se ha dicho. En ella convivieron los amigonianos con

las estrecheces propias de toda fundación, pues, amén de vivir de limosna, les faltaba hasta un vaso o taza en que beber el agua, empleando para ello cortezas de naranja. Y hubo días en que tuvieron que esperar a que llegaran los limosneros para poder comer. Y así mismo temporadas hubo de hacer la comida diaria de todo un campo de habas que les proporcionó generosamente el tío Chuano (*Cfr. Adolescens, surge! 1933, n. 2*).

El cartujano lugar, entonces insalubre por el cultivo de los arrozales, hizo que a los religiosos les visitasen fiebres palúdicas, las llamadas tercianas. De tal manera que, con intervención del P. José Méndez que, siendo vicario de Torrente ingresa con los amigonianos, agenció el traslado de la comunidad a dicho pueblo. Y pasó a ocupar lo que fue un antiguo convento de alcantarinos, en el altozano de Monte Sión.

Por lo demás, Luis Amigó profesó siempre un gran afecto a los cartujos, “Siempre tuve predilección especial por la Orden Cartujana, en la que pedí ingresar”, escribe (*L. Amigó, OC 219*), y especialmente por la *Cartuja de Nuestra Señora de Ara Christi*, del Puig, cenobio cercano al convento capuchino de La Magdalena, en Massamagrell, y que, siendo guardián, visitaba con suma asiduidad, especialmente mientras lo ocuparon sus hijos terciarios todavía novicios.

## 6. LUIS AMIGÓ Y LA PRENSA

A penas se confía a Luis Amigó, el 20 de octubre de 1882, el encargo de Comisario de la Venerable Orden Tercera, una de las primeras tareas a que se dedica con todos sus afanes es a la propagación del órgano oficial de la misma. Es decir, a la promoción del *Mensajero Seráfico*, revista que nace el verano del año 1883 como órgano oficial de la Venerable Orden Tercera y que durará en el tiempo hasta el año 2011, excepción hecha de 1936 a 1939.

*El Mensajero Seráfico* fue creado para secundar el pensamiento de León XIII quien indicaba como remedio para los males de la época la Venerable Orden Tercera. Y también para revivir el espíritu del Seráfico Patriarca San Francisco y extender por todas partes la maravillosa institución de la Tercera Orden Franciscana” (Cfr. I, pág. 5).

La revista, de periodicidad mensual, comenzó editándose inicialmente en Valladolid, en cuadernillos de 32 páginas de apretada letra. Posteriormente pasó a Madrid. La revista recoge toda clase de noticias de los terciarios, entre ellas muchos datos de las congregaciones amigonianas, como son las extensas crónicas de las tres peregrinaciones al Santuario de Nuestra Señora del Puig, de Valen-

cia, organizadas por el ya Venerable Luis Amigó. Y otras noticias.

Posteriormente, elegido Luis Amigó superior provincial, de la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo de Valencia –el año 1899– lo primero a que dedica sus desvelos es así mismo a la creación de *Las Florecillas de San Francisco*, órgano oficial para la comunicación con las Órdenes Terceras, y que duraría hasta la persecución religiosa de 1936.

Apenas se proclama en España el *Día de la Prensa Católica* en 1916, creado por la Junta Central de la Asociación Nacional de la Buena Prensa, a partir de dicha fecha Luis Amigó, siempre a comienzos de la primavera, dedicará anualmente una circular al tema.

Con ocasión de dicha efeméride, y solicitando el apoyo del clero de la diócesis, escribe Luis Amigó una circular “en demanda de vuestra ayuda para que los tres objetivos que se propone *El Día de la Prensa Católica*: Oración, propaganda, colecta, sean cumplidamente conseguidos en las parroquias de este obispado”.

Y cuando sus religiosos crean la revista *¡Adolescens, surge!* en 1933, como boletín interno de la Congregación y órgano oficial en todo lo referente a la misión específica, inmediatamente se apresura a escribir al director de la Revista: “Pido al Señor haga fructífero el trabajo que se imponen para el fomento de la grande obra de la reforma de la juventud que el Señor ha encomendado a nuestra Congregación” (*L. Amigó, OC 1891*).

En cuanto a la revista *¡Adolescens, surge!* cumplió plenamente su cometido desde 1933 hasta los días de la persecución religiosa de 1936. Concluida la contienda, en 1949 se creó la revista *Surgam*, que, según su director el P. Jesús Ramos, “se trataba de una revista divulgadora de la gran obra de la reeducación de la juventud extraviada; misión encomendada por la Iglesia los Religiosos Terciaros Capuchinos” (*Surgam*, I, pg. 1).

Pretendió ser una continuación de la anterior revista a la guerra civil, a *¡Adolescens, surge!* Es decir, que cada sociedad, corporación, asociación o grupo, necesita de un órgano oficial para la comunicación y consecución de los fines pretendidos con su fundación.

## 7. LA VALENCIA DE JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ

La ciudad de Valencia fue fundada por el cónsul romano Décimo Junio Bruto el año 138 a. C. La fundación se hace en una isla fluvial del Turia, en la Vía Augusta, y como cabeza de puente entre dos brazos del río.

Como ciudad romana que es la fundación se hace al estilo de la *Roma Cuadrata*, es decir sobre un cruce de calles: el cardo (de norte a sur) y el decumanus (de este a oeste). Y se la cierra con cuatro puertas: la de Boatella, al sur; la de la Trinidad, al norte; la de Xerea, al este y la de la Culebra, al oeste. Si bien la ciudad a lo largo de los siglos tuvo varias puertas más, de las que, al día de hoy, nos constan la de Serranos, la de Quart, la de San Vicente y la del Mar.

A lo largo de los siglos la ciudad fue rodeada de murallas, entre las más notables, la de los romanos, la de los árabes y la muralla cristiana. Esta última comenzó a derruirse el año 1858, para permitir la expansión de la ciudad en nuevos barrios exteriores. Por estas fechas, concretamente en 1860 la ciudad contaba 140.416 habitantes. Poco más tarde, en 1882, comienza la distribución de la luz eléctrica.

En 1868 se tiene la revolución de septiembre, llamada la *Gloriosa*, en que la reina Isabel II es

obligada a partir para el exilio. Luis Amigó todavía recuerda “las músicas y los vivos y los muertas de los manifestantes, hombres y mujeres que parecían furias infernales” (*L. Amigó, OC 11*).

Por estas fechas, concretamente el año 1866 en que Luis Amigó ingresa en el Seminario, éste contaba con el mayor número de inscritos de la historia; había 1466 matriculados. El Seminario gozaba de muy buena fama y al mismo acudían alumnos de las diócesis de Aragón, Cataluña, Baleares, Cuenca, Orihuela, Cartagena y Segorbe. Gran número de ellos externos.

De todos modos, la escuela entonces dejaba mucho que desear, pues por causa de la Exclaustración de 1835 se dispersaron las bibliotecas y fueron destruidos cantidad de libros. Y decayó la cultura y la enseñanza. De todos modos, todavía abundaban los conventos y se gozaba de un ambiente de piedad. Por estas y otras causas no es de extrañar que en 1867 el 47 % de los hombres fuesen analfabetos; y de las mujeres lo eran el 70 %. Por ello he podido escribir que los hijos del Patriarca Amigó-Esteve eran abogados, “mientras que las hijas, como es lo normal en la época, concluyen sus días sin saber firmar”.

A mediados del siglo XIX era el castellano la lengua dominante en la Comunidad Valenciana, la única que se escribía y la única que se enseñaba en las escuelas.

Por lo que se refiere al movimiento obrero el año 1840 se puede considerar como el punto de partida del movimiento sindical. Nacen los círculos católi-

cos de obreros, los gremios artesanos, en su mayoría de corte católico. El mayor de los paladines del movimiento obrero conservador se puede considerar al P. Antonio Vicens, que organiza el Círculo Católico de Obreros. Tanto es así que se ha podido escribir que “casi todas nuestras obras católico-sociales son obra suya o de sus discípulos” (Severino Aznar). Los círculos iban dirigidos a refutar la doctrina socialista.

De todas las maneras los círculos obreros alcanzan gran auge con la publicación de la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, esto será ya a finales del siglo XIX. Don Gregorio Gea y sus chicos, entre los que se encontraba Luis Amigó, a su modo hizo lo indecible por *recristianizar* al mundo obrero.



## 8. SEGORBE EN TIEMPO DE LUIS AMIGÓ

No resulta fácil hacerse una idea de lo que era la diócesis de Segorbe regentada por Mons. Luis Amigó de 1913 a 1934 y lo que es en la actualidad la diócesis denominada hoy de Segorbe-Castellón. Pues, con ocasión de la reestructuración de diócesis españolas para acomodarlas a la distribución de las provincias civiles, se le agregó la ciudad de Castellón y diversos otros pueblos de la misma provincia.

La diócesis de Segorbe era de carácter agrícola y rural. A la muerte de Mons. Luis Amigó, la diócesis tenía una extensión de 3359 km<sup>2</sup>. Contaba con una población de 83.035 almas distribuidas en seis arciprestazgos (Segorbe, Jérica, Chelva, Montán, Ademúz y Alpuente). Poseía 64 parroquias, servidas por 124 sacerdotes. La capital, Segorbe, apenas rebasaba los 7.000 habitantes y el pueblo más apetecido por el clero de la diócesis era el de Altura, por su situación a escasa distancia de la sede del obispado.

Como ciudad Segorbe, o Segóbriga, es una ciudad antiquísima y prerromana. Desde el año 22 de J. C. batió ya pequeña y mediana moneda de bronce hasta Tiberio César. Conservó su importancia en el período godo con su próspera sede

episcopal, sufragánea de la de Toledo, y de origen casi apostólico.

Como diócesis el primero de sus obispos de que se sabe a ciencia cierta fue Próculo, anterior al año 589, si bien indudablemente no es el primero del episcopologio de la diócesis de Segorbe. La diócesis segorbina, desde 1245 hasta 1571 estuvo unida a la de Albarracín (Teruel).

En la visita realizada a la diócesis de D. Marcelino Ollaecha, por orden expresa de Roma en 1932, halló a un obispo piadoso, pero débil, viejo y muy enfermo. Y por lo que se refiere a la situación del seminario propone la conveniencia de convertir los dos seminarios únicamente en seminario menor, trasladando los seminaristas del seminario mayor a Valencia.

Por lo demás, asegura el Visitador, los superiores del seminario están bastante ayunos de pedagogía, comprensión y amabilidad. Los prefectos de disciplina, sacerdotes jovencitos, faltos de experiencia y de prestigio. No obstante, cuenta para la dirección espiritual con sacerdotes jesuitas, con gran ventaja para la piedad de los alumnos.

Por lo demás D. Marcelino Ollaecha, a quien encomendó Roma la visita a los seminarios de las Arquidiócesis de Granada, Sevilla y Valencia, observa que con el nuevo régimen de la II República los seminaristas han disminuido en un tercio para bien del resto.

Es preciso notar un hecho importante que afectó decisivamente a la vida posterior de la diócesis. A escasos dos años después de la muerte del obis-

po Amigó, ocurre la guerra civil con la consiguiente persecución religiosa. La diócesis, que entonces contaba con 110 sacerdotes incardinados, finalizó, con el martirio de su obispo D. Miguel Serra y Succarrats y 61 de sus sacerdotes, es decir, que perdió el 55,4 % del clero diocesano.

En los últimos años de la vida el señor obispo, como bien lo retrató el que fuera su Secretario de Cámara y Gobierno, “Fr. Luis Amigó dejaba traslucir una unción especial y era todo él un poema de dulzura”.

## 9. SOLSONA EN TIEMPO DE LUIS AMIGÓ

Solsona es una ciudad antiquísima situada al noreste de la capital de la provincia de Lleida. Fue la antigua Setelvis romana, cabeza de la Lacetania, región característica, según Tito Livio, por la fiereza de sus costumbres y ánimo guerrero. El año que nos ocupa, la ciudad arrojaba un censo que difícilmente llega a los 2500 habitantes. Como lengua materna tienen el catalán.

La diócesis de Solsona, diócesis de frontera y de carácter agrícola y rural, fue creada en tiempos de Felipe II, concretamente el año 1593, para contener a los albigenses que se pasaban de Francia. De 1851 hasta 1895 la diócesis fue administrada por el obispo de Vich. En la última fecha pasó a tener un Administrador Apostólico, hasta el sucesor de Luis Amigó que ya consiguió rango de obispo residencial.

La diócesis de Solsona tenía la mayor parte de sus parroquias en la provincia de Lleida, otras muchas, en la de Barcelona, y alguna otra, en la provincia de Gerona.

“Con ocasión de asistir en Roma a la canonización de Jesé Oriol el 20 de mayo de 1909, se nos autorizó para hacer la visita *Ad Límina*, con cuyo objeto tuve la dicha de ser recibido en audiencia

particular por el Sumo Pontífice”, escribe Mons. Luis Amigó (*Cfr. L. Amigó, OC 190*). Hay que hacer notar que la Relación de la Diócesis, así como la carta introductoria, llevan fecha del 28 de noviembre de 1909.

La Relación la introduce un mapa del obispado de Solsona y, entre otros datos, en la misma se consignan los siguientes: que la diócesis tiene una extensión de 4.000 km<sup>2</sup>, cuenta con 89 municipios, 28 pedanías y 184 masías o masadas. El obispado así mismo cuenta con 150 parroquias, 21 de ellas tienen cura coadjutor. Aparte las numerosas colonias fabriles. Los templos y capillas diseminados por la diócesis son 430.

La diócesis en 1909 tiene conventos de religiosos capuchinos, del Corazón de María y escolapios. A más de dos conocidos santuarios: Uno benedictino y otro cisterciense. Y diversos conventos femeninos.

Por lo que se refiere al seminario el obispo Amigó indica que cuenta con 177 seminaristas, de ellos 110 internos y 67 externos. Así mismo indica el obispo Amigó que ha predicado por sí mismo algunas veces la palabra de Dios y, cuando no se lo ha permitido la enfermedad, ha llenado su deber de la predicación, en casos ordinarios y extraordinarios, con sacerdotes idóneos tanto seculares como regulares.

Entre las obras que el obispo Amigó realiza como Administrador Apostólico de la Diócesis cabe destacar: la organización del museo diocesano, recoger a todos los alumnos en el nuevo edificio

entregando el antiguo a los PP. Dominicos para escuela parroquial. Consagración de la Iglesia de Massamagrell, la de los Capuchinos en Igualada, la de la Colonia de D. Luis Pons en Puigreig, y la de Nuestra Señora de Pompeya, de los padres capuchinos, en la Diagonal de Barcelona, aparte el arreglo parroquial que ya dejó aprobado su antecesor el Excmo. D. Juan Benlloch (*Cfr. L. Amigó. OC 194-198*).

## 10. LUIS AMIGÓ Y LA VIRGEN DE LOS DOLORES

No hay fundador que no haya profesado en su vida una tierna devoción a la Santísima Virgen. Inicialmente nace como devoción a la Virgen María en forma indiferenciada que, a lo largo de toda su vida, la va ubicando y concretando en devoción a una virgen en particular, en torno a una ermita, un monasterio, un monumento o lugar donde se le tributa un culto particular.

En Luis Amigó esta devoción le nace ya desde el primer momento con la imposición del nombre de María. Él mismo así lo confirma en su *Autobiografía*: “Mis padres me pusieron bajo la protección de la Santísima Virgen y del Patriarca San José, dándome por nombre el de José María”.

Y añade a continuación: “Y es de advertir que, además de esta distinción que tanto me honra, puedo yo alegar otro título a la Santísima Virgen, el de haber nacido el año mismo de la declaración dogmática de su Inmaculada Concepción” (*L. Amigó, OC 4*).

Esta devoción a la Virgen de los Dolores se fue perfilando cuando a sus quince años “acompañado de su padre asiste a las fiestas centenarias de la Virgen del pie de la Cruz en Puzol” (*L. Amigó. OC 13*).

María al pie de la cruz es considerado el quinto dolor de la Santísima Virgen y tal vez el más re-

presentativo de la Virgen de los Dolores. De hecho, “en la fundación de sus religiosos celebra la santa misa en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora y en las manos de la Santísima Virgen de los Dolores, que había al pie de la cruz, pone las Constituciones” (*Cfr L. Amigó, OC 105*).

De todas las maneras la devoción de Luis Amigó a la Virgen de los Dolores se va perfilando y concretando sucesivamente. Por otra parte, los padres capuchinos tenían por norma entonces meditar diariamente la Pasión de Cristo. Y, no cabe la menor duda, de que meditaban con frecuencia los dolores de María en la Calle de la Amargura, al pie de la cruz, en el descendimiento o en la sepultura de Jesús y soledad de María.

En la fundación de sus hijos terciarios capuchinos escribe: “Por fin llegó el tan deseado día de la festividad de nuestra Santísima Madre de los Dolores, en el que debía inaugurarse canónicamente la Congregación” (*L. Amigó, OC 111*).

Y precisamente en el traslado de los nuevos religiosos del convento de La Magdalena, en Massamagrell, a la cartuja del Puig, lo hacen en solemne procesión el Domingo de Ramos por la tarde, llevando en andas la imagen de Nuestra Señora de los Dolores (*L. Amigó, OC 112*).

Y precisamente la comunidad de novicios encuentra, en los días de estancia en la cartuja de Ara Christi del Puig, una oleografía de la Virgen de los Dolores, la que toman en lo sucesivo por Madre y Patrona de la Congregación. Se trata de una oleografía de la Santísima Virgen que, la mañana del sábado



santo, desciende del Calvario a Jerusalén llevando consigo las reliquias de la Pasión: los clavos, la corona de espinas y el corazón traspasado por siete espadas. La imagen se la llevarán los religiosos primeramente a Torrent (Valencia) y de allí a Madrid a la Escuela de Reforma de Santa Rita en que aparecen en la fotografía de la primera fraternidad juntamente con el P. Luis, quien la apunta con el dedo índice, como diciendo: ¡Eh ahí Vuestra Madre!

Desde este momento uno de los rasgos de la espiritualidad de Luis Amigó y de sus hijos e hijas espirituales será la devoción a la Virgen de los Dolores. De tal manera que la misma imagen de la Sagrada Familia, que Luis Amigó da por patrona de sus hijas terciarias capuchinas, la imagen de la Santísima Virgen presenta su corazón traspasado por siete espadas.

En lo sucesivo Luis Amigó felicitará a sus religiosos el día de su Madre y Patrona, la Virgen de los Dolores. “Aumenta mi recuerdo y, si se quiere, mi afecto, todos los años al llegar la festividad de Nuestra Santísima Madre de los Dolores y la fecha de fundación de nuestro Instituto” (*L. Amigó, OC 1753*), escribe a sus religiosos de Madrid.

Y en la fundación de sus hijas terciarias capuchinas en Venezuela: “Que la Santísima Virgen Nuestra Madre de los Dolores acompañe y dirija los pasos de la Muy Reverenda Madre General y de las religiosas que marchan a la Misión del Caroní” (*L. Amigó, OC 1853*).

También les escribe en los momentos difíciles por las que pasaron sus fundaciones. En 1906

escribe a sus religiosos de Santa Rita, en Madrid: “Unámonos en espíritu aquel día (viernes de Dolores) en el santuario del corazón dolorido de nuestra Madre y pidámosle con fervor nos continúe sus bendiciones” (*L. Amigó, OC 1737*).

No cabe duda de que José María Amigó desde los primeros momentos de su vida está bajo el signo de María y concluiría sus días terrenos en Masamagrell en el sepulcro, cuyo bajorrelieve luce así mismo la imagen de la Virgen de los Dolores, su Madre y Patrona, y de sus hijas e hijos terciarios capuchinos o amigonianos.

## 11. TESTAMENTOS DE LUIS AMIGÓ

**E**l Venerable Luis Amigó otorgó tres testamentos. El primero de ellos, el 25 de marzo de 1874, en Meliana (Valencia), poco antes de ingresar en el noviciado de capuchinos de Bayona, Francia. El segundo lo otorgó el 20 de julio de 1916, en Valencia, siendo ya obispo de Segorbe. Y, finalmente, el tercero y definitivo también en Valencia, el 23 de abril de 1925, cuando ya habían fallecido casi todos sus hermanos.

En los tres testamentos Luis Amigó se muestra como un dechado de amor a sus hermanas, a quien se las encomendó su buena madre en el lecho de muerte; como delicado de espíritu solicita los permisos pertinentes para emitir los testamentos. Y sus últimas voluntades son las de un verdadero pobre de Yahvé que nada posee de valor. Pues, en sus últimos días, escribió: “Como pobre que soy de profesión religiosa, no he pensado nunca en el día de mañana” (17-III-1932).

En su primer testamento deja todos sus bienes a sus tres hermanas. Si alguna de ellas se casare o falleciere, pasa su parte a las restantes. Y si todas ellas se casaren o fallecieren, pasará a su hermano Julio, que había sido dado por desaparecido.

¡Ah!, en este testamento lega la imagen de Santa Rita, regalo de su buen amigo el escultor José Guzmán Guallar, a su hermana Rosa, la menor de las tres hermanas (hoy en el museo Luis Amigó de Godella, Valencia).

En el segundo testamento, y como primera cláusula, “hace constar que, por rescripto de la Sagrada Congregación de 24 de marzo de 1911, se halla competentemente autorizado para otorgar testamento y para hacer donación *inter vivos*, no obstante, su profesión religiosa”. Y en él fija como lugar de su sepultura la capilla del Asilo de Niñas Huérfanas de Massamagrell, “para que éstas y las religiosas le tengan más presente en sus oraciones” (*L. Amigó. OC 217*).

En este testamento reparte sus objetos sentimentales entre su familia y sus hijos e hijas religiosas, pero precisando ya en la segunda cláusula que no posee bienes por haber hecho donación a sus hermanos después de su profesión religiosa de los que heredó de sus padres, y no haber podido adquirir otros por su profesión.

En este testamento ya precisa que, “si por el traslado de su cadáver a Massamagrell se hiciera necesario conforme a las leyes su embalsamamiento, gástese en esto lo menos posible, teniendo en cuenta su estado de pobreza”.

En este segundo testamento precisa también que, sobre la losa de su tumba, y luego de su nombre y fecha de su defunción, se colocará el verso: “homo humus, fama fumus, finis cinis” (el hombre es barro, la fama humo, el fin cenizas).

En su último testamento, que anula los dos anteriores, Luis Amigó “hace constar así mismo que, por Rescripto de la Sagrada Congregación de 24 de marzo de 1911, se halla competentemente autorizado para otorgar testamento y hacer donación inter vivos, no obstante, su profesión religiosa”.

Seguidamente precisa que elige por lugar de su sepultura, competentemente autorizado para ello por Su Santidad en 5 de agosto de 1924, la iglesia que construyó a este efecto en el Asilo de Niñas Huérfanas de Massamagrell, su pueblo natal, a la que trasladó también los restos de sus padres. Y, así mismo, indica que se graven las letras y el verso latino, ya indicados en el anterior testamento.

Así mismo, en la cláusula octava, se lee: “que en el día de sus funerales dispone que sus albaaceas distribuyan limosnas a los pobres, tanto de la capital de la diócesis, como a los de Massamagrell.

Por lo demás, el testamento es la última voluntad de un verdadero pobre de Yahvé, que tanto ha amado a su familia natural y a sus hijos e hijas espirituales, las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia y los Terciarios Capuchinos de la Virgen de los Dolores.

## 12. JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ Y LA ESCUELA DE CRISTO

**L**uis Amigó ingresa en la Santa Escuela de Cristo de Valencia hacia 1868, en la que permanece hasta su marcha a los PP. Capuchinos de Bayona en 1873 (*Cfr. L. Amigó, OC 9*).

Las Escuelas de Cristo fueron fundadas en Italia por el Obispo de Trivento en 1646 quien, antes de ser nombrado obispo, fue Padre del Oratorio de la Congregación de San Felipe Neri en Mesina, Sicilia. Las Escuelas de Cristo son congregaciones religiosas compuestas de sacerdotes y seglares. Gozan de una espiritualidad de raigambre franciscana, si bien nacen al calor de la obra del Oratorio de San Felipe Neri en Roma y su apostolado en el Hospital del Espíritu Santo.

Cada una de las Escuelas de Cristo no podrá exceder, por Constituciones, de 24 sacerdotes y 48 seglares. “Y deberán ser los discípulos de tal Escuela varones apartados de los vicios, engaños y vanidades del siglo, que con verdadero conocimiento y firme resolución desean agradar en todo a Dios nuestro Señor y cumplir su santa voluntad; que traten de oración y recogimiento espiritual; devotos, piadosos, caritativos, modestos, templados, sufridos, ejemplares” (*Const. Valencia 1858*).

La Escuela de Cristo de Valencia se reunía todos los viernes en el claustro de las Escuelas Pías, el colegio en que Luis Amigó estudió la básica. Entre los ejercicios de caridad que contempla la Escuela está la asistencia semanal a los enfermos del hospital y la visita a las cárceles que realizarán los hermanos tres veces al año: en Cuaresma, por la Porciúncula y en la Pascua de Navidad.

“La Santa Escuela de Cristo, según uno de los biógrafos, posee una espiritualidad profundamente evangélica, piadosa y penitencial; hecha de pobreza, fraternidad y buen ejemplo; dotada de humildad y obediencia absolutas; y con esa opción por el hermano enfermo y necesitado en los hospitales, cárceles y demás lugares de dolor, así como una profundísima devoción a la Virgen María” (*Labarga F. La Santa Escuela de Cristo. La BAC n. 714, p. 827*).

Luis Amigó, “para su ingreso en la Escuela de Cristo, instalada en las Escuelas Pías, se tropezaba con la dificultad de no tener la edad reglamentaria, inconveniente que allanó el santo varón Gregorio Gea, fundador del Patronato de Valencia, el cual pertenecía a aquella junta y le tomó grande afecto” (*L. Amigó, OC, 9*).

La Santa Escuela de Cristo, nacida en el siglo XVII, gozó de su mayor esplendor durante el siglo XVIII en el que llegaron a ser más de cuatrocientas las Escuelas de Cristo en España. Pero es preciso recordar que a comienzos del siglo XIX comenzó la decadencia de dichas Escuelas, decadencia que se acentuó en primer lugar con la invasión francesa y posteriormente con la exclaustración de 1835-

1837, de tal manera que, a mediados de siglo, quedaban en España tan sólo 204 entre éstas las de Hellín, Jumilla y Calasparra. Cuando Luis Amigó ingresa en la Escuela de Cristo de Valencia el número de hermanos apenas daba para cubrir los cargos de la junta de ancianos”.

A la Escuela de Cristo, en los momentos de mayor esplendor, pertenecieron grandes personalidades, tanto de la vida política como de la religión. Entre ellos se puede enumerar a Miguel de Molinos, a quien Menéndez y Pelayo denominaba *clérigo oscuro*; ilustres literatos, como Alberto Lista, José María Blanco-White, o Manuel M<sup>a</sup> de Arjona; así mismo, arzobispos, como San Antonio M<sup>a</sup> Claret; canónigos, obispos, catedráticos, doctores, magistrados, militares, prelados, religiosos de varias órdenes, de modo especial de la Orden de Montesa y del Temple, marqueses, condes... etc. (cf. Labarga, F: *La Santa Escuela de Cristo. La BAC n. 714*).

La Escuela de Cristo de Valencia orienta, sin duda, a Luis Amigó hacia una espiritualidad cristocéntrica, de corte ascético, misericordioso y redentor. Y orienta, así mismo, su ministerio hacia los enfermos y encarcelados. Y del ebanista D. Gregorio Gea recibe su interés por la preparación de la catequesis y su atención a las artes y oficios, que tan presentes estarán en su vida y obra, así como también en la misión de sus hijas e hijos espirituales.



### 13. LUIS AMIGÓ, DE FAMILIA CULTA Y RELIGIOSA

**D**on José Amigó Esteve, el abuelo paterno del Venerable Luis Amigó, fue un rico terrateniente de Puçol, Valencia. Este patriarca de la saga de los Amigó tuvo ocho hijos: Josefa, Teresa, José Tomás, Juan Gaspar, Mariano, Romualdo, Rosa y Mariana, a todos los cuales, al final de sus días, dotó de una buena casa o de un terrenito para poder edificársela. Y también a todos ellos les proporcionó una excelente formación religiosa, cultural y humana.

En la ciudad de Valencia Don José adquirió una casa, en la calle de la Soledad 16, mitad de la cual tocaría luego en suerte a D. Juan Gaspar. Se encontraba situada a dos pasos de la Universidad Literaria de Valencia y de la Iglesia del Patriarca. Residiendo, pues, en dicha morada sus hijos José Tomás y Juan Gaspar —el padre de Luis Amigó— diariamente acudían, primero, a la santa misa y, luego, al estudio de las leyes.

Por otra parte, el viejo patriarca D. José tenía la costumbre de acercarse, algunos fines de semana, de Puçol a Valencia para visitar a sus hijos estudiantes de leyes. Llamaba a su criado Antonio Cataluña y le decía: “Engancha la mula tordilla, la Peregrina, a la tartanita del toldo redondo, que

nos vamos a Valencia”. Y a su vuelta a casa concluía su jornada laboral dirigiendo el rezo del santo rosario, ante un cuadro al óleo de la Virgen al Pie de la Cruz, con los súbditos de su casa solariega. Esta costumbre la heredaría así mismo su hijo don Juan Gaspar, quien dirigirá esta misma devoción, ante dos candelabros de bronce, con un rosario de plata sobredorada, de los de a cuatro pesetas de entonces.

Residiendo, pues, en dicha casita de la Soledad, número 11, tres de sus hijos aprenden leyes. De Don Juan Gaspar Amigó, conservamos íntegro todo su Expediente Universitario para la Licenciatura en Jurisprudencia. Lleva el número 357, hallado por D<sup>a</sup> Amparo Gombau Soler en el Archivo del Colegio de Abogados de Valencia, y fechado en la *Ciudad del Turia* en 1848.

Así, pues, Don Gaspar Amigó, luego de la formación recibida de la Compañía de Jesús en el Real Seminario de Nobles, completó los siete años exigidos de Filosofía y Jurisprudencia para la Licenciatura en la Universidad Literaria de Valencia, iniciando sus estudios en el curso de 1836-1837 y los concluyó en el curso de 1845-1846, si bien la prueba final no sería hasta el 1848. A sus apenas 24 años estaba ya casado con D<sup>a</sup> Genoveva Ferrer y en posesión del título de abogado.

Parece ser, y según es tradición, que esta estancia de joven universitario le dejó también tiempo libre para barajar los naipes, y que no fue demasiado afortunado en el juego, razón por la cual la familia tenía gran interés en que

residiera lejos de la *Ciudad del Turia*. Esto dio lugar a que sus hijos vieran la luz del día acá y acullá, según el gusto y placer de la Divina Providencia.

De la saga de los Amigó han brotado personajes ilustres en los campos de la arquitectura y de la santidad, y, sobre todo, en el ejercicio de la piedad y misericordia, como son: los arquitectos Belda Sanchís y Belda Ibáñez, la beata Herminia Martínez Amigó, o Mariano Amigó, el gran benefactor de pobres y necesitados mediante su obra social, primo de Luis Amigó.

De D. Juan Gaspar la tradición misma nos ha dicho que era una persona culta y religiosa, que sabía italiano y que le gustaba cantar en las celebraciones litúrgicas, a las que acudía con sus hijos, virtudes que, sin duda, transmitiría al Venerable Luis Amigó durante los 16 primeros años de la existencia terrena de éste.

De hecho, nos consta que el Venerable Luis Amigó de “tan buenos padres recibió desde sus primeros años, como él mismo escribe, esmerada educación religiosa y literaria en Valencia. El Kinder lo tiene en el parvulario de D. Sebastián Piedra, junto al portal de Valldigna, los Estudios Primarios los realiza, con su hermano Julio, con los PP. Escolapios y a partir del verano de 1866 hasta el 1877, en que parte para el noviciado de Francia, estudia Filosofía y Letras y dos años de sagrada teología en el Seminario Conciliar de Valencia. Los dos últimos años de teología ya seguramente fueron más débiles, por cuanto eran los comienzos de la implan-

tación de los PP. Capuchinos en España, luego de más de 40 años de exclaustración.

Así, pues, no cabe la menor duda de que el Venerable Luis Amigó recibió una formación humana culta y religiosa muy completa, tanto por la tradición familiar de los Amigó, como de sus buenos padres, D. Juan Gaspar era abogado, como del Seminario Conciliar de Valencia durante ocho años.

## 14. FRAY LUIS DE MASSAMAGRELL, PROMOTOR DE PEREGRINACIONES

**P**eregrino (de su etimología *per agros*, por campos o naciones) es la persona que viaja a un santuario, o lugar sagrado, por devoción al mismo o por cumplir alguna promesa. La peregrinación suele ser a visitar la tumba de algún mártir o sobre la que se ha levantado el santuario. En este sentido nacen las peregrinaciones ya antes del edicto de la Paz de Milán, del año 313, y tienen un especial desarrollo durante la alta y baja Edad Media.

Un especial desarrollo tuvieron las peregrinaciones a Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela. Tanto es así que quienes peregrinan a Roma se les llama romeros, quienes lo hacen a Jerusalén, palmeros, y para quienes hacen la ruta jacobea camino de Santiago de Compostela se les reserva el nombre de peregrinos.

Las peregrinaciones han tenido siempre un gran carácter penitencial, ya sea que fuera como penitencia impuesta por algún grave pecado cometido, ya sea por un voto o promesa del peregrino, ya sea simplemente por devoción al mártir, en cuyo honor y sobre el que se levantó el santuario.

A lo largo de su vida Luis Amigó desarrolló una gran devoción a las peregrinaciones. Acompañan-

do y guiando a sus terciarios hizo numerosas peregrinaciones por la huerta de Valencia, a la Cartuja del Puig de Santa María, o el Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles del Puig, o al Santuario de la Cueva Santa.

En 1884 Luis Amigó, con la anuencia del señor arzobispo y con miembros de la Tercera Orden de San Francisco, programa una primera peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles, del Puig, y que, por inclemencias del tiempo, hubo de realizarse el domingo siguiente. “En la solemne Misa de comunión general se distribuyó el pan eucarístico a mil ochocientas personas aproximadamente”, afirma el cronista.

El 13 de octubre de 1886 lleva una segunda peregrinación a los pies de la Santísima Virgen del Puig, la que, según el mismo padre Luis Amigó “ni en solemnidad, ni es número de peregrinos, fue menor a la celebrada el 22 de mayo del año 1884”.

La tercera peregrinación a Nuestra Señora del Puig, Patrona del Reino de Valencia, ocurrió el día de San Miguel Arcángel del año 1889. La peregrinación fue de penitencia, para pedir a Dios la libertad del Sumo Pontífice”. Y da razón de la grandeza de esta tercera peregrinación el hecho de que “sólo se admitió en ella a los mismos hermanos Terceros de Nuestro Padre San Francisco. A pesar de esto se han contado en ella más de 7.000 Terciarios” En esta peregrinación tomaron ya parte los primeros Amigonianos (*cf. El Mensajero Seráfico, años 1884, 1886 y 1889*).

Otra de las peregrinaciones tuvo lugar el Domingo de Ramos de este mismo año de 1889. La

tarde de dicho Domingo, “en solemne procesión, en la que tomaron parte varias congregaciones de terciarios de los pueblos comarcanos con sus estandartes y las dos comunidades con palmas, se trasladó al convento de la Cartuja de Ara Christi del Puig, llevando en andas la imagen de nuestra Señora de los Dolores”. Luis Amigó acompaña en peregrinación a sus hijos Terciarios a su primera residencia en la cartuja de Ara Christi, del Puig de Santa María, Valencia.

El Venerable Luis Amigó preparaba con mimo dichas peregrinaciones. En primer lugar, los peregrinos se reunían en un templo para escuchar la palabra de Dios y la explicación del fin de la peregrinación. A continuación, el director de la peregrinación impartía la bendición e iniciaba la marcha. Durante el trayecto se cantaba y convivía. Finalmente, a la llegada al Santuario se tenía el acto litúrgico. Y los romeros volvían cagados de energía espiritual, con la que luego entusiasmaban a los miembros de sus respectivos hogares.

¡Ah!, no quisiera pasar por alto la peregrinación que Mons. Luis Amigó, entonces Obispo de Segorbe, organizó para el traslado de los restos mortales de Bonifacio Ferrer desde la sacristía de la parroquia de Altura, Castellón, al Santuario de la Cueva Santa, distante 12 kilómetros.

De esta romería un cronista de la época asegura que “acudieron a dicha peregrinación, presidida por sus párrocos y con cruz alzada”, feligreses de 57 parroquias, todas y cada una de las cuales enumera. Y concluye su crónica afirmando que

“el número de peregrinos se juzgó que ascendió a veinticinco mil”.

Aparte otras peregrinaciones, resultaron numerosas las que presidió u organizó Luis Amigó, tanto siendo Comisario de la Venerable Orden Tercera, como luego, ya obispo. Entre ellas podemos enumerar la peregrinación que presidió de alrededor de 400 maestros a la Ciudad de Roma, en las Navidades de 1913, a los pies de Su Santidad Pío X. O también la peregrinación de feligreses de las provincias eclesiásticas de la archidiócesis de Valencia que, en 1917, condujo a la Basílica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.



## 15. LUIS AMIGO Y SAN JUAN DE RIBERA

**D**ecía Su Santidad Benedicto XVI que “los santos, guiados por la luz de Dios, son los auténticos reformadores de la vida de la Iglesia y de la sociedad. Maestros con la palabra y testigos con el ejemplo, saben promover una renovación eclesial estable y profunda, porque ellos mismos están profundamente renovados” (cf. *Benedicto XVI, 13-01-2010*). Los santos y reformadores del Siglo de Oro español así lo confirman.

A raíz del Concilio de Trento, a lo largo y ancho del imperio español, brotan infinidad de santos reformadores. Entre éstos están Juan de Ávila, Carlos Borromeo, Tomás de Villanueva, Ignacio de Loyola, Francisco de Sales, Roberto Belarmino, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara, por nombrar tan sólo algunos conocidos. Sin embargo, el gran reformador en la Comunidad Valenciana, del clero secular y regular, es, sin duda alguna, el ilustre sevillano Juan de Ribera, El Patriarca.

El Concilio de Trento promueve la creación de los seminarios conciliares. Tal es así que cada diócesis enseguida procede a levantar su propio seminario. En todo caso, y según es bien conocido, la diócesis que no se apresura a edificar su propio

seminario conciliar Felipe II ordena su fundación y pasa luego los costos.

Sea como fuere el verdadero reformador sin duda –como digo– del clero en la Comunidad Valenciana fue Juan de Ribera. De hecho, y aparte de levantar su seminario conciliar para renovar al clero secular, se le considera fundador de 83 conventos, de los que entrega a la Familia Franciscana 42 de ellos. Gran devoto del cuerpo y de la sangre de Cristo, funda el Colegio del Patriarca, para la adoración perpetua del Cuerpo del Señor. Y adjudica trece conventos a la Orden Capuchina con lo que se le juzga el fundador de la Provincia de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia.

A él se debe el que en la Comunidad Valenciana las capillas del Santísimo estén situadas en lugar recogido y puerta independiente al exterior. De su tiempo es el sonar la campanilla a la elevación, o agitar el carillón para recordar el mismo acto. Incluso tocar la campana mayor de la parroquia para recordar a los huertanos el instante de la elevación. Éstos, cejan un momento de su trabajo, se secan el sudor, y en pie elevan una plegaria al Señor, acto del que es un fiel reflejo el Ángelus de Millet.

El P. Luis Amigo, primer ministro provincial luego de la restauración de la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia, siempre llevará consigo una reliquia del fundador de la misma, es decir, de San Juan de Ribera, y que actualmente se conserva en el Museo Amigó de Godella, Valencia.

De la semilla plantada por el Santo Patriarca brota la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia; y, de ésta, nace el Venerable Luis Amigó, Y de éste, dos congregaciones religiosas, que han producido numerosas vocaciones en la Comunidad Valenciana, así como también han dado numerosos frutos de santidad.

La diseminación de los conventos franciscanos de Juan de Ribera por toda la geografía levantina fue creando focos de espiritualidad inextinguibles. Recordemos, tan sólo, por citar algunos, la Magdalena, en Masamagrell; Monte Sión, en Torrente; el de Orito, en Alicante, La Ollería, en Valencia o los franciscanos de Onteniente y Villarreal.

Al calor de los conventos brotan infinidad de vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal, muchas de las cuales son tronchadas en flor en plena juventud de la vida. De ahí que la huerta y la montaña valencianas estén tapizadas del color de las alondras y del espíritu de santidad. Bastaría recordar que en la beatificación realizada por Su Santidad Juan Pablo II en 2001 fueron beatificados 234 mártires de la Comunidad Valenciana, 72 los cuales del gran árbol de la familia franciscana.

La espiritualidad de Juan de Ribera bebe del espíritu franciscano su respeto al sacerdocio y su devoción al cuerpo y a la sangre del Señor. Y, asimismo, es deudor al espíritu franciscano de su ascética austeridad y su sencillez, pobreza y humildad.

San Juan de Ribera, a parte de ser un gran reformador del clero regular y secular fue, asimismo, un gran propulsor de la espiritualidad franciscana que, a lo largo y ancho de la geografía levantina, a lo largo de los siglos ha producido una gran cosecha de vocaciones religiosas y óptimos frutos de santidad.

## 16. EL PAPA FRANCISCO Y LUIS AMIGÓ

**E**l 13 de marzo, del pasado año 2015, el papa Francisco anunció la convocatoria de un *Año Santo de la Misericordia* y el día 8 de diciembre tuvo lugar el inicio del mismo con la apertura de la Puerta Santa de la basílica de San Pedro del Vaticano y concluirá, Dios mediante, el día 20 de noviembre del presente año 2016.

La misericordia es la virtud propia de Dios Padre, que es amor, y de todo buen amante que, por lógica natural, está dotado de entrañas de una gran sensibilidad piadosa, compasiva y misericordiosa.

En el Antiguo Testamento, y de modo especial en los salmos, sobre la figura del Dios Sabaoth de los ejércitos, prevalece la imagen de un Dios Padre misericordioso, lento a la ira y rico en piedad. E igualmente en el Nuevo Testamento las parábolas de san Lucas de la misericordia, sea la del hijo pródigo, sea la de la oveja perdida ó la resurrección del hijo de la viuda de Naim, nos muestran la imagen de un Dios piadoso y redentor.

Es curioso observar que las congregaciones religiosas, especialmente las nacidas en los siglos XIX y XX, nacen todas ellas con una finalidad primordial, es decir, el seguimiento de Cristo, y un fin secundario de corte totalmente misericordioso. Entre

ellas las fundadas por el Venerable Luis Amigó. Y es que, naturalmente, los espíritus religiosos concretan su amor a Dios en forma de servicio a los hermanos y en obras de piedad y de misericordia.

Es asimismo en estos siglos cuando nacen los llamados Montes de Piedad, en forma de cajas de ahorros, creados por sacerdotes y religiosos para alivio de las familias pobres y necesitadas.

Hojeando las obras completas del Venerable Luis Amigó podemos observar su predilección por el texto de Pablo a los Colosenses: *Revestíos de entrañas de misericordia*, o a los efesios: *Sed misericordiosos y compasivos unos con otros.*, o el de Lucas: *Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*. La salvación, por la misericordia de Dios, pasa de Pablo a la espiritualidad agustiniana y de Agustín de Hipona a Francisco de Asís y, en general, a toda la familia franciscano-amigoniana.

La salvación, por la misericordia de Dios, lleva al Venerable Luis Amigó a escribir a sus hijos y dejar con rango de testamento, este pensamiento de Santiago: *Quien salva un alma predestina la suya*, que traducirá en este consejo: “Vosotros, zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor”. Y que concluye: “No temáis desfallecer en los desfiladeros y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida, pues podéis estar seguros de que si lográis salvar un alma, con ello predestináis la vuestra” (*L. Amigó, OC, 1831*).

El espíritu piadoso y redentor es el espíritu propio de Dios Padre, que es amor, y de todos los padres del mundo. Y es la característica de los seguidores de Cristo, especialmente de los santos, y el mejor camino para conseguir la propia salvación y la de los hermanos sus hermanos.

Luis Amigó y el papa Francisco comparten esa su predilección por la piedad, dulzura, misericordia y compasión para con los más humildes, necesitados: *Año Santo de la Misericordia, Id en pos de la oveja descarriada*. Y que cuaja en ese su estilo tan característico franciscano y amigoniano de piedad, ternura y misericordia para con el necesitado y desvalido.

## 17. ESCUDO EPISCOPAL DE LUIS AMIGÓ

### Descripción piadosa

**S**iempre me ha llamado la atención el que hoy se sigan componiendo sus escudos de armas quienes están llamados a predicar la paz y la fraternidad entre los hombres. De todos modos, reconozco que han cambiado mucho los signos que se integran en los escudos de armas. En la actualidad los escudos de armas de los clérigos suelen recoger lo que son las ilusiones, los mayores amores y las mejores realizaciones de quien elabora su escudo.

Luis Amigó confecciona su escudo en 1907, a sus 53 años, e integra en el mismo sus mejores ilusiones y realizaciones. Se trata del escudo partido francés. Y, en punta, coloca el que será su *leif motiv*: *Doy mi vida por mis ovejas*.

En jefe coloca el escudo de su amada orden franciscana capuchina. Sobre el fondo de la cruz, y emergiendo entre las nubes del monte Albornia, enlaza los brazos de Cristo y Francisco de Asís y recoge el momento de la Impresión de las Llagas.

Distribuido en cuatro cuarteles: En el primero la Sagrada Familia, la fundación de las Hermanas Terciarias Capuchinas; en el segundo el corazón de la Virgen de los Dolores, la fundación de los Religiosos Amigonianos; en el tercero dos manos enlazadas mantienen la cruz, símbolo de la amistad.



Y en el último cuartel el yunque, símbolo de quienes se honran con el apellido de Ferrer, Ferrater, Hierro, etc. Y los cuarteles envueltos por el sencillo cordón franciscana con los tres votos religiosos.

En el escudo se evidencian los grandes amores de Mons. Luis Amigó: Su cristocentrismo recogido en la cruz en jefe y en el lema de Cristo Buen Pastor: *Entrego mi vida por mis ovejas*; el franciscanismo, que pone en evidencia el escudo franciscano y el cordón que envuelve los cuarteles; y la mariología dolorosa, simbolizado en el corazón de la Virgen de los Dolores, traspasado por siete espadas.

Al mismo tiempo, y siguiendo la lectura de los cuarteles, se puede leer el nombre y apellidos de Luis Amigó y Ferrer: José (1º), María (2º), Amigó (3º) y Ferrer (4º y último).

El escudo, pues, de Mons. Luis Amigó recoge admirablemente sus grandes ilusiones y, asimismo, las mejores realizaciones de su vida apostólica. Y, al mismo tiempo, recoge su nombre y apellidos. Y, finalmente, hasta su gran amor a la patria chica, recogido en las barras del último de los cuarteles.

## 18 LUIS AMIGÓ Y LA BEATA CARMEN GARCÍA

### Antoniana y Margarita

**C**on la pérdida de la tercera guerra carlista (1872-1876) el carlismo quedó muy debilitado en España. En dicha contienda tomó parte el segorbino D. José García, un carlistón de armas tomar de mucho cuidado. Tanto que hubo de refugiarse en Francia, concretamente en Nantes. Y en Nantes casa con Marie Josephine Octavie Moyòn. Y allí nace, en cuarto lugar, Carmen García Moyòn.

Con la derrota de la tercera guerra carlista los seguidores de D. Carlos quedaron muy mermados, si bien todavía tienen buena representación en pueblos como Segorbe, Solsona, Villarreal, Torrent y, por supuesto, en algunos otros del Maestrazgo.

Por permisión de los gobiernos liberales de entonces D. José y sus hijos vuelven a su pueblo de Segorbe. Carmen ingresa en las Hermanas Terciarias Capuchinas, que luego abandona, y se traslada a vivir a Torrent (Valencia).

En este pueblo de la huerta sur de Valencia entra en comunicación con los Terciarios Capuchinos, con quienes coopera en la limpieza de la iglesia, repasar las ropas sagradas, en las catequesis y en las funciones litúrgicas. Incluso puso un tallercito de corte y confección. Ingresó

también en algunas asociaciones religiosas muy cercanas a los padres del convento del cerro de Nuestra Señora de Monte Sion. Pertenece a la asociación denominada los Antonianos y también en las Margaritas.

Y, ¿qué era esta asociación de Las Margaritas, de la que Carmen García Moyón llega a ser la ecónoma de la agrupación?

Las Margaritas nacen precisamente durante la tercera guerra carlista. Reciben el nombre de Su Alteza D<sup>a</sup> Margarita de Borbón y Borbón, esposa del Rey Carlos VII, quien es denominada “Ángel de la Caridad” por sus labores sanitarias en los hospitales de campaña, principalmente en el del Monasterio de Irache (Navarra), cercano a Montejurra, la Montaña Sagrada del Carlismo.

Tenían como ministerio propio, por deseo de su fundadora, el de apoyar en el frente, en hospitales de campaña, a los heridos, repartir cartas, paquetes de víveres y ropas e infundir ánimos a los combatientes. Son fieles guardianas de las tradiciones familiares y valedoras de la integridad familiar con riesgo incluso de sus vidas. Son las enfermeras de las partidas carlistas.

Una de las asociaciones de Margaritas con mayor relieve era la de Navarra. Fue fundada en 1919. Y durante la contienda civil de 1936-1939 desplegaron sus actividades en domicilios e instituciones benéficas de la ciudad, como era el caso de las Hermanitas de los Pobres, la Casa de Misericordia y el Hospital Provincial, y siempre dese el punto de vista sanitario y social.

Formaron la sección femenina del carlismo y el mejor apoyo de los requetés navarros, especialmente en el Seminario de Belchite, convertido en hospital, así como también en la toma de Teruel.

Por lo demás resulta lógico y natural que Carmen García Moyón ingresase en las Margaritas por cuanto su padre fue un carlista de toda la vida, vivió en Segorbe, pueblo carlista, y luego en Torrent, que también lo fue. Por ello puede decir a sus amigas en la contienda civil de 1936: “A nosotras será a las primeras que nos arreglarán porque somos católicas de cuerpo entero”.

Mujer de una fortaleza heroica, arrojó el martirio durante la noche del 30 de enero de 1937, en la carretera de Torrent a Monserrat (Vía Sacra de tantos mártires), en la parte izquierda del camino a Morredondo, en el término del Tollo y en el *Barranc de les Canyes*, donde fue quemada viva. Murió al grito de: ¡Viva Cristo Rey!

Es la patrona de los Cooperadores Amigonianos.

## 19. JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ Y DON JOSÉ GUZMÁN

Luis Amigó en su *Autobiografía* titulada, *Apuntes sobre mi vida*, escribe: “Siempre tuve pocos amigos y procuraba fuesen de mayor edad que yo e inclinados a la piedad” (*L. Amigó, OC 8*). Las autobiografías recogen los hechos y sentimientos más vivos que conserva su autor ya en el último recodo de la vida, en que se escriben. Y uno de los sentimientos que con mayor abundancia pone de relieve Luis Amigó es el de su profunda amistad con su amigo José Guzmán Guallar, amistad que duró hasta los últimos momentos de la vida de este gran artesano de la gubia y de la pluma.

José Guzmán (1844-1930), y diez años mayor que Luis Amigó fue su gran amigo de infancia en la búsqueda de la propia vocación, en su idea de ingresar en la cartuja, en pertenecer luego a los capuchinos en Bayona (Francia) y en formar parte de la familia franciscana hasta su muerte.

En sus primeros años José Guzmán, que era escultor, le obsequia una imagen de santa Rita de Casia, hoy en el *Museo Luis Amigó* de Godella (Valencia), que José María agradeció infinito, según él mismo refiere en *Apuntes sobre mi vida* (*L. Amigó, OC, 8*).

Bien pronto, acompañado del referido amigo, empezó a asistir los domingos al hospital para atender a la limpieza de los enfermos (*Cfr. L. Amigó, OC 9*). Así mismo con dicho amigo recorría la huerta de Valencia impartiendo catequesis, preparando los niños a la primera comunión y a los jóvenes al matrimonio. Luego, deseosos de mayor perfección, ambos amigos ingresan en la *Escuela de Cristo*, de carácter penitencial, instalada en las Escuelas Pías, en la ciudad de Valencia. Y, posteriormente, acuden al jesuita padre Llopart, para ver de ingresar en la cartuja, posiblemente entonces residencia de los padres jesuitas.

“Cuatro amigos tenía yo en aquel tiempo que todos aspirábamos a entrar en religión, escribe Luis Amigó. Se llamaban éstos: José Guzmán, Isidro Domínguez, Manuel Tomás y Vicente Vivó... El primero en marchar a Francia con el intento de entrar religioso fue José Guzmán, quien tuvo gran empeño en llevarme consigo” (*L. Amigó, OC 17. 18*).

El único de los cuatro amigos que no llegó a vestir la estameña franciscana fue José Guzmán, sino que se casó y tuvo 16 hijos. Pero toda su vida conservó el espíritu capuchino como terciario capuchino seglar que fue. Tanto es así que, luego de ocho años de ausencia de Luis Amigó, cuando éste vuelve a la *Ciudad del Turia*, dice: “Salió a recibirme algunas estaciones antes mi antiguo amigo Guzmán, que no tuvo paciencia para esperarme en Valencia” (*Cfr. L.*

*Amigó, OC 56*). Tanto ansiaba ver al antiguo amigo que no tuvo paciencia para esperarlo en la estación final, sino que salió a recibirlo a la estación de Alboraya.

José Guzmán, gran amigo y perteneciente a la tercera orden seglar, seguramente asistió a la inversión de hábito de los terciarios capuchinos religiosos, a las diversas peregrinaciones de terciarios al Real Monasterio de Santa María del Puig (Valencia) y a diversos otros actos organizados por José María, entonces fray Luis de Massamagrell.

José Guzmán, formado en la Academia de Bellas Artes de Valencia, como imaginero y gran experto en el manejo de la gubia, cinceló, entre otras, las imágenes de Santa Isabel de Hungría, patrona de la Orden Tercera, para el convento capuchino de Massamagrell, la de Santo Tomás Apóstol para la iglesia del santo en Valencia, la de la Purísima para los Santos Juanes, así mismo de Valencia, o la de San José para la parroquia de Yecla (Murcia).

Como poeta inicia su producción literaria en la revista franciscana de la Orden Tercera *El Mensajero Seráfico* (1892) con el soneto a San Francisco de Asís, producción que siguió abundante especialmente en la revista *Floreillas de San Francisco*, una buena selección de la cual ha sido recopilada por el padre Tomás Roca Chust tc. Como autor literario José Guzmán se acredita en *La nit d'albaes*, cuya partitura es del Maestro Giner, así mismo gran amigo y colaborador de Luis Amigó.

En sus últimos años José Guzmán instaló su taller en la ciudad de Torrent (Valencia). Anteriormente lo había tenido en Valencia ciudad. El Venerable padre Luis, en su frecuente asistencia a las fiestas terciarias del pueblo, invitado por los Antonianos, aprovechaba para visitar y conversar con su amigo y su numerosa prole con que le obsequió el Señor.



## 20. JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ Y LA PESTE DE 1885

**E**scribe el apóstol Santiago en su carta: *Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame sin las obras tu fe, que yo por mis obras te mostraré mi fe (St 2, 18).*

Desde luego los capuchinos, por constituciones, eran llevados a mostrar su fe mediante las obras de misericordia, pues sus constituciones de 1596, luego de un elogio al desapropio franciscano y de que *es dulce, justo y debido morir por quien murió por nosotros en la cruz*, ordenan a los hermanos que, en tiempo de peste, presten su servicio a los apestados.

De tal manera llevaron este mandato a la práctica que, en la peste de Milán de 1630 (Milán, de unos 250.000 habitantes, que contaba entonces, quedaron reducidos a 64.000), los capuchinos se ocuparon del llamado lazareto con sus seis mil apestados en el que ejercen de superintendentes, confesores, administradores, enfermeros, cocineros, roperos y todo lo demás que ocurriese en el lazareto. Y en el que varios religiosos pagaron con su vida.

Alessandro Manzoni, en *Los Novios*, hace el siguiente elogio de los capuchinos: “Fue extraordinario el hecho mismo de haberles ofrecido el lazareto, sin otra razón que no hallar quien lo quisiera acep-

tar, sin otro fin que el de servir, y sin otra esperanza en este mundo que la de una muerte segura, más envidiable que envidiada. Por esto los capuchinos se hicieron merecedores de que públicamente nos acordemos de su obra y de su corazón, con cariño y con aquella gratitud que les es debida por los grandes servicios prestados, de hombres a hombres, y más debido a quienes no se han propuesto esto como recompensa” (*Los Novios*, cp. 31).

Así mismo dichas constituciones de 1536 ordenaban que, en tiempos de carestía, los Hermanos pedirán limosna para subvenir a los más necesitados. Y, a continuación, hacen referencia al texto de uno de los biógrafos de San Francisco, quien asegura “que jamás fue ladrón de limosnas, pues siempre aceptó menos de lo que le tocaba para no lesionar el derecho de otros pobres, que hacer lo contrario hubiera sido robar” (*LP*, 15).

Las ordenaciones de las constituciones capuchinas, así como también llevar una vida pobre, honrada y religiosa, hecha de desapropio y negación de sí mismos, les hizo siempre hombres robustos en la fe, extremadamente providencialistas y sumamente populares.

Seguramente que esa misma fe fue la que lleva a Luis Amigó e emitir a sus 24 años, al atardecer del 2 de noviembre de 1878, su *Voto de Ánimas*, por el que, dice: “Hago voto de redimir aquellas almas que quisiere la Santísima Virgen renunciando yo y haciendo donación de mis obras satisfactorias propias y particulares, tanto en vida como en muerte y después de mi muerte” (*Voto de Ánimas*).

Todavía más: “Y en caso de no tener yo suficientes obras satisfactorias para pagar las deudas de aquellas almas... me obligo y quiero pagar en la cárcel del purgatorio con penas todo lo que me faltare de obras satisfactorias”. ¡Ah!, y luego –y nunca mejor dicho– rubrica su *Voto de Ánimas* con su propia sangre.

Seguramente que fue esta misma fe y fuerza de ánimo la que lleva a Luis Amigó, en la epidemia de la peste negra de 1885, a atender con sus religiosos capuchinos de la Magdalena –Massamagrell, Valencia– a los apestados. Y a solicitar de sus hijas Terciarias Capuchinas el mismo sacrificio heroico. En el intento pagaron con la propia vida cuatro religiosos capuchinos y otras cuatro hermanas terciarias capuchinas. Y el mismo Venerable Luis Amigó tuvo que presenciar, enfermo en cama, la muerte de sus religiosos y religiosas.

Y seguramente fue su fe la que llevó a Luis Amigó, siguiendo el testimonio de su padre San Francisco, a fundar sus dos congregaciones religiosas. Cuando D. Faustino Roda inquiriere de Luis Amigó sobre los medios con que cuenta para la manutención de los religiosos, le contesta “que sólo contaba con la Divina Providencia, única en la que confió también el Seráfico Padre San Francisco al fundar la Orden” (*L. Amigó, OC 101*).

Por lo demás a sus mismas religiosas les deja ordenado en las constituciones: “La mendicación sea el único patrimonio de las religiosas” (*L. Amigó, OC 2299*), mendicación que únicamente se podía pedir entonces en especie, no en metálico, como

en tiempos del Seráfico Padre San Francisco, para que así el día siguiente la religiosa tuviera que ejercitarse en la pobreza y humildad franciscanas.

Ante tanto testimonio de fe, y de fe heroica, no puedo por menos que exclamar: ¡con cuánta razón escribió Heinrich Heine, mientras admiraba la catedral de Amberes: *En aquellos tiempos tenían fe. Nosotros no tenemos sino opiniones. Y con opiniones sólo no se edifican catedrales.*

## 21. LUIS AMIGÓ HONRA A BONIFACIO FERRER

**E**l Venerable Luis Amigó profesó siempre una especial devoción a la Orden Cartujana. Y la admiraba especialmente por su especial inclinación a la reflexión, al silencio y a la soledad a que él se veía inclinado. Y en la que pidió su ingreso. Por otra parte, la primera residencia de sus hijos será, así mismo, otra cartuja, la de Ara Christi, del Puig de Santa María, Valencia. Por lo demás, el Venerable Luis Amigó así mismo manifestó siempre una especial devoción por su propia familia, por la tierra que le vio nacer y por sus ascendientes de los Amigó Ferrer.

Por lo demás, él mismo confirma todo lo dicho en su *Autobiografía*: “En cuanto a mí puedo decir –escribe– y considero como una de las mayores gracias que el Señor me ha dado, el de poder contribuir a la glorificación de este su gran siervo, con cuyo apellido me honro, que soy también valenciano como él y que siempre tuve predilección especial por la Orden Cartujana, en la que pedí ingresar, pero que el Señor, por medio de mi director, me llamó a mi amada Orden Capuchina. ¡Benditos sean sus inescrutables designios!” (*L. Amigó, OC 219*).

Por lo que respecta a la glorificación de los restos mortales de fray Bonifacio Ferrer así refiere él

mismo el hecho del traslado: “En el mes de junio del año 1915 hice la visita a la parroquia de Altura y, enterado de que los venerandos restos de fray Bonifacio Ferrer, hermano de san Vicente, se guardaban en el archivo de la parroquia, y como nada se me decía de ellos, pedí al señor cura me enseñase la caja que los contenía y que para ello subiese también con nosotros al archivo el Ayuntamiento. Abierto, pues, que fue el armario donde se guardaban dichos restos y puesta a la vista la caja, manifesté a las autoridades no ser decoroso se conservasen así los restos de un hombre tan eminente en ciencia y virtud, que yo no quería descubrirlos rompiendo los sellos que puso mi antecesor el obispo Aguilar, pero que era mi parecer, y así pensaba consignarlo en el acta de visita, que se colocasen en la iglesia, con una lápida conmemorativa, o más bien que se llevasen a la Cueva Santa, toda vez que, según la tradición, fue él quien hizo la sagrada imagen y la entregó al pastor de la cartuja para que la venerase en dicha Cueva.

Fue bien acogida, por todos, esta idea y, desde luego, les indiqué que abriría una suscripción en el boletín, que encabezaría yo, para ver de allegar recursos con que poder construirse un buen mausoleo en la Capilla de la Comunión de dicho santuario, para guardar en él tan venerados restos.

Mi pensamiento era erigir una estatua de tamaño natural de fray Bonifacio Ferrer, en actitud de entregar al pastor la imagen de la Santísima Virgen, que la recibiera de rodillas.

La obra era de mucho coste y, como la suscripción no rindió lo que yo esperaba, pues Valencia no nos ayudó, hube de limitarme a hacer un sarcófago de cemento armado, en forma de arcón, colocando debajo una lápida conmemorativa.

Mientras se recolectaba la suscripción y fabricaba el sarcófago transcurrieron algunos meses (sin duda providencialmente) y vino a hacerse el traslado de los restos en la fecha del centenario de la muerte de tan insigne varón, el 29 de abril de 1917, como diré más adelante.

En el año 1917, terminado ya el sarcófago en que se habían de colocar los restos de fray Bonifacio Ferrer, dispuse y anuncié en el boletín que el 29 del mes de abril se haría el traslado de dichos venerandos restos desde la parroquia de Altura a la Cueva Santa.

Providencialmente coincidió esta fecha con el quinto centenario de la muerte de tan santo y sabio religioso, por lo que quise se diese a este acontecimiento toda la solemnidad posible.

Rogué, a este efecto, a su hermano san Vicente Ferrer me alcanzase del Señor que los pueblos respondiesen a mi invitación, a fin de que tan eminente varón (cuyas virtudes, talentos y grandes obras, hechas en bien de nuestra Patria, no habían sido apreciadas en su valor, pasando desapercibida su memoria) empezase ya a recibir en el mundo los honores por tantos títulos merecidos.

Y así me lo concedió el Señor en su misericordia, pues la peregrinación que organicé de los pueblos de la diócesis para el traslado de los restos resultó

tan solemne, ordenada y numerosa que, a dicho de todos, jamás se había visto, ni esperaban pudiera verse ya, concurrencia más numerosa en la Cueva Santa. ¡Gloria a Dios y honor a su siervo fray Bonifacio Ferrer, cuyos méritos es de esperar recompense el Señor un día elevándole al honor de los altares!” (*L. Amigó, OC. 210-212. 217-219*).

Un cronista de la época asegura que acudieron a dicha peregrinación, presidida por sus párrocos y con cruz alzada, feligreses de 57 parroquias, todas las cuales enumera. Y concluye su crónica afirmando: “El número de peregrinos se juzgó que ascendió a veinticinco mil”.

Desgraciadamente los restos mortales de fray Bonifacio Ferrer, el que fuera hermano de San Vicente, que con él interviniera en el célebre Compromiso de Caspe, y que llegara a ser Prior de la cartuja de Vall de Cristo, en Altura, y, finalmente, Prior General de la Orden Cartujana, fueron profanados en la plaza pública durante la persecución religiosa de 1936.

En la actualidad, y en la colina de la Cueva Santa de Altura (Castellón), lugar desde el que se divisa la Cartuja de Vall de Cristo, tan querido y visitado por el Venerable Luis Amigó durante su ministerio pastoral en Segorbe, únicamente queda un sencillo monumento en piedra levantado al ilustre patricio valenciano (*L. Amigó, OC. 210-212. 217-219*).



## 22. LUIS AMIGÓ Y LA NAVIDAD

**E**n la espiritualidad de la familia franciscana hay dos misterios del Señor que ocupan un lugar preferente. Son la Navidad y la Pasión del Señor. Ambos inician y cierran el cristocentrismo propio de la espiritualidad seráfica.

San Francisco profesaba una especial devoción a la estampa sencilla del nacimiento de Cristo. En 1223 consigue realizar en Greccio (Umbría) Italia, el primer nacimiento viviente del Hijo de Dios. Tal es así que se le considera el creador de los belenes o nacimientos.

Y, un año en que el 25 de diciembre cayó en viernes decía el santo al hermano Morico: “Pecas, hermano, al llamar día de Venus al día en que nos ha nacido el Hijo de Dios” Y concluía: “Rogaría que todos los pudientes estén obligados en ese día a arrojar trigo y grano por los caminos, para que en tan gran solemnidad las avecillas, sobre todo las hermanas alondras, tengan en abundancia. Y no recordaba sin lágrimas la penuria que rodeó aquel día a la Virgen pobrecilla” (2 Cel 199-200).

Asimismo, el piadoso padre Luis Amigó celebraba con gran solemnidad la Navidad del Señor en conformidad con la pobreza franciscana. Y, como es natural, al acercarse la solemnidad de la Navidad felicitaba a sus hijas e hijos más cercanos.

A sus religiosos de Italia en 1933 felicitaba las Pascuas: “Acercándose las fiestas de Navidad, de universal regocijo para todos, pues nos recuerda el natalicio de nuestro Redentor y, aunque las circunstancias atenúan nuestra alegría, sin embargo, yo les felicito de todo mi corazón y les invito a que con los ángeles cantemos: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (*L. Amigó, OC 1938*).

Y a sus hijas de Ollería (Valencia) les desea que “poseídas del espíritu del Seráfico Padre San Francisco, celebren con grande regocijo la conmemoración del natalicio de nuestro Divino Redentor, y que el próximo año les sea muy venturoso y colmado de bendiciones celestiales” (*L. Amigó, OC 1881*).

Por lo demás, al hablar del nacimiento del Hijo de Dios, como su padre San Francisco, derramaba abundantes lágrimas, y especialmente cuando en los días de la Navidad sus hijas le visitaban y le cantaban el conocido villancico en valenciano:

*Com està tan ploronet  
el Rei de les estreletes  
d'oncs vòl que les seues mongetes  
li canten ara un poquet.  
D'oncs vòl que les seues mongetes*

*li canten ara un poquet  
1ª Acosten-li el tabalet,  
els platillos, el tambor  
i doneu-li probes d'amor*

*i es quedarà contentet,  
i entre quatre rialletes  
es quedarà dormidet.*

*2<sup>a</sup> Fill de Deu tan xicotet  
Que en la palla estàs plorant  
i te calfen alenant,  
la muleta y el bouet,  
i entre quatre rialletes  
es quedarà dormidet.*

Se repite a cada estrofa:  
*Com està tan ploronet...*

## 23. LUIS AMIGÓ Y FRANCISCO DE ORIHUELA

**L**uis de Massamagrell y Francisco de Orihuela han sido dos obispos capuchinos, un día compañeros de hábito y hoy Venerables, pues con fecha 13 de junio de 1992 y 3 de abril de 2014 Su Santidad el Papa firmó los respectivos decretos de Venerables, reconociendo el ejercicio heroico de las virtudes de ambos ilustres capuchinos.

El P. Francisco de Orihuela falleció el 22 de abril de 1914 y Luis de Massamagrell el 1 de octubre de 1934. Los restos mortales de ambos Venerables permanecen en el pueblo de Massamagrell, Valencia, en la Huerta Norte, el primero en la iglesia del convento capuchino de la Magdalena y el segundo en el tras sagrario de la capilla de sus hijas Terciarías Capuchinas.

Durante la guardianía del Venerable Luis Amigó ambos religiosos coincidieron de familia en el convento capuchino de Santa María Magdalena, pues durante los días del cólera de 1885 estando enfermo en cama Luis Amigó, fue el P. Francisco de Orihuela quien le atendió a él y a los otros cuatro religiosos que fallecieron de la epidemia del cólera (*Cfr. L. Amigó, OC 80*).

En 1898 el Rmo. P. General reconstruyó las dos antiguas provincias capuchinas de Andalucía y de

Valencia, y para esta última nombra primer ministro provincial al P. Luis de Massamagrell, y como tercer definidor o consejero provincial al P. Francisco de Orihuela.

Durante el provincialato del P. Luis, “no dejaba de verse la necesidad de enviarse a la Misión un Custodio de gran prestigio en la provincia que fuera de todos acatado y atendido por su autoridad”.

Intentando en consejo dar solución al problema misionero de la Guajira, Colombia, por la renuncia al cargo del P. Antonio de Valencia, escribe Luis Amigó en su *Autobiografía*:

– “Para solucionar, pues, el asunto, me ofrecí yo al Definitorio para ir como custodio a la misión, renunciando para ello al cargo de provincial, si lo juzgaban conveniente”.

Al oír esta respuesta el Muy Rvdo. P. Francisco de Orihuela dijo:

– “Eso de ningún modo, pues vuestra reverencia hace más falta en la provincia que en la misión; si les parece yo volveré otra vez a la Guajira. Aceptamos todos agradecidos su oferta, y se le nombró custodio de la misión Guajira” (*L. Amigó, OC 150*).

Andando el tiempo el P. Francisco de Orihuela sería nombrado obispo de Santa Marta, Colombia, y su compañero, el P. Luis Amigó, A. A. de Solsona, primero, y, posteriormente, obispo de Segorbe, Castellón, España. Luis Amigó, concluidos sus días terrenales, falleció en el Seminario de San José de Godella, Valencia. Y el P. Francisco de Orihuela, por su parte, cumplido así mismo su ministerio pastoral en la Guajira, se retiró a su querido con-

vento de la Magdalena, en Massamagrell, convento en que finalizó sus días.

Los restos mortales de ambos obispos capuchinos Venerables, y a pesar del intento de profanar los restos mortales de ambos en la persecución religiosa de 1936-1939, sin conseguirlo, siguen en su primitivo lugar en el pueblo de Massamagrell (Valencia).

Los funerales del P. Francisco de Orihuela, quien se retiró a su querido convento de La Magdalena, en Massamagrell, y en él murió, los presidió su compañero el P. Luis Amigó.

## 24. LUIS AMIGÓ, HOMBRE ORGANIZADOR

**E**n un cartel de colegio, en que un niño cabalga a horcajadas –y a guisa de escoba de bruja– el caballete del tejado, he podido leer el siguiente rótulo: “Mira a las estrellas, pero no te olvides de encender la lumbre del hogar”. Y nuestro gran Ortega y Gasset, años ha, decía de los jóvenes de entonces: “Nuestros jóvenes padecen mal de presbicia. Distinguen los ideales en la lejanía: la justicia, la honradez, la verdad... pero en cambio son incapaces de apreciar lo cercano, lo inmediato”.

A mi modo de ver el Venerable Luis Amigó nunca permaneció estático ante el ideal: “¿Qué hacéis ahí mirando al cielo?” Ni tampoco padeció el mal de presbicia que apreciaba Ortega en los jóvenes de su época. Luis Amigó fue una persona con sus ideales, sí, pero hombre de su tiempo, bien anclado a tierra, extremadamente organizado y organizador y, por supuesto, sumamente práctico.

Hijo de abogado y sobrino de abogados, quedó huérfano relativamente joven y hubo de tener a su cargo a sus hermanas menores. Esto le hace ser un hombre de leyes y en la práctica luchador infatigable para sacar adelante la familia.

Para poder ingresar en religión hizo así mismo testamento a favor de sus hermanas –¡todo un

modelo de unción y piedad!– y las deja al amparo de un buen sacerdote, D. Francisco Pérez Montejano, coadjutor de San Juan del Hospital, de Valencia.

Posteriormente como guardián, provincial, fundador y obispo manifestó esa su faceta extraordinariamente práctica de la vida: la faceta de organizador y legislador. Pero, posiblemente, donde con mayor relieve se aprecian ambos aspectos sea en los ocho años (1881-1889) que pasó en el convento capuchino de Massamagrell (Valencia), en que fue comisario y visitador de las órdenes terceras, guardián de dicho convento y fundador de dos congregaciones religiosas.

El Venerable Luis Amigó, por mirar las estrellas, no se olvidó de encender el fuego del hogar y, por lo que a ideales se refiere, por supuesto, no padeció el mal de presbicia de que habla Ortega. Verdaderamente impresiona ver el celo desplegado por Luis Amigó en la fundación y organización de las órdenes terceras. En breve espacio de tiempo funda las de Ador, Massamagrell, Vinalesa, Albalat dels Sorells, Meliana, Foyos, Alfara del Patriarca y La Punta. Y restaura las de Valencia, Castellón, Alzira, Godella, Benaguacil y La Ollería. Un total de 17 Órdenes Terceras.

Pero lo que sobre todo sobrecoge, aparte la rápida extensión de las órdenes terceras, es la férrea organización de que dotó a las mismas mediante las constituciones. Cada congregación está fundada sobre la estructura de la familia, del coro y del barrio. Y al frente de cada una de las cuales estará el comisario, el discreto y el celador.



“La Congregación toda se dividirá en coros de 14 hermanos y hermanas –escribe en las ordenaciones a la Congregación de Alcudia de Crespins, Valencia–, uno de los cuales tendrá el cargo de celador o celadora de los otros trece; y el oficio de éstos será, como su nombre indica, el vigilar la conducta de los individuos que componen el coro, cobrar de éstos la colecta y comunicarles las órdenes o avisos emanados de la junta del discretorio”. No menos precisa era la estructura por lo que a formación, corrección y funciones litúrgicas de los hermanos y hermanas se refiere.

Indudablemente esta estructura, a través de células bien precisas y concretas, produjo una gran fortaleza a la organización y un seguimiento incondicional de la persona de Luis Amigó, el gran apóstol de las órdenes terceras franciscanas del siglo XIX.

El Venerable Luis Amigó buena parte de esta organización la transportó a las constituciones de sus religiosas y religiosos terciarios capuchinos. Y al trasvase de la estructura acompañó y siguió así mismo el trasvase de buen número de hermanos, tanto terciarias como terciarios, más comprometidos apostólicamente.

Pero no solamente estos casos avalan la figura del Venerable Luis Amigó como hombre organizado y organizador. Manifestación de su carácter ordenado y dinámico son así mismo las constituciones que dio para la reforma de los seminarios de Solsona, primero, y de Segorbe, después, las constituciones para encargados de ermitas, el reglamento

para las hospederías sacerdotales, las ordenaciones de santa visita a los capuchinos, a las órdenes terceras, así como también la organización de museos y archivos diocesanos, etc.

Y es que el Venerable Luis Amigó, gracias a Dios, sabía muy bien que no tan sólo es muy útil, sino también sumamente necesario, para el buen orden y armonioso concierto, ahorro de energías, organización y crecimiento natural de los institutos, el que en ellos todo vaya en orden y se mida con la regla, que de ahí les viene el nombre de órdenes regulares (*L. Amigó, OC.2018*). “Que donde falta disciplina –así lo escribía ya san Buenaventura– el mundo se torna insolente”. Que el necesario tributo a la improvisación, y la complaciente tolerancia, demasiado a menudo se suele pagar con el deshilar y desencuadernar de las personas y aún de las instituciones mejor organizadas.

Nuestro Venerable Luis Amigó por mirar a las estrellas no se olvidó de encender el fuego en el hogar y, naturalmente por lo que a ideales se refiere, jamás sufrió el mal de presbicia de que habla Ortega. Que el Venerable Luis Amigó fue una persona organizada y organizadora. Así al menos me lo parece a mí.

## 25. LUIS AMIGÓ Y LAS ÓRDENES TERCERAS

Luis Amigó nos dice en su *Autobiografía* que, en aquel entonces, “se me ocurrió poner por intercesor al Padre San Francisco para que me allanase las dificultades que se oponían a mi ingreso en la cartuja; y, al efecto, vestí el hábito de la tercera orden seglar en el convento de las Religiosas Franciscanas de la Puridad, de Valencia” (*L. Amigó, OC.20*). E ingresó en el noviciado de la Orden. Desde entonces profesó un profundo amor a la Venerable Orden Tercera (O.T.S.), que así era conocida por entonces.

En el verano de 1881 Luis Amigó es destinado a la fraternidad capuchina de Massamagrell, Valencia, y nombrado comisario para revitalizar las órdenes terceras. Luis Amigó se da cuenta enseguida del gran interés del pontífice reinante, León XIII, para infundir en el mundo el espíritu seráfico de la O.T.S., “único que puede transformar la sociedad actual”, dice. En seguida, formado en el espíritu seráfico de la orden tercera seglar e impulsado por el mismo espíritu franciscano de profundo amor, veneración y respeto al señor Papa, se da al trabajo de visitar y restaurar las antiguas congregaciones de Valencia, Castellón, Alzira, Benaguacil, Godella, La Ollería y Alboraya.

Y así mismo se entrega en cuerpo y alma a la fundación de la O.T.S. en los diversos pueblos de la hoy Comunidad Valenciana. La primera congregación que instaura es la de Ador, luego siguieron las de Massamagrell, Rafelbuñol, Manises, Vinalesa, Albalat dels Sorells, Meliana y Foyos. Y la de Alfara del Patriarca y la de La Punta. Un total de 17 congregaciones de terciarios. Y no podemos por menos que preguntarnos ¿de dónde la viene esta fuerza y vitalidad creadora?

Por una parte, el espíritu de la O.T.S. calaba muy hondo en las capas sociales y era muy acorde con el ambiente religioso de la época. Tanto esto es así que, a la O.T.S. pertenecieron, entre otros, los pontífices Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI, así como también los cardenales Rampolla y Vives. Por otra parte, la O.T.S., cual batallón de nuevos Macabeos, se manifestaba constantemente en peregrinaciones para pedir la libertad del papa rey, encerrado en los palacios pontificios desde la toma de Roma de Porta Pía en 1870. Además, León XIII, con fecha 3 de mayo de 1889 reformó la regla y vida de la O.T.S. para imprimir una mayor vitalidad a la Orden, lo que no ocurría desde Nicolás IV, en el ya muy lejano año de 1289.

La nueva *regla y vida* sumamente sencilla, sobria y muy práctica, recogía las ansias de quienes deseaban vivir el espíritu cristiano siguiendo los pasos del *Serafín de Asís*. Entre otros puntos, la regla proponía: abstenerse del lujo y refinada elegancia, abstenerse de diversiones peligrosas, frugalidad en las comidas, cumplir con los ayunos y

abstinencias de la Iglesia, la confesión y comunión mensual, recitación del oficio parvo, llevar vida familiar ejemplar, vigilancia de las lecturas, buen ejemplo en el hablar, no discutir, caridad con los hermanos enfermos y difuntos y la reunión mensual; además, no entrometerse en asuntos políticos y puramente económicos y sociales. Era la espiritualidad apropiada para un tiempo apropiado y en el momento propicio.

Impulsados por este espíritu seráfico ¡era digno de ver los cuartos domingos el hormigueo de gentes de los pueblos, por las sendas de la huerta levantina, camino del convento de la Magdalena, en Massamagrell! ¡Tan abundante era el número que hubieron de repartirse los días de la semana para poder atender las confesiones en el convento!

¡Y qué decir de las peregrinaciones desde la Magdalena por Rafelbuñol, entre naranjos, hasta llegar al Real Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles del Puig, donde tendrían la misa de las doce! Y luego, por la tarde, rosario a veces armonizado por el piadoso D. Salvador Giner y unos sesenta músicos de su capilla.

¡Y cómo no referir las peregrinaciones de la O.F.S. a Nuestra Señora de los Ángeles del Puig, a pedir la liberación del Papa Rey! En la de 1884 acudieron ya tres mil terciarios. Las crónicas de la época asignan cinco mil a la romería de 1886. Y la de 1889 rebasó los siete mil terciarios capuchinos, en su mayoría seculares y algunos regulares.

Precisamente del progreso siempre creciente de las órdenes franciscanas seculares y del deseo de

mayor perfección de sus miembros, nacieron infinidad de congregaciones religiosas que aún hoy en día hermocean la Iglesia de Dios (Cfr. L. Amigó, OC 68).

En tan abonado campo la O.T.S. floreció extraordinariamente. Ya en 1892, a los apenas diez años del nombramiento de Luis Amigó como comisario de la misma, contaba la provincia de Toledo –una de las tres provincias en España– 17.776 terciarios seculares de los que 6.475, divididos en quince congregaciones, pertenecían al convento capuchino de Massamagrell (Valencia).

Si el pontificado de León XIII tuvo profundos tintes franciscanos, el de Pío X no se vio menos imbuido del espíritu de Francisco de Asís. Tanto es así que el cardenal Vives y Tutó, como capuchino José Calasanz de Llevaneras, fue un profundo impulsor de la O.T.S. A él se debe la redacción del *Ramillote Espiritual y Manual de Piedad* de la O.T.S.

Luis Amigó, imbuido del espíritu de la O.T.S., pues, fue seguramente el mayor impulsor de la misma en la Comunidad Valenciana de finales del siglo XIX y primeros años del siglo XX. Y su trabajo con las órdenes terceras la etapa más bella y gratificante para su espíritu seráfico.

## 26. FRAY LUIS DE MASSAMAGRELL EN LA MONTAÑA

**L**uis Amigó, y media docena de capuchinos más, parten de Bayona (Francia) en 1877 para abrir el convento de Antequera, Málaga. A Luis Amigó en apenas medio año de estancia en el convento da tiempo para emitir sus votos solemnes, recibir el subdiaconado y profesar el llamado *Voto de Ánimas*, cuando ya la obediencia le envía al norte, a Santander, para abrir el convento de San Sebastián de Montehano, Cantabria.

La tarde del del 19 de enero de 1879 Luis Amigó llegaba a Montehano. El señor obispo, D. Vicente Calvo y Valero, le estaba esperando y al caer el día acompañó a los frailes en el solemne canto de Vísperas. Días después le ordenará de diácono. Y el 29 de marzo de 1879, de presbítero. El título de predicador lo recibe 12 de junio de 1879.

En tierras montañosas, pues, inicia Luis Amigó su ministerio apostólico. Su primera misa la celebra en el convento, con la asistencia del señor obispo. Ejercita su ministerio pastoral de predicar y confesar por los diversos pueblos cercanos al convento de Montehano. Con asiduidad visita la cárcel del Dueso, en Santoña. Y crea la asociación de los Luises e Hijas de María en Escalante.

El señor obispo le encarga predicar el segundo día de Pascua en el pueblecillo de Soano. Lleva su sermón muy bien preparado, ¡pero lo que son las cosas!, pierde el hilo del relato, lo que le produce una gran confusión. Menos mal que, al salir de la iglesia, una anciana prorrumpe en alabanzas: “Bienaventurado el vientre que le concibió”. Posiblemente asistiera al sermón Rosario de Soano quien luego llegara a ser superiora general y uno de los pilares de la congregación femenina.

Por aquel entonces uno de los días ocurrió que estaba dando unos ejercicios a los Luises e Hijas de María, en la parroquia de Escalante, cuando acude un religioso del convento para comunicarle que, a las puertas del monasterio, habían dejado un niño recién nacido. El papelito que lo acompañaba decía: “Se le impondrá el nombre de Jesús, María y José”, niño expósito al que le obligan a bautizar. El hecho constituirá un anuncio de la futura fundación de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, que llevará a cabo en 1885, que destinará “al amparo y educación de las niñas huérfanas y desamparadas”.

Visita así mismo con frecuencia el penal del Dueso, en Santoña. Consuela a los allí recogidos y hasta consigue que asistan a la santa misa, sin necesidad alguna de estar vigilados. Pone así en práctica las visitas que, en Valencia, con el grupo de amigos de la *Escuela de Cristo*, hacía al penal de las Torres de Serranos y Torres de Cuart. Será también un preanuncio de la futura fundación de los Terciarios Capuchinos, una de cuyas finalida-



des será “el régimen y dirección de las cárceles y presidios”.

De la intensa labor que desplegó Luis Amigó por los diversos pueblos de la Montaña dan razón las numerosas vocaciones para sus Religiosas Terciarias. Su trabajo febril le lleva enfermar. Reposará unos días en casa de unos amigos, los Gallos, en Escalada, Burgos.

Las congregaciones de las Hijas de María y de los Luises adquirieron un gran desarrollo por los pueblos circunvecinos a Montehano. Tanto es así que en la solemne misa de despedida constató lo mucho que aquella buena gente le apreciaba “porque fueron tales sus sollozos que le impidieron poder terminar el sermón, pues también él estaba muy afectado” (*L. Amigó, OC 54*).

Durante su estancia de reposo en Escalada el Discretorio Provincial aprovechó para elaborar las tables de familia capuchinas. Inicialmente al padre Luis Amigó se le destina al convento de Lecároz, Navarra. Pero, atendiendo al consejo médico de que para su deteriorada salud le convenía mayormente los aires y aguas de Valencia, viene destinado definitivamente al convento capuchino de la Magdalena, de Massamagrell. Y al padre Buenaventura de Lumbier que, en principio iba destinado a este convento, lo destinan al colegio de Lecároz, en Navarra (*Cfr. L. Amigó, OC 46-54*).

## 27. FRAY LUIS DE MASSAMAGRELL EN LA OLLERÍA

**E**n la comarca de Albaida, Valencia, y recostado a la falda de la *Serra Grossa*, como arrebujado en el seno de la más amante de las madres y orientado al sol naciente, se encuentra el convento capuchino de la Ollería, dedicado a los santos Abdón y Senén. Su apertura se debió a Luis Amigó en el ya lejano año de 1886. En él desempeñará posteriormente su ministerio de guardián durante los años de 1892 a 1898.

La apertura del recoleto convento capuchino le llevó a decir: “Ollería ha sido para mí un calvario”. Sin embargo, los años de su guardianato constituyen una de las etapas más fructuosas y gozosas de su vida religiosa. Su obra en la Ollería, y su trabajo en la división de provincias, le llevaría a ser elegido primer superior provincial, luego de la restauración, claro.

Luis Amigó orientará los años de su guardianato en tres direcciones: la atención a los seminaristas seráficos, a las órdenes terceras de las comarcas de Albaida y del Valle de Alcudia, a restaurar el convento y ponerlo en las mejores condiciones de habitabilidad. Y en la Ollería pudo gozar de un clima benigno, de inviernos relativamente cálidos y de veranos frescos y secos.

El convento de Ollería es un oasis de paz y bien. Luis Amigó, siempre tan amante de las funciones litúrgicas, pudo gozar de la misa conventual de los días festivos, cantada por los seráficos, vestidos con sus tunicas franciscanas. Y las tardes de domingo con el canto de las vísperas en un clima de quietud y serenidad. De este convento han salido numerosísimas vocaciones religiosas para la orden capuchina.

Otro de los grandes empeños de Luis Amigó, como guardián del convento, fue el revitalizar las órdenes terceras dependientes del convento de Ollería con el P. Francisco de Orihuela. Era de ver los cuartos domingos la asistencia de los terceros a la función religiosa vespertina. De esta época se llegó a decir que había mayor movimiento y trajín de gentes en la secretaría de la orden tercera del convento que en la del ayuntamiento de la población. Pues, al convento de la Ollería pertenecían, entre otras, las ordenes terceras de Alberique, Biar, Onteniente, Játiva y Alcoy.

Otra buena parte del tiempo así mismo lo dedica Luis Amigó a mejoras del convento. En su tiempo edifica el calvario del pueblo al convento, pavimenta y estuca la iglesia, adquiere las imágenes de san Francisco y de san Juan de Ribera, compra ornamentos de iglesia y pavimenta la plazoleta de ingreso al convento. Deliciosa plazuela centrada en el monumento a la Inmaculada con los casalicios del rosario a su alrededor. Umbría de arbolado. ¡Que delicia gozar en paz y silencio, en la placentera serenidad del ocaso, en las tardes de la primavera y del otoño!

Para estas numerosas obras Luis Amigó contó siempre con el apoyo y contribución de las órdenes terceras y, por supuesto, con el de Josefa Giménez Sién, hermana del que fuera párroco del pueblo. Del apoyo de dicha señora se sirvió Luis Amigó para sufragar los gastos ocasionados por su elevación al episcopado, razón por la que Luis Amigó recoge sus restos mortales, junto con los de sus familiares, en la cripta de la capilla de las Hermanas Terciarias Capuchinas, en Massamagrell (Valencia).

Indudablemente Luis Amigó, durante los años como guardián del convento, no olvida a sus religiosas terciarias capuchinas, que en el pueblo de la Ollería desempeñan su ministerio en el hospital de San Jun Bautista y, ocasionalmente, como casa noviciado.

Conversar paseando en la plaza del monasterio al caer la tarde, mientras el sol traspone las últimas estribaciones de la *Serra Grossa* es una delicia. Es el momento en el que el convento capuchino se sume en amable umbría, siempre tan de agradecer en los calurosos días del verano.

El convento capuchino de la Ollería ofrece las características propias de un eremitorio franciscano y es un lugar de lo más apropiado para serenar el espíritu, hacer silencio de todo el ser y sumergirse en oración.

## 28. FRAY LUIS DE MASSAMAGRELL EN ORIHUELA

La ciudad de Orihuela es la capital de la Vega Baja del Segura, Alicante. En la actualidad rebasa los 32.600 habitantes, de los que una buena parte son extranjeros. Está situada en el Bajo Segura y es obispado desde 1564. Es una ciudad levítica y monumental. En Orihuela, y en el convento capuchino del barrio del Ravaloché, residirá Luis Amigó en dos distintas etapas de su vida religiosa. De 1889 a 1892 y de 1904 a 1907.

Luis Amigó da comienzo a su primera etapa a raíz de haber propuesto al superior general su deseo de pasar a vivir con sus religiosos terciarios. Con la negativa de la superioridad se le designa a la fraternidad de Orihuela, con el encargo de profesor de moral. Más lejos de sus fundaciones no se le podía enviar. Y la superioridad escribe al superior de la fraternidad indicándole: “vea de contentar al padre Luis”.

En este tiempo la casa acogía a los religiosos capuchinos teólogos. Y Luis Amigó ejercita su ministerio de profesor de moral, al que pronto renunciará, a atenciones pastorales en la iglesia de Santiago, en la que ejerce prácticamente de coadjutor, a oficiar misas en diversas capellanías de la huerta, a la Adoración Nocturna en el convento y a

tratar de solucionar los problemas que frecuentemente le aportaban sus religiosos y religiosas.

La segunda etapa de Luis Amigó en Orihuela coincide con el fin de su provincialato y en el que, aparte de su cargo de custodio general, desempeñará el encargo de vicario de la fraternidad y, posteriormente, el de guardián del convento. Su ministerio pastoral, aparte de su cometido como guardián, era la atención semanal a la Adoración Nocturna, de la que era el director, predicaciones cuaresmales y misiones populares, misa en las diversas ocasiones en las ermitas de la huerta, entre ellas las de Lo Cabello, Arneva y Santa Cruz. Es de notar que, fruto de la actividad pastoral del convento, no sólo han brotado muchas y buenas vocaciones religiosas para los padres capuchinos, sino también para las hermanas terciarias.

Precisamente en la ermita de Lo Cabello le sucede un hecho singular, maravilloso. Es el día de la Inmaculada Concepción de 1891. Al finalizar la misa una niña como de unos doce o trece años en confesión, temblando, le dice: “¡Ay, padre!, le llamo para decirle que al levantar usted a Dios en la misa he visto en sus manos un niño tan hermoso cual no he visto otro igual” (*L. Amigó, OC 134*).

Por este tiempo le sucedió así mismo otro hecho portentoso pues, habiendo sido llamado para auxiliar a un moribundo, cuando todos le creían muerto, empezó a hablar y a hacer una descripción hermosísima del cielo, al que, dijo, se marchaba. Luego, vuelto a Luis Amigó, le dijo: “Usted, padre, también vendrá” (*L. Amigó, OC 136*).

En su ministerio de guardián del convento de Orihuela organizó, junto al abrigo del portillo de la sierra del Oriolé, un *Rincón Mariano*. Y, en un recodo del serpenteante camino de subida a dicho *Rincón Mariano*, los religiosos prepararon un cenador. Y, en las grandes ocasiones, la fraternidad en él disfrutaba de la merienda-cena. Y, de la brisa marina portadora de los aromas y fragancias más puros de la *Huerta del Segura*.

Durante la estadía de Luis Amigó en la *Huerta del Segura* propusieron nombrarle para Administrador Apostólico de la Misión de la Guajira, en Colombia. Seguramente que la intervención de sus religiosos ante el Nuncio Sr. Rinaldini y del capuchino Cardenal Vives, no hizo factible su elección.

Pero lo que fue un momento de gozo para todos los habitantes de la *Huerta del Segura* fue su elección a Obispo Administrador Apostólico de Solsona, Lérida. Precisamente en su ministerio pastoral en la iglesia de Santiago le pilla su nombramiento. Apenas finaliza la misa ya las campanas del convento tañían a gloria y comunicaban al pueblo el motivo de la danza cantarina.

Enseguida dos o tres de sus hijos terciarios capuchinos le acompañarían como familiares. Lo primero que hace, luego de su consagración en Madrid y visitar a los Reyes, es volver a Orihuela a entregar la guardiana, oficiar de pontifical en la iglesia del Sagrado Corazón, y confirmaciones en la iglesia de Monserrate.

Varios de sus religiosos terciarios, en lo sucesivo su familia, formarán parte de su familia episcopal.

## 29. LUIS AMIGÓ OBISPO A.A. DE SOLSONA

**E**l 4 de agosto de 1907 Luis Amigó, acompañado de tres religiosos más, sale del convento capuchino de Manresa, para hacer su entrada como obispo residencial de Solsona. Siguiendo el curso del Llobregat primero, y del Cardoner después, alcanzarían la ciudad al caer la tarde. El recibimiento que el pueblo les tributa al puente romano, sobre el río Negre, es cariñoso y amable por demás. Por la noche el Orfeón y Coro de la Juventud Católica les obsequia con una brillantísima serenata a él y compañeros.

Por lo demás Solsona, ciudad sencilla y recoleta, de no más de 2.500 habitantes entonces, de clima benigno, de inviernos relativamente cálidos y veranos frescos y secos. Su figura será la de un párroco de la catedral, por calles empinadas en que se detiene a *raonar* con las gentes en rellanos y solanillas, a la puerta de sus casas, durante los siete siguientes años de su servicio en la capital del Solsonés.

Los primeros días de su estancia en la ciudad los destina a adecentar unas pocas estancias del pesado palacio, bajo y frío, realizado en piedra sillar. Y, al discurso programático centrado en la



figura de Cristo Buen Pastor. El mote de su escudo episcopal “Entrego mi vida por mis ovejas” le impulsa naturalmente a ello.

La materia para el proyecto de vida a Luis Amigó se lo facilitan sus mismos diocesanos en un escrito, rico y abundante, a su entrada en la ciudad. Y ¿qué le pedían? Mucho. Pues, luego de largarle una letanía de peticiones concluían con la siguiente petición que era todo un resumen: “Y que tenga todas las buenas cualidades que exige a los obispos el Apóstol en su primera carta a Timoteo” (*Cfr. 1ª Tim, 3, 1-8*).

Con el pedido de sus solsonenses, y la figura del Buen Pastor de su programa, se echó a andar por las tierras del Principado, comenzando, naturalmente, por hacer la visita pastoral, para hacerse cargo del ambiente y tomar conciencia de la realidad diocesana. De todos modos, y dada la situación de ser él pastor en una diócesis pequeña y de carácter rural y agrícola, las mañanas las pasaba atendiendo las normales visitas y papeleos de curia. Y las tardes visita a enfermos.

De puertas adentro Luis Amigó lleva vida conventual. Con tres de los religiosos terciarios tenía vida conventual. Incluso siguió vistiendo el hábito y la sandalia capuchina y la misma barba que la regla capuchina determina para sus religiosos. Por algo decían las gentes: “hemos pedido un obispo y se nos ha enviado un fraile capuchino”. Por lo demás, y de puertas a fuera, su comportamiento fue el de párroco de la catedral.

Por lo demás siguió en todo el mote paulino adoptado por Su Santidad Pío X: *Restaurar todas las cosas en Cristo*. Para ello se da a la formación de sus sacerdotes para la evangelización y misiones populares, es decir, para la catequesis, comunión y confesión frecuentes, en una palabra, la *sacramentalización*.

Por lo demás su ministerio pastoral lo centra en crear iglesia, reformar el clero, consagrar templos y altares e impulsar la predicación misional y la catequética. De hecho, la visita pastoral a los dispersos pueblecillos de su obispado siempre fue precedida de un triduo misional, predicado por un religioso claretiano o capuchino.

Es verdad que en aquellas calendas la cuestión social y obrera, todavía en ciernes, no se encontraba demasiado desarrollada. De todos modos, interviene en la formación del Círculo Católico y en el Sindicato Agrícola. No olvida la idea que recibió en Valencia de D. Gregorio Gea, y que constituyó su pensamiento, de recristianizar al obrero. ¡Ah! y, hombre organizado y organizador, a él se debe el organizar el museo diocesano.

Por lo demás su vida en Solsona fue la de un simple y sencillo capuchino: Vivir una vida piadosa y devota en fraternidad. Desarrollar su sacerdocio ministerial en forma de visita pastoral a la diócesis, catequesis y misiones populares. Preceder a sus diocesanos con la palabra y el ejemplo. En síntesis, el ministerio

pastoral del buen pastor como párroco de la catedral.

De todas las maneras es preciso hacer constar el amor a sus diocesanos pues que, en su traslado a la diócesis de Segorbe, buena parte de su corazoncito quedo enredado con sus gentes del Solsonés.

### 30. LUIS AMIGÓ OBISPO DE SEGORBE

**S**egorbe, la ciudad ducal del agua limpia, y en los días del otoño con ese su olor característico a limón, membrillo y pan caliente recién horneado, es una ciudad pequeña y recoleta, recostada sobre los cerros de San Blas y de la Estrella. En ella Luis Amigó pasará los últimos veinte años de su vida de obispo residencial.

La tarde del 30 de noviembre de 1913, cuando los labriegos de la serranía se disponían a catar las colmenas, Luis Amigó hace el ingreso en la ciudad de Segorbe. Y, cuarenta y ocho horas después, concluidos ya los momentos gozosos de su ingreso en la ciudad, envía su primera carta pastoral desgranando su programa de intenciones.

Todavía en 1913, él así lo dice, aún le concedió el Señor un motivo de consuelo y satisfacción. Y fue presidir la peregrinación del magisterio católico a Roma. También el siguiente año fue para Luis Amigó de grandes y fuertes emociones, gozosas unas y dolorosas otras. Entre ellas el traslado de la Santísima Virgen de la Cueva Santa a Altura o el comienzo de la gran guerra.

Los años de 1914 a 1918 fueron más bien amargos y turbulentos por cuanto el terrible azote de la guerra flagelaba sin piedad a las naciones. No

obstante, en lo material, centró sus esfuerzos en tres direcciones: el estucado y dorado de la catedral, la adquisición de la iglesia del que fuera convento de Santo Domingo y el encargar el Santuario de la Cueva Santa a una comunidad de carmelitas calzados. Dedicó así mismo los días a girar la visita pastoral a la diócesis.

Es de notar que de 1914 a 1922 desempeñó su encargo de senador por la archidiócesis de Valencia; honor, dice él, del todo inmerecido pero que aceptó por el gran bien que de ello podía venir a la diócesis y a sus dos congregaciones.

Por lo que se refiere a la marcha de su vida en la diócesis tenía la normal monotonía de lo cotidiano. Por las mañanas lo empleaba en despachar asuntos curiales de ordinaria administración. Y por las tardes, a visitar enfermos y a atender a sus religiosas del Asilo de Segorbe. También con frecuencia, los jueves, tomaba el camino de la Tebaida y, por el Barranco de Capuchinos y el sendero de la acequia nueva, se llegaba al noviciado de sus religiosas en el cercano pueblo de Altura.

A principio de 1919 procede a la segunda reforma del seminario, lo que hará nuevamente en 1926. Lo renueva en profundidad. Le da nuevo enfoque científico. Le dota de nuevas constituciones, nuevo director espiritual, nuevos prefectos... Ah, y habrá una sola clase de seminaristas.

Los años de 1917 al 1926 Luis Amigó los emplea en líneas generales en acomodar la vida de la diócesis a las normas del nuevo código de derecho canónico. Lo que marcaría su vida en Segorbe. Por

otra parte, dicta las oportunas normas sobre catequesis, predicación sagrada y música sacra.

Durante estos años así mismo debe sufrir el fallecimiento de su hermano Julio, de su hermana Emilia Rosario y su cuñado Salvador. Años en que se inicia la dictadura de D. Miguel Primo de Rivera que, apañadita y todo como fue, no dejó de ser una dictadura para el pueblo.

Luis Amigó, en mayo de 1926 dicta su carta testamento para sus hijos espirituales y allegados. Poco después cae enfermo de uremia y, durante casi un mes, se debate entre la vida y la muerte. A partir de la enfermedad los años sucesivos se le fueron haciendo cada vez mucho más lentos y sombríos. Los emplearía, entre otros cometidos, en escribir sus *Apuntes sobre mi vida o Autobiografía*.

El 14 de abril de 1931 estalló la IIª República con lo que en la nación no se pudo ya gozar de la paz ciudadana. El 1 de octubre de 1934 Luis Amigó fallece en el seminario de sus religiosos en Godella, Valencia. Entre sus hijos terminó sus días terrenales que, como todo ocaso, siempre viene teñido de tonos sombríos, crepusculares (Cfr. L. Amigó. *Autobiografía, Valencia, 2007*).

### 31. FRAY LUIS DE MASSAMAGRELL EN BAYONA

**B**ayona es una localidad francesa situada en la confluencia de los ríos Nieve y Adur, al suroeste de Francia y cerca del Cantábrico. En ella Luis Amigó realizará su noviciado y dos años más de teología.

Luis Amigó, Manuel Tomás y un acompañante, el 28 de marzo de 1874, salen del puerto de Valencia. Luego de una breve escala en el de Barcelona, atracan en el puertecillo de Cettè y, tres días más tarde, al atardecer del Martes Santo, llegan al convento capuchino de Bayona. Les sale a recibir Fr. Fermín de Ecay. Endosaba un hábito tan raído que ni siquiera pudieron apreciar cual fuera su primitivo color. Tan mala fue la primera impresión que recibieron que tuvieron el pensamiento de no quedarse.

El conventito de Bayona era un convento pobre, había sido edificado de limosna, y se le había dotado de un reglamento estricto para los españoles exclaustrados que se llegasen a él. Tanto que el superior general, por la vida religiosa de estricta observancia que en él se observaba, le llamó “la perla de la Orden”. Naturalmente que endosar un reglamento duro, en un convento en que se vivía de limosna, en el que soplaba un aire

frío de las Landas, a jóvenes de veinte años no resultaba cosa nada fácil.

El convento era fundación de Fray Fidel de Vera quien, acompañado de Fray Fermín de Ecay se llegan a pie al Papa Pío IX quien aprobó y bendijo la fundación. Fray Fidel con la edificación del convento se proponía tan sólo proveer a sus hermanos los exclaustros españoles de un asilo donde pudieran continuar su vida religiosa.

De todos modos, y según cuenta Luis Amigó en los años de su ancianidad, pasó felizmente y muy veloz el tiempo del noviciado. Tanto que el Padre Maestro, que le apreciaba muchísimo, quiso retenerlo como *Ángel del noviciado*.

En Bayona prosigue los estudios teológicos con gran intensidad, tanto que, durante los casi tres años de permanencia de Luis Amigó en el convento ni siquiera le permiten el estudio del francés, para que no perdiese el tiempo, pues los padres tenían un gran interés y empeño por formarle bien ante el deseo del inminente acontecimiento de venir a fundar a España.

Durante el tiempo de noviciado acudió al convento, refugio de exclaustros españoles, el P. Ambrosio de Benaguacil. El guardián y sus consiliarios no eran propicios a su admisión. Sin embargo, dada la valía del padre Ambrosio como elocuente predicador y luego de dirigir los ejercicios espirituales a la fraternidad, fue admitido en el convento.

Naturalmente el padre Ambrosio tomó gran afecto a Luis Amigó, valencianos ambos, de tal ma-



nera que en dos ocasiones le indicó como encargado de las religiosas que él dirigía en Benaguacil, en el beaterio que tenía en Montiel, pues le profetizó: “Tú te encargarás de mis monjitas”. Como así fue. Pues, en efecto, varias de estas religiosas del beaterio de Montiel se integrarían en el primer núcleo de las Hermanas Terciarias de la Sagrada Familia, de las que Luis Amigó será su Fundador.

Por lo demás, Luis Amigó cursará en el convento capuchino de Bayona, a más del año canónico de noviciado, varios años de teología y recibirá ya las órdenes menores. Antes de partir, en marzo de 1877, para la fundación del convento de Antequerá, Málaga. Forma parte del primer grupo de religiosos capuchinos que ingresa en España, luego de la autorización legislativa. El Gobierno ha permitido la apertura de la vida religiosa en España. El relato de los hechos constituirá, sin duda alguna, una de las páginas más gloriosas de la historia de la orden capuchina.

La estancia de Luis Amigó en Bayona, Francia, seguramente fue una de las etapas más duras de su vida religiosa, pero también de formación más seria y completa, y de la que estará muy contento en los años de su ancianidad (*Cfr. L. Amigó, OC 22-42*).

## 32. PRIMEROS AÑOS DE JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ

**L**uis Amigó y sus hermanos fueron naciendo acá y acullá, por la amplia geografía levantina y sin mayor orden que el que la Divina Providencia tuvo a bien depararles, pues su buen padre, D. Juan Gaspar Amigó, cambió de residencia más que un circo pobre.

Su hermana Emilia Rosario nace en Valencia; su hermano Julio, en Alfara de Agimia; y él, el 17 de octubre de 1854, en Massamagrell. Pero al poco tiempo de nacer la familia se traslada a Valencia, posiblemente a Plaza del Horno Quemado en la que vio la luz primera su hermana Rosario, por lo que no guarda memoria alguna de su estancia en Massamagrell.

Luis Amigó pasará sus primeros años dentro del casco histórico de Valencia y en el distrito de *Ciutat Vella*, en el barrio del Carmen, dentro de la ciudad amurallada. Encierran el barrio las dos calles que directamente conducen a las puertas de salida de las Torres de Serrano y de las Torres de Quart.

Pasando el tiempo, y algo más acomodada la familia por los ingresos del padre como abogado y la renta de algunas fincas que poseía en Massamagrell y Puzol, pasa a habitar una casa en la calle Baja, junto a la Plaza del Árbol, número 54. La fa-

milia Amigó Ferrer habita una casa con dos balcones y de una renta de 1.160 reales de vellón. En esta vivienda Luis Amigó residirá hasta finales de 1870, en que fallece su buen padre, por lo que la familia se ve en la necesidad de alquilar una casa mucho más modesta en c/ Serranos, 34.

En esta primera etapa Luis Amigó seguramente disfrutó del período más feliz de su vida. Nos lo imaginamos camino del kínder de D. Sebastián Piedra, en los alrededores del Portal de la Valldigna, acudir a Puzol a las fiestas de Nuestra Señora al Pie de la Cruz, corretear por Godella, celebrar su primera comunión, juntamente con su hermano Julio, en la Iglesia de San Nicolás, yendo con su hermano Julio a la Educación General Básica con los Escolapios de C/ Carniceros, o comenzar los estudios del latín y humanidades en el Seminario Metropolitano de Valencia.

Durante este período pudo disfrutar de los deliciosos otoños levantinos, recorrer la huerta valenciana con sus buenos amigos de infancia, explicar el catecismo a los huertanos, aprender artes y oficios en la ebanistería de D. Gregorio Gea, preparar la liturgia del domingo para la iglesia de San Sebastián y pasar unas tardes gozosas, interminables de domingo, del otoño valenciano correteando por los prados de la Pechina. El maestro ebanista D. Gregorio sabía amenizarlos con cacahuetes e higos pasos con que obsequiaba a sus chicos.

Durante sus estudios básicos en su ir y venir del colegio calasancio, ingresa en la *Escuela de Cristo* instalada en el mismo colegio. Y en los pri-

meros años camino del seminario, sin duda, debió cruzar diariamente la plaza de la Virgen, todavía sin ese maravilloso monumento cuyo centro ocupa hoy el dios Turia, con el cuerno de la abundancia en su mano derecha, y a sus pies sus ocho rientes acequias con que riega la feraz huerta valenciana.

La segunda etapa, que da comienzo con la muerte de sus padres, huérfano a sus 17 años, y estar al cuidado de sus tres hermanas, inicia así mismo su vía sacra, o camino del calvario, que le llevará algún día a su ingreso en religión. Fue éste un período de búsqueda y zozobra. En esta etapa nos figuramos un Luis Amigó mucho más silencioso y pensativo, camino del seminario, con frecuentes visitas a su Virgen de los Desamparados pidiendo ayuda. Así mismo en sus años juveniles debió visitar al Cristo, para impetrar la ayuda del célebre Cristo del Salvador, iglesia en que más tarde tendría el altar con la imagen de Nuestra Señora de los Buenos Libros, obra de su amigo el escultor José Guzmán.

En sus primeros años de formación Luis Amigó pudo muy bien gustar en su persona, de lo que más tarde diría, que “la Providencia ordinaria de Dios suele ser mezclar los favores y gracias que nos otorga con penas y tribulaciones, a fin de que ni aquellos nos engrían ni éstas nos abatan y enerven” (*L. Amigó, OC 79*).

### 33. LUIS AMIGÓ Y FRAY MASEO

**L**uis Amigó, refiriéndose en su *Autobiografía* a la construcción de la iglesia de las HH. Terciarias Capuchinas en Massamagrell, escribe: “Habiéndome entendido primero con un religioso franciscano llamado Fray Maseo, muy entendido en arquitectura, para que ideara y dirigiera la obra y con un maestro albañil de Godella, Rafael Sancho, que se encargara de la ejecución...” (*L. Amigó, OC 215*).

Tratando yo de averiguar quién fuese el tal Fray Maseo me acerco a Valencia para hablar con el P. Benjamín Agulló Pascual, quien me obsequia con su libro: *Fray Maseo Company Alfonso “Arquitecto”*. Por dicho libro me entero de que se trata de Fray Maseo Company, nacido en Moncada, Valencia, el 1 de enero de 1866; que profesa como hermano no clérigo en el monasterio franciscano de Santo Espiritu del Monte (Gilet-Valencia), el 8 de diciembre de 1889, y que fallece en Moncada, el 30 de agosto de 1936.

El libro, más que su vida, presenta la edición gráfica de sus obras, entre las que destacamos: iglesia del colegio la Concepción, de Onteniente; iglesia parroquial de Alquería de la Condesa, Valencia; iglesia parroquial de San Pedro Apóstol,

de Beniarrés, Alicante; iglesia parroquial de Benisa (llamada la catedral de la Marina); iglesia del convento de San Lorenzo de Valencia; y la mayoría de las iglesias de los conventos franciscanos de la provincia de Valencia, Aragón y Baleares; y, por supuesto, la capilla de las HH. Terciarias Capuchinas de Massamagrell, Valencia.

Hablando con el P. Benjamín Agulló me dice:

– Yo estoy convencido de que la iglesia del Seminario San José de Godella también la proyectó él. Yo le digo que también soy de su mismo parecer. Y lo razono así: si Luis Amigó consagra la iglesia de las HH. Terciarias de Massamagrell en 1919; y la iglesia del Seminario en 1926, y ambas presentan la misma estructura, no me cade la menor duda de que también la iglesia del seminario es obra suya.

No obstante, le presento mis dudas: Pero que a mí me consta que los planos de la obra de la iglesia del Seminario no los firma Fray Maseo Company. Y me responde:

– Efectivamente, tampoco firma otras muchas otras obras suyas, entre ellas la de la iglesia parroquial de Benisa. Y la razón es que en aquel tiempo Valencia no disponía todavía del Colegio de Arquitectos, por lo que los planos los firmaba la Escuela de Arquitectos de Barcelona.

Por lo demás, “el real decreto de 4 de mayo de 1891 prohíbe firmar planos a los llamados Maestros de Obra y es preceptivo que para que pueda ejecutarse una obra los planos deben estar firmados por un arquitecto oficial, es decir, de carrera”.

El P. Benjamín Agulló concluye su libro con una pregunta: “¿Fray Maseo Arquitecto? Y se responde: En los autores que hablan de él, si no se dice directamente se deja entrever en todos o en la mayoría de los casos, se puede pensar que fray Maseo es el autor de los planos que realiza, aunque se los firme un arquitecto”.

## 34. FORMACIÓN DE LUIS AMIGÓ

La imagen que conservamos frecuentemente de Luis Amigó suele ser la de sus etapas como fundador y como obispo. Pues en estas etapas se manifiestan mayormente sus virtudes morales, sin caer en la cuenta de la buena formación humana y religiosa que las sustenta. Es el capuchino sencillo, humilde, piadoso. Y se nos queda un tanto opacada la base: su formación humana, científica y religiosa.

Yo creo que Luis Amigó tuvo una formación muy buena y completa. Apenas nace “desde luego y sin pérdida de tiempo dispusieron mis buenos padres fuese regenerado en las aguas del Santo Bautismo”, dice. Es hijo de abogado y sobrino de abogados. Por lo que él mismo seguidamente confiesa: “de tan buenos padres recibí desde los primeros años esmerada educación religiosa y literaria en Valencia” (*L. Amigó, OC 4*).

Pasada la familia a vivir a la *Ciudad del Turia* a Luis Amigó lo llevan al kínder, la escuela de régimen católico de D. Sebastián Piedra, cerca del Portal de Valldigna. Luego los siguientes años, que pudiéramos llamar de Educación General Básica los realiza con su hermano Julio en las Escuelas Pías de calle Carniceros de Valencia,



colegio considerado de preparación muy cuidada y completa.

En 1866, y luego de recibir la primera comunión, pasa a estudiar en el Seminario Conciliar de Valencia que, curiosamente, es el curso que figura con el mayor número de matriculados en el centro. Son 1466 alumnos matriculados. En él se impartía latín y humanidades, teología y derecho canónico.

En dicho centro, relativamente cercano a su casa, Luis Amigó realiza sus estudios durante unos ocho años, es decir de los trece a los veinte años de edad. ¡Y con la seriedad y solvencia con que en estas calendas se realizaban los estudios!

Por lo que se refiere a la formación religiosa y científica, Luis Amigó y sus compañeros, la realizaban prácticamente por alquerías y barracas de la huerta, enseñando el catecismo, visitando enfermos y encarcelados y en el taller artesanal de ebanistería de D. Gregorio Gea.

Pasando ya al convento capuchino de Bayona, Francia, Luis Amigó realiza en él su año de noviciado que, por lo que se refiera a su formación religiosa fue duro y completo, así como también unos dos años más de teología. De tal manera que no le permitieron siquiera aprender francés por el empeño que tenían los religiosos de una buena formación con visos a volver pronto a fundar en España.

El tercer año de teología lo realizó en Sanlúcar de Barrameda en 1878. “Formaban el nuevo colegio de teología los coristas: Fr. Joaquín M<sup>a</sup> de Llevaneras, Fr. Estanislao de Reus, Fr. Santiago de Guatemala, Fr. Luis de Massamagrell y

Fr. Francisco de Valencia” (*Floreillas de San Francisco*, año 1930, pág. 139).

Los últimos años de teología y pastoral seguramente que fueron ya más deficientes por el trasiego de su persona por tierras de la Montaña, en Montehano (Cantabria), y en Massamagrell (Valencia).

Seguramente las numerosas constituciones que hubo de escribir, tanto para la fundación de sus terciarias y terciarios capuchinos religiosos como para sus terciarios capuchinos seculares y las visitas canónicas y pastorales lo avalan como persona muy bien formada especialmente en orden y en derecho. Por lo demás toda su vida la pasó desempeñando cargos, tanto de religioso capuchino como luego de obispo residencial en Solsona y en Segorbe.

Por lo demás su *Autobiografía*, sus exhortaciones pastorales y resto de escritos lo acreditan como hombre de leyes, como lo fue toda su familia, organizado y organizador, lo que avalan su buena formación humana, científica y religiosa.

A veces se han quedado un tanto en penumbra sus exhortaciones pastorales. Es verdad que en Segorbe las diseñaba y perfilaba con el canónigo lectoral. Pero, precisamente esa colaboración las dota de una mayor entidad y peso específico, a la vez que reflejan la sólida formación de su autor.

### 35. LUIS AMIGÓ Y LA CATEQUESIS

La palabra *catequesis* deriva del griego clásico e inicialmente el vocablo significó: *Instrucción de viva voz*. Pasando el tiempo y vertiendo el vocablo al latín, y del latín a las lenguas romances, terminó por significar: *Instrucción sobre religión*.

Luis Amigó, ya en sus años de seminarista, se inicia en la catequesis. Por intercesión del ebanista D. Gregori Gea ingresa en la *Escuela de Cristo*, una de cuyas obras de los cofrades era el preparar a los niños a la primera comunión. Los chicos de D. Gregorio, entre los cuales sin duda se encontraba Luis Amigó, las tardes de los sábados, y luego de limpiar el taller de ebanistería, las empleaban en preparar la catequesis y la liturgia del domingo, a cuya misa mayor de las 10 acudían a la iglesia de San Sebastián acompañados de su preparador.

Por eso no es de extrañar que, apenas consagrado sacerdote, se desparrame por los pueblos de la montaña cántabra predicando por los numerosos pueblos y catequizando a los presos del penal del Dueso en Santoña, Santander. Mayor aún fue su dedicación a la catequesis en la fundación de las ordenes terceras por la amplia huerta valenciana.

Las fundaciones de las Órdenes Terceras se hacían normalmente con una semana de ejercicios espirituales en que dos capuchinos hacían las catequesis y, el último día, se hacía el ingreso de los vocacionados en la orden tercera. El P. Melchor de Benisa dice: “Yo he visto al P. Luis dirigir alguna Tercera Orden, y de las que no he visto lo he oído decir, que tenía un ascendiente y una habilidad que no ha sido igualada, que yo conozca, por ningún otro director” (*Sumario de la Positio*. pág. 4).

De todas las maneras, el mejor testimonio sobre en interés de Luis Amigó por la catequesis nos lo refiere Fr. Serafín M<sup>a</sup> de Ayelo de Malferrit, quien fuera su familiar durante los años en que fue obispo. Afirma Fr. Serafín: “Yo sé que la primera idea del Siervo de Dios era fundar una congregación de religiosos que se dedicaran a la enseñanza del catecismo a los enfermos y a los encarcelados” (*Sumario de la Positio*, pág. 27).

En las visitas canónicas que dirige a sus religiosos, así mismo, recalca Luis Amigó la enseñanza del catecismo como la mejor manera de preparar a los niños a la conversión. Entre otras cosas les encarga: “que no descuiden el enseñar a sus alumnos la religión, que tengan esta asignatura en el primer plano de las materias de enseñanza” (*L. Amigó, OC 1468*).

Pero los mejores textos sobre catequética se extraen sin duda de su magisterio pastoral. Sigue las directrices de Su Santidad Pío X, quien tenía como lema *Restaurar todo en Cristo*, mediante la catequesis, la liturgia y los sacramentos, pues Luis

Amigó escribía: “La obra del catecismo es la más excelente a que podemos dedicarnos: mejor que predicar y confesar, y dar misiones, enseñar en el Seminario y otros ministerios”. Y se publica el célebre catecismo de Pío X.

Haciéndose eco de las enseñanzas vaticanas el mismo Luis Amigó escribe en una de sus pastorales: “Entre todos los géneros de predicación el más excelente, el más importante y el más necesario es, sin duda alguna, la catequesis o enseñanza del catecismo” (*L. Amigó, OC 2222*).

Y en la misma pastoral escribe a los sacerdotes de su diócesis: “que por todos los medios que les sugiera su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, fomenten, propaguen y tomen parte activa en la enseñanza del catecismo” (*L. Amigó, OC 2223*).

Y en una de sus primeras exhortaciones pastorales podemos leer: “La predicación y enseñanza de la doctrina de Jesucristo que se contiene en el catecismo es, sin duda, amados hijos, la más excelente e importante de todas las obras que podemos hacer, religiosa y socialmente considerada” (*L. Amigó, OC 365*).

Por lo demás la catequesis fue siempre el medio que Luis Amigó emplea para la formación de las Órdenes Terceras, el medio de evangelización para las misiones de implantación inicial y el medio de redención para los jóvenes extraviados del camino de la verdad y de bien. Tres amplios campos para la actividad pastoral de Luis Amigó y de sus religiosos y religiosas terciarios capuchinos.

## 36. ¡OH, FELIZ CULPA!

**O**h, feliz culpa que nos mereció un tan gran Redentor!", canta el *Pregón Pascual*. Esta gozosa expresión, tomada del gran San Agustín, nos invita a poner de relieve que generalmente los fracasos suelen ser más didácticos que los triunfos.

Las más bellas y abundantes cartas de Luis Amigó salen de su corazón paternal como respuesta a algún problema habido, bien con su Orden, o bien en alguna de las dos congregaciones religiosas por él fundadas.

El año 1890, y posteriormente en 1902, se da el hecho de que cierto religioso sacerdote, con la mejor buena intención, se ofrece a que la Compañía de Jesús dirija la congregación amigoniana con unas nuevas constituciones para tratar de salvar una institución que tanto bien puede hacer a la Iglesia. Y Fray Luis de Massamagrell, como digo, escribe a sus hijos las más cariñosas y sentidas misivas.

Hubo una porción de años en los cuales apenas tuvo intervención alguna en la dirección del Instituto porque no tenía la necesaria libertad en su orden y los superiores de su congregación la esquivaban, tanto que pasaron ocho años sin visitar

la casa principal de la misma. El enemigo trató de derribar la congregación hasta sus cimientos y lo intentó aún por tercera vez. La serenidad y ecuanimidad de Luis Amigó y la fidelidad de sus religiosos abortaron el intento (*L. Amigó, OC 1732*).

“¡Oh feliz culpa que nos mereció un tan gran redentor!”

En 1889 se da la intervención del ministro provincial capuchino en la dirección de sus religiosas, por lo que creyó más conveniente el retraerse en lo sucesivo de su dirección. Esto duró varios años. En 1889 el ministro provincial quiere dirigir personalmente la congregación femenina, lo que engendró grandes dificultades, por lo que las religiosas acuden a tratar el asunto con Fray Luis de Massamagrell en Orihuela. Luis Amigó inmediatamente recibe de Sr. Cardenal la autorización, celebra capítulo general y otorga los cargos. Y exclama: “¡Dios sea bendito por todo!”

En 1904 el enemigo trató de derribar la congregación de sus religiosos hasta los cimientos, e insistió en su propósito, aún por tercera vez. En esta ocasión los hermanos coadjutores se hacen acreedores a una de las misivas más extensas y amorosas, y más paternales, del piadosísimo Padre Luis Amigó. Luego de introducir la carta con los máximos títulos de que es acreedor, pasa a enumerar los múltiples peligros que a través de la historia ha sufrido la familia franciscana, para pasar luego a aconsejarles: “Uníos, ante todo, como en apretado haz, con el estrecho lazo de la caridad. Así os haréis

fuertes y formidables a nuestros enemigos” (*L. Amigó, OC 1734*).

Durante los años de 1913 a 1916 se conservan numerosas cartas a sus religiosas de América. ¿La razón?: Que dichas hermanas de América, con la mejor buena voluntad y recta intención, y ante la dificultad de comunicarse con la curia general en España, piden a la Santa Sede, no una mayor independencia para poder regirse, que es lo que parece que querían solicitar, sino una provincia independiente. Del bondadoso corazón paternal de Luis Amigó brotan las más sentidas cartas.

Y las numerosas misivas de Luis Amigó a sus religiosos de Italia, ¿a qué se debieron? A que, dado el carácter difícil de uno de los superiores, el bendito Padre Luis apenas recibía una carta de dicho superior, inmediatamente le respondía con una carta de lo más paternal, dado el carácter difícil del superior, como digo.

Ante tales hechos bien podemos exclamar parafraseando a San Agustín: ¡Oh, felices culpas que nos proporcionaron las más bellas y paternas misivas de Luis Amigó a sus hijas e hijos espirituales!



### 37. LUIS AMIGÓ Y LOS PP. JESUITAS

**P**ara incoar –o dar comienzo– al proceso apostólico del hoy Venerable Luis Amigó fue preciso aclarar antes varias cuestiones propuestas por los Señores Consultores. Una de ellas fue aclarar las “dificultades y obras puestas en práctica para confiar la Congregación de Terciarios Capuchinos a la Orden de los Jesuitas”.

Desde luego es preciso decir que desde sus orígenes la Congregación tuvo una estrecha relación con la Orden de los PP. Jesuitas y “a la que todos tuvimos siempre mucho afecto y ella mostró predilección por nuestra Congregación”, dice Luis Amigó (*L. Amigó OC, 127*). De hecho, los superiores mayores frecuentemente llamaban a los PP. Jesuitas para los ejercicios espirituales, y retiros de primer viernes de mes, de los religiosos.

No obstante, y a consecuencia del desempeño de dichos ministerios, algunos PP. Jesuitas intervinieron, siempre a título personal y con la mejor buena voluntad, para tratar de salvar una institución que, a su modo de ver, podía hacer tanto bien, y que se hallaba con las dificultades fundacionales.

La primera intervención tuvo lugar en el convento de Monte Sion, de Torrent (Valencia), durante el trienio que Luis Amigó fue destinado a Orihuela,

lejos de sus fundaciones. La intervención, ante la lejanía del fundador y ante el aparente abandono en que parecía habían quedado sus religiosos amigonianos, interviene el P. Ripoll S.I.

De su recta intención habla bien a las claras el hecho de haber sido llamado por los superiores mayores para predicar en Monte Sion el primer día de acción de gracias por la aprobación pontificia de la congregación amigoniana el año 1902.

La segunda intervención se debió realizar en el convento de Monte Sion de Torrent (Valencia) o, en todo caso, en la Escuela de Reforma de Santa Rita, Madrid entre 1892 y 1899. De dicha intervención no se conserva memoria alguna. Tan sólo se sabe por la afirmación que hace en carta Luis Amigó (*L. Amigó, OC 1732*).

Y la tercera intervención fue efectuada por el jesuita P. Manuel Aicardo a finales de 1902 impartiendo los ejercicios espirituales a los religiosos amigonianos de la Escuela de Santa Rita (Madrid). El referido padre jesuita interviene con la mejor buena voluntad para tratar de solucionar aquella situación anómala, y con la noble intención de asegurar la vida de una institución que, a su parecer, podía mejorar los métodos educativos y los resultados consiguientemente. Por lo demás, el mismo P. Luis Amigó no deja de suponer una cierta buena intención en el citado religioso.

Para la aclaración de la citada cuestión se ha indagado tanto en la curia general de los PP. Capuchinos, como de los PP. Jesuitas, y en la misma Sagrada Congregación habiendo obtenido resultado negativo.

Por lo demás, el P. Edmund Lamalle, S.I. y archivero general, zanja la cuestión con estas palabras: “en realidad no he hallado ni siquiera mención de los hechos referidos”. Y ya que la pregunta se refiere al P. Aicardo, he revisado toda su correspondencia, pero sin hallar nada al respecto”.

Por lo demás, y en el mismo documento, afirma el P. Lamalle: “La compañía no tiene ni tercera orden, ni congregaciones dependientes o afiliadas. Sería una absoluta novedad, y tanto más inverosímil ya que se trata de una congregación de la que es cabeza una gran tradición diversa de la nuestra y en pleno vigor, la línea franciscano-capuchina”.

El P. Lamalle finaliza su misiva en estos términos: “La falta de documentos hace creer que fueron únicamente iniciativas de algún jesuita (o de algunos pocos) menos discretos, sin mandato alguno. Y ya que la pregunta se refiere al P. Aicardo (que tenía un carácter un tanto dominante y posesivo) he visto toda su correspondencia, pero sin hallar nada al respecto.

*Cfr. Positio de L. Amigó. Documental. Pags. 102-114.*

### 38. VICISITUDES DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE LUIS AMIGÓ

**E**l Venerable Luis Amigó –según la Hna. Genoveva M<sup>a</sup> de Valencia– escribía sus *Apuntes sobre mi vida o Autobiografía* en trozos de cualquier papel, como borrador, que luego pasaba a máquina con mucho cuidado y limpieza, sin correcciones ni raspaduras. Mucho tiempo antes de imprimir, tal vez por el año 1928, tuvimos esos apuntes escritos a máquina en manos del consejo general que, después de leídos en privado, los devolvimos a los PP. Terciarios para su impresión.

Este manuscrito y otros documentos particulares del Padre se guardaban en una caja de madera, a estilo maleta que, cuando él murió en el año 34, me entregó a mí en persona Don Romualdo, para que nosotras la tuviéramos bien guardada, pues corrían días muy inseguros. Y yo la tenía en el despacho con mucho cuidado; pero antes de irme a Colombia en el año 35 la mandé llevar a la Residencia y de allí desapareció con todo lo que pertenecía a nuestro P. Fundador, pues las Hermanas no pudieron evitarlo ni sacar nada de casa más que la ropa seglar que llevaban puesta.

El manuscrito *Autobiografía* se imprimió enseguida de su muerte, pues yo llevé a Colombia en el año 35 libros sin encuadernar y allá se encuader-

naron en Medellín, en la Tipografía Bedon, para repartir a las casas de allá”. (Hna. Genoveva María Planells. Carta de 12 - 21 - 1970).

“Después de la guerra civil española del 36 al 39 –según D. Vicente Torrent Navarro– el sacristán de la parroquia de Torrente, llamado Francisco Martínez, me indicó que en una trapería se encontraban los candelabros tanto de la parroquia como del convento de los terciarios capuchinos, que eran del mismo estilo y formato, con la única diferencia de que los de la parroquia eran un poco mayores. Allí nos dirigimos el mencionado sacristán y yo y, en efecto, los encontramos ennegrecidos porque al ser incendiada la parroquia y el convento habían sufrido los efectos del fuego. Mientras el sacristán se entretenía en separar los que pertenecían a la parroquia de los que pertenecían al convento yo, que soy muy aficionado a la lectura, advertí un montón de papeles y de libros en la misma trapería. Entre ellos descubrí unos folios escritos a máquina, en los que con gran sorpresa mía leí *Autobiografía* del P. Luis Amigó. Continué leyendo mientras el sacristán terminó de clasificar los candeleros y al final le dije al sacristán: Yo esto me lo llevo, porque juzgaba que tendría un gran valor por tratarse del Siervo de Dios. Pude advertir que se encontraba esta *Autobiografía* escrita en folios cosidos y encuadernados y no faltaba ninguna página.

Unos dos meses después vino de visita el padre general de los terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores a Torrente y en una conversación que con él mantuve le enseñé la *Autobiografía*

y él me rogó que se la entregase, a lo cual yo no puse ninguna resistencia, porque consideraba que podía servir de fuente, como en efecto ha servido, para otras copias de la *Autobiografía*. También le rogué que, si la editaban, me remitieran una copia, que todavía estoy esperando” (D. Vicente Torrent Navarro. *Declaración procesual*).

El *dignísimo sacerdote* que indicó al Señor Obispo a que escribiera sus apuntes autobiográficos, según su familiar desde 1929 hasta la muerte, debió de ser su confesor Don Rafael Muñoz quien –según D. Agustín de la Concepción– “diariamente venía desde Navajas a Segorbe para dirigir espiritualmente al señor Obispo” (D. Agustín de la Concepción *Declaración procesual*).

Por lo demás la *Autobiografía* fue distribuida en tres partes. Sin embargo, a partir de la edición crítica de 1982, fue dividida en cuatro partes para un mayor equilibrio del texto. Y fue distribuida en capítulos y párrafos breves para una más fácil localización del pensamiento deseado y buscado.

### 39. PROCESO VOCACIONAL DE JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ

**E**s un hecho que el hombre madura en la vida a fuerza de golpes de sacrificio y bajo la inmensa piedad de Dios. Así va encontrando su puesto en la vida y va madurando y desarrollando su propia vocación.

Desde luego, “de sus buenos padres –escribe L. Amigó en su *Autobiografía*– recibió desde los primeros años esmerada educación religiosa y literaria en Valencia”. Enseguida sus padres le inscriben en la escuela de Don Sebastián Piedra, la primera escuela con ideario católico instaurada en Valencia, y situada en los alrededores del Portal de Valldigna. Y, a continuación, pasa a formarse en las Escuelas Pías de la calle Carniceros.

No cabe duda de que los PP. Escolapios de la calle Carniceros de Valencia tuvieron una gran influencia en el proceso vocacional de Luis Amigó. Primeramente, por sus estudios con su hermano Julio y luego con su pertenencia a la *Escuela de Cristo*, que en dicho colegio se reunía semanalmente cada viernes. D. Gregorio Gea le influyó notablemente también, en su espiritualidad de corte franciscano y con apertura a las catequesis dominicales en la iglesia de San Sebastián y por las cárceles, alquerías y barracas

de la huerta valenciana y a su aprendizaje de artes y oficios.

Esta fue la base formativa que, con los avatares de la vida, le iban dirigiendo hacia la religión, pues dice que la temprana muerte de sus padres avivaba en él el deseo de dejar la sociedad e ingresar en religión. Y algo más adelante, y haciéndose eco de su estado de huérfano y al cuidado de sus hermanas dice que, “no obstante, las circunstancias adversas, no cesaba el llamamiento interior a la religión” (*L. Amigó, OC 17*).

En estos decisivos años su formación la realiza en el Seminario Conciliar de Valencia, que en su curso de ingreso de 1866 dicho Seminario contaba con 1466 alumnos inscritos, el mayor número de alumnos de su historia, en su mayoría externos naturalmente. El Seminario Conciliar gozaba entonces de una gran fama, pues acudían a formarse en él alumnos de las diócesis de Cataluña, Baleares, Cuenca, Orihuela, Cartagena y Segorbe.

Desde niño el Señor le dio inclinación al sacerdocio. Siempre tuvo pocos amigos y procuraba fueran de más edad que él, e inclinados a la piedad. En estos años de que tratamos disfrutaba de la amistad de sus cuatro amigos, pues dice que “en aquel tiempo tenía cuatro amigos y todos aspirábamos a entrar en religión. Eran éstos: José Guzmán, Isidro Domínguez, Manuel Tomás y Vicente Vivó” (*L. Amigó, OC 17*).

José María Amigó, él mismo lo escribe, “me ocurrió por entonces poner por intercesor al Padre San Francisco para que me allanase las dificulta-



des que se oponían a mi ingreso en la cartuja; y, al efecto, vestí el hábito de la Tercera Orden en el convento de las Religiosas Franciscanas de la Puridad en el mes de marzo del año 1873”.

Y prosigue: “Es, pues, de notar que en el mes de marzo del 73 había yo ingresado en la Tercera Orden del padre San Francisco con el fin de que el santo me allanase las dificultades que impedían mi ingreso en la cartuja; y el Santo Padre oyó mis súplicas, pero fue para que entrase en su primera Orden precisamente el mismo mes en que debía hacer mi profesión en la Orden Tercera” (*L. Amigó, OC 20 y 26*).

Indudablemente en las fechas de que se trata estaban prohibidas las órdenes religiosas en España por lo que no resulta fácil explicar la razón por la que hace su ingreso en la Tercera Orden en el convento de Religiosas Clarisas de la Puridad de Valencia. De todos modos, el maestro de novicios debía de ser un hermano seglar de la Orden Tercera por lo que no sería menester un lugar preciso para el noviciado.

El convento de la Puridad y San Jaime fue una creación del Rey Jaime I el Conquistador, que mandó edificar al gobernador Ximen Pérez de Tarazona sobre una ermita situada en el palacio del último rey Almohade Abu Zaid y sobre el que se levantó luego el convento franciscano de Santa Isabel y Santa Clara que en 1534, pasó a denominarse Convento de la Puridad y de San Jaime.

Siguiendo con el proceso vocacional de José María Amigó dice: “Fuimos a visitar al P. Llopart,

jesuita, al que habíamos consultado nuestra vocación y, al manifestarle lo que ocurría y exponerle nuestra resolución, nos invitó a que entrásemos en la Compañía; pero, al ver que no nos sentíamos llamados a ella, nos dijo: Pues no vayáis a la cartuja, en la que no profesaréis por la diferencia de carácter entre franceses y españoles; dirigíos a un convento muy observante de españoles que hay en Bayona, Francia, y allí seguramente profesaréis”.

Y termina diciendo Luis Amigó: “Pero ¡cuán distintos eran de los nuestros los planes de la Divina Providencia! A todos, menos a José Guzmán, nos llevó el Señor, en distintos tiempos y por distintos caminos a la Orden Capuchina” (*L. Amigó, OC 17. 22*).

El proceso vocacional de José María Amigó culminó en el convento capuchino de Bayona, de estricta observancia y que el P. General de la Orden Fray Nicolás de Marignano llamó, por su estricta observancia, “La Perla de la Orden”.

## 40. LUIS AMIGÓ Y LA GOTA DE LECHE

La ciudad de Segorbe conserva un buen museo con piezas de la Familia Macip, o de Juan de Juanes, y otras de la cercana cartuja de Altura (Castellón). Pero lo que más me llama la atención del museo es que, sobre el dintel de la puerta de acceso al claustro trapezoidal, se halle una imagen de la *Virgen de la Leche*, atribuida al cincel de Donatello. El original se encuentra dentro en el museo catedralicio.

Ya en el museo, nuevamente nos encontramos con la *Virgen de la Leche*, tapiz de Juan Beltrán, que no hay que confundir con el mármol de Donatello. Ambas obras me recuerdan a la asociación la *Gota de Leche* fundada por el obispo Amigó y sor Martina Vázquez, Hija de la Caridad. Y que llega hasta los días de la guerra de 1936, en que sor Martina sufre martirio a manos de quienes alimentó con la ayuda de la *Gota de Leche*.

Sor Martina ya en 1936 formaba parte de la fraternidad de Hijas de la Caridad de Segorbe (Castellón). En la *Ciudad del Agua Limpia* esta corajosa castellana de Cuéllar (Segovia) funda un colegio para niños pobres, monta un comedor de caridad para transeúntes e indigentes y crea, con el apoyo del piadoso obispo Fray Luis Amigó, la asociación

*La Gota de Leche*. Era ésta una asociación para ayudar a mujeres sin recursos para sacar adelante a sus hijos pequeños.

Apenas iniciada la persecución religiosa, el 26 de julio de 1936 las Hijas de la Caridad son recluidas en casa de una de sus alumnas. Los mismos a quienes sor Martina alimentaba material y espiritualmente fueron los que, entrada la noche del 4 de octubre de 1936, la arrancan del lecho y la asesinan vilmente en la carretera de Algar. La religiosa, ya beatificada, contaba 71 años de edad.

Las actas martiriales recogen el testimonio vivo de caridad de que estaba dotada la Hna. Martina, así como también el espíritu piadoso y misericordioso del obispo Amigó –así mismo en proceso de beatificación– a la vez que pone de relieve la profunda ingratitud de dos de los beneficiarios de la asociación *La Gota de Leche*. ¡Descansen todos ellos en paz!

## 41. LUIS AMIGÓ Y NUESTRA SEÑORA DE LOS BUENOS LIBROS

**N**o es fácil asegurar que el Venerable Luis Amigó fuera el fundador de la Asociación de Nuestra Señora de los Buenos Libros, sino que más bien fue el promotor de dicha devoción mediante las órdenes terceras por él fundadas en numerosos pueblos de la huerta de Valencia.

Desde luego: “La advocación mariana de los Buenos Libros –leemos en internet– fue difundida por los capuchinos, religiosos descalzos de San Francisco, que siempre se han distinguido por el cultivo de la espiritualidad, el arte y el intelecto a través de la lectura”.

Tenemos también la noticia de que el Cardenal Sancha, a finales del siglo XIX, crea la “Asociación Pontificia y Diocesana de Nuestra Señora de los Buenos Libros y Prensa Católica, cuya misión era repartir libros y revistas en centros benéficos, cárceles y hospitales”. La asociación tenía su sede en el seminario diocesano de Valencia.

Por otra parte, por estas fechas Luis Amigó ejercía de Comisario de la Orden Tercera, ya extendida por toda la huerta valenciana, una de cuyas finalidades era la de recoger libros y revistas devotas, que los creyentes depositaban en los buzones a la puerta de las iglesias, para

luego llevarlos a centros benéficos, hospitales y cárceles.

Por otra parte, Don Francisco Rico, gran promotor también de la devoción a Nuestra Señora de los Buenos Libros, en 1961 edita la obrita “Nuestra Señora de los Buenos Libros”, y que en su segunda edición aparece en una de las primeras páginas una foto de Luis Amigó, que llena la mayor parte de la misma, y a la derecha de la foto se lee la siguiente frase: “Siervo de Dios P. Luis Amigó Ferrer, fundador de la Asociación de Ntra. Señora de los Buenos Libros y de esta advocación en Valencia, en el año 1897”.

Y al pie de la misma página, y haciendo referencia a que el 2 de febrero de 1889 en que deposita las constituciones de sus religiosos terciarios capuchinos en manos de la Santísima Virgen, se lee: “Esta fecha fue elegida más tarde por el P. Luis, como el día de la Santísima Virgen de los Buenos libros”.

Por lo demás en diversas publicaciones de la época colocan la fundación de la devoción a la Virgen de los Buenos Libros en distintas fechas. Algunos la remontan al año 1890; otros a 1894; otros en 1895 y en 1897. Nos inclinamos a creer que la creación de dicha devoción fue por el cardenal Sancha a finales del siglo XIX y que Luis Amigó, sin duda, fue un gran promotor de esta devoción con sus terciarios en los pueblos de Valencia.

La primitiva imagen de Nuestra Señora de los Buenos libros fue obra del escultor Damián Pas-

tor, tallada en los estudios de Vergara y copia de una Virgen del Rosario. Posiblemente le fuera encargada por terciarios capuchinos seculares, como ocurría con frecuencia. De hecho, una imagen de Nuestra Señora de los Buenos Libros se conserva en la iglesia de Santa Mónica, donde residió una de las congregaciones más floreciente de la Orden Tercera en Valencia. La imagen que actualmente se conserva es obra de Ponsoda.

La primitiva asociación de Nuestra Señora de los Buenos Libros fue decayendo y desapareció con el tiempo. De todos modos, la imagen de Ponsoda se conservó en una hornacina oscura de la iglesia del Salvador de Valencia, por lo que se pudo librar de su destrucción durante la persecución religiosa de 1936.

El 1 de julio de 1961 un grupo de turistas alemanes, que pernoctaban en la casa sacerdotal —que con la iglesia del Salvador formaron parte del Seminario Conciliar— hallaron la imagen y se enamoraron de ella.

Sucesivamente, y con la influencia del P. Francisco Rico, se fue extendiendo la devoción a Nuestra Señora de los Buenos Libros en escuelas, academias, colegios mayores y universidades, a la vez que se recababa el apoyo y bendición de las autoridades religiosas, entre éstas la del Sr. Arzobispo de Valencia, Mons. Marcelino Olaechea, o la del Sr. Nuncio en Madrid, Cardenal Hildebrando Antoniutti. Sin embargo, se tiene la impresión de que así mismo va decayendo mucho dicha advocación mariana.

## 42. MONS. LUIS AMIGÓ Y BONIFACIO FERRER

Tres motivos me inducen a tratar hoy el tema Luis Amigó y Bonifacio Ferrer, y son: El compartir ambos el apellido de Ferrer y su valencianía; el gran amor de entrambos a la gran familia cartujana; y el haber sufrido ambos, aunque en épocas diferentes, las secuelas de la pandemia ocurrente, pandemia que también asola hoy en día nuestro mundo. En nuestra España vamos ya por los cien mil fallecidos.

El mismo Luis Amigó confiesa en su *Autobiografía*: “En cuanto a mí puedo decir que considero una de las mayores gracias que el Señor me ha dado el poder contribuir a la glorificación de este gran siervo, con cuyo apellido me honro, que soy también valenciano como él y que siempre tuve predilección especial por la Orden Cartujana, en la que pedí ingresar, pero que el Señor, por medio de mi director, me llamó a mi amada Orden Capuchina. ¡Benditos sean sus inescrutables designios!” (*L. Amigó, OC 219*).

Pero, ¿quién fue Bonifacio Ferrer? Bonifacio, hermano menor de San Vicente Ferrer, nació en Valencia 1350 y ambos ocupan la mayor parte del malhadado siglo XIV español y primeros años del siglo XV (1355-1417). La peste negra de 1348



asoló el mundo entonces conocido. Entendidos en el tema calculan que Europa perdió un tercio de sus habitantes, se calculan las pérdidas en unos ochenta millones de personas.

Bonifacio Ferrer en dicha epidemia perdió a su mujer y a sus once hijos. A continuación, se retiró a la cartuja de Ara Coeli, de Valencia, y posteriormente ingresa en la de Vall de Cristo, de Altura (Castellón), de la que llegó a ser prior y, posteriormente, también de la gran cartuja Chartreuse, de Francia, madre de toda la Orden Cartujana. Concluido el Cisma de Occidente, y retirado a la cartuja de Altura (Castellón) es enterrado en el cementerio conventual, al pie de la Torre de las Almas. Intervino, como su hermano Vicente Ferrer, en el Cisma de Occidente, y fue así mismo compromisario en el Compromiso de Caspe y consejero de príncipes y papas.

Los restos mortales de Bonifacio Ferrer sufrieron diversas peripecias en el transcurrir del tiempo. Fue enterrado inicialmente en la cartuja de la Vall de Cristo el 29 de abril de 1417. La cartuja, hoy irrecuperable, sufrió los embates de las hordas francesas y de la excomunión, por lo que en 1895 se procedió a la exhumación de sus restos mortales y al traslado al archivo de la parroquia de Altura. En visita pastoral a la parroquia, Luis Amigó, pensando “no ser decoroso se conservasen así los restos de un hombre tan eminente en ciencia y virtud” (*L. Amigó OC 208*), ordenó su traslado al Santuario de la Cueva Santa, cuya imagen de la Virgen se atribuye a él.

El traslado de los restos mortales de Bonifacio Ferrer se llevó a efecto el 29 de abril de 1917 con gran pompa y asistencia de files. A la llamada de Luis Amigó acudieron párrocos con cruz alzada y feligreses de 57 parroquias. El cronista de tan solemne peregrinación del traslado afirma que “el número de peregrinos se juzgó que ascendió a veinticinco mil” (*Bol. Seg. 1917*).

Durante la persecución religiosa de 1936 los restos mortales fueron sacados del sarcófago y quemados en la plaza pública. Posteriormente se levantó un monumento a Bonifacio Ferrer en la colina y desde cuyo mirador, se podía ver, según él, los edificios de su cartuja de Vall de Cristo, de Altura.

De todos modos, por la ausencia de los carmelitas descalzos del santuario y, por más que el ayuntamiento y diversas asociaciones procuran adecentar los alrededores del Santuario de la Cueva Santa, el entorno no está a la altura que tan insigne valenciano se merece. Pues, del calvario tan sólo quedan restos de alguna de las estaciones del vía crucis levantado en el monte y el monumento, realizado en tiempos del obispo Mons. José Pont y Gol, se encuentra bastante deteriorado y descuidado.

A Luis Amigó y a Bonifacio Ferrer, a más de haber sufrido ambos los efectos de una pandemia, les ha unido su apellido, su valencianía y su gran amor a la familia cartujana.

## 43. LA FRATERNIDAD

### En Francisco de Asís y en Luis Amigó

**E**s curioso observar cómo en las traducciones de la Biblia al español no se encuentra una palabra de uso tan frecuente como es el vocablo *fraternidad*. Y lo mismo ocurre en las Obras Completas de Mons. Luis Amigó. Sin embargo, son numerosísimas las locuciones que manifiestan que la idea de *fraternidad* o *hermandad* se halla presente indudablemente en ambas obras.

“He aquí ¡cuán bueno y cuán gozoso es habitar los hermanos unidos!” (*Ps.132, 1*), dice el salmista. “Ve y diles a mis hermanos que subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (*Jn 20, 17*). “O uno sólo es vuestro Maestro; y vosotros todos sois hermanos” (*Mt 23, 8*), dice el Señor.

“Os recomendamos mucho, asimismo escribe Luis Amigó, la unión y caridad fraterna”. “Se amarán mutuamente”, escribe en otra ocasión. O “en la unidad y caridad fraterna debéis también distingueros”. Así mismo recomienda a los superiores fomentar entre los hermanos “la mutua unión y caridad fraterna”. “Uno de los principales medios que debéis emplear es la íntima y maternal unión de unas con otras”, escribe a sus hijas.

Vosotros todos sois hermanos, los hermanos se amarán mutuamente, la mutua y fraternal caridad,

la unión y caridad fraterna, la íntima y maternal unión, se aman con amor fraterno...son diversas formas de considerar Luis Amigó la *hermandad* o *fraternidad*.

En la Familia Franciscana el estribillo de la *fraternidad* o *hermandad* se repite más que chirimía de ciego o acordeón de feriante. Cuando Francisco, en la redacción de la Regla, escucha: “Y se llamarán Hermanos Menores”, exclama: “Esto es lo que yo quiero y lo que espero. Y Hermanos Menores serán los Franciscanos. Hermanos Menores Conventuales, los Conventuales. Y asimismo Hermanos Menores de Vida Eremítica, los Capuchinos. Más aún, en la familia franciscana las comunidades se denominarán generalmente como fraternidades.

La *fraternidad* nace y cuenta como base de apoyo la relación con Dios Padre. “Después que el Señor me regaló hermanos, asegura Francisco, nadie me enseñaba lo que debía hacer yo, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del Santo Evangelio” (*Test*, 14). He aquí la fuente y origen primero de donde brota la vida franciscana como *fraternidad*. Es un regalo de Dios Padre, a no dudarlo.

Francisco vive la *fraternidad*, como don gratuito de Dios, para vivir según el proyecto de vida del Evangelio con el espíritu nuevo de las Bienaventuranzas. Este nuevo estilo de vida se centrará en la *vida fraterna* con el espíritu de minoridad, despropio, sencillez, pobreza, paz y humildad.

Hermanos cristianos fue el nombre que Francisco da desde el primer momento a los leprosos.

“Mi penitencia será comer con mis hermanos cristianos y de su mismo plato”, leemos en la Leyenda de Perusa (*LP 22*).

La vida en fraternidad será la que lleve a la familia franciscana a la formación asimismo en fraternidad, por ósmosis, que no por contagio, ya que el contagio es propio de las enfermedades. Las llamadas casas madre, en las que convivían aspirantes, postulantes, novicios, juniores, jóvenes profesos..., y en las que se ejercitaban en la propia misión específica, no eran sino casas para la formación en *fraternidad*.

La vida fraterna franciscana no se circunscribe a la vida religiosa conventual. Se extiende a la convivencia con todos los seres humanos, y aún con toda la creación. La fraternidad franciscana deberá estar abierta a todos, incluso a los ladrones, aún corriendo el riesgo de que desvalijen los conventos. “Y quienquiera que venga a ellos, amigo o enemigo, ladrón o brigante, sea recibido con bondad”, escribe Francisco en su primera regla (*1ª R 26*).

El Venerable P. Luis Amigó, siguiendo las huellas del Seráfico Padre, escribe: “Fruto de la gracia es el espíritu de caridad y unión fraterna, que hace al hombre convivir con sus semejantes disimulando sus faltas, perdonando sus injurias y amándose como a sí mismos” (*L. Amigó OC, 878*).

Y en otra ocasión: “Estrechad entre vosotros, amados hijos los lazos de la mutua unión y fraterna caridad que venga a acabar con las disensiones que os dividen y os esterilizan vuestros trabajos, con contento y utilidad de nuestro adversario, a la

par de que con mengua y desprestigio de nuestra sacrosanta Religión” (*L. Amigó OC, 2168*).

Y en semejantes palabras cuando escribe: “Debeis procurar también haya entre vosotros una íntima unión, pues que en ella está es secreto de la fuerza. Y para ello que os améis los unos a los otros, como tan insistentemente lo encargaba San Juan a sus discípulos” (*L. Amigó OC, 1833*).

En el Cántico de las Criaturas San Francisco invita a toda la Creación a alabar al Creador, y llama hermanos y hermanas a todas las criaturas. “En este tiempo de crisis ecológica –como dice la Hermana Daria Koottiyaniyil, FCC– debemos afianzar la visión de *fraternidad* de Francisco abierta a toda la creación”.

El reto del espíritu franciscano es el de constituir una *fraternidad* abierta a todos: a los hombres, a los animales y a las plantas. “Somos hermanos en el Señor” (*LFI 9*). “El Señor me dio hermanos” (*Test 14*). San Francisco reconoce que la *fraternidad* es un don de Dios.

En la *fraternidad* se vive con entrañas de padre y de madre. La virtud más propia del padre es el amor, el perdón, la fe, la misericordia, la ternura... Las virtudes propias de la madre más bien son la solicitud maternal el sacrificio, la dedicación, la ternura, esperar contra toda esperanza, pues que la madre siempre espera. Por ello escribe el Seráfico Padre: “Cada uno ame y nutra a su hermano, como la madre ama y nutre a su hijo, en las cosas para las que Dios le diere gracia” (*1R 9, 9-10*).

Nuestro seráfico Padre San Francisco tuvo muy presente, tanto al escribir la primera como la segunda regla, que entre los hermanos no habría clases. La *fraternidad* une en el amor. Y en la familia franciscana jamás hubo clases, a pesar de que el pensamiento en la cúpula de la Iglesia ha sido siempre bien otro hasta el día de hoy.

De todos los modos, ni en la Biblia, ni en los escritos de Luis Amigó se encuentra la palabra *fraternidad* que en sí recoja la idea de la mutua unión en el amor, pero ambas están cuajadas de locuciones semejantes o similares.

## 44. LUIS AMIGÓ Y LAS MISIONES

Un campo muy querido por el padre Luis Amigó para ejercitar su ministerio como capuchino fue el campo misional. Y tal es así que, elegido ministro provincial, el último de los acuerdos de su carta programática para su provincialato fue:

“Últimamente desea el Muy Reverendo Consejo Provincial que se fomenten entre nosotros las Misiones, que han sido siempre la gracia especial de nuestra Orden y en lo que más en todos los tiempos se ha distinguido, con preferencia a todo otro género de predicación” (*L. Amigó, OC 1611*).

De hecho, tuvo la idea de fundar un seminario de misioneros en Monforte del Cid, Alicante, en el convento de Orito, si bien por diversas circunstancias no lo llegó a realizar. De todas las maneras la numerosa correspondencia durante su provincialato con las misiones de Colombia, pertenecientes a su provincia religiosa, son muestra evidente de su gran interés por las misiones.

Y tal fue su empeño que, ante la dificultad de enviar un religioso de prestigio como Custodio de la Misión de la Guajira colombiana, escribe en la *Autobiografía*: “Para tratar de solucionar el asunto me ofrecía yo al Definitorio para ir como Custodio



a la Misión, renunciando para ello al cargo de provincial, si lo juzgaban conveniente” (*L. Amigó, OC 150*).

En todo caso, donde mayormente se volcó Luis Amigó en el campo misional fue con la fundación de sus hijas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, a quienes en sus constituciones les dejó escrito: “Si en algún tiempo la Sagrada Congregación de Propaganda Fide les pidiese para las Misiones entre infieles se prestarán con toda docilidad” (*L. Amigó, OC 2293*).

Y desde luego el envío de sus religiosas misioneras a tierras lejanas siempre fue festejado con grande solemnidad en la casa de Massamagrell con la presencia de Luis Amigó. El día 3 de noviembre de 1929 se acerca a la Magdalena, en Massamagrell, Valencia, para despedir con gran solemnidad a las religiosas que partían para el Kansu Oriental, en China (*Cfr. L. Amigó, OC 1879*).

En 1927 escribe al P. Gumersindo de Estella para “predicar en el convento noviciado de mis religiosas Terciarias Capuchinas de Massamagrell, dice, en la fiesta de despedida de la expedición de misioneras que se embarcarán para el Caroní”, Venezuela (*Cfr. L. Amigó, OC 1851*). Y despide a las misioneras con este delicioso billetito: “Que la Sma. Virgen Nuestra Madre de los Dolores acompañe y dirija los pasos de la Muy Rda. Madre General y de las religiosas que marchan a la Misión del Caroní, para que atraigan multitud de almas a Jesucristo, vida nuestra” (*L. Amigó, OC 1853*).

Y también con anterioridad, en 1904, a petición de los padres capuchinos, tiene el primer envío de

sus religiosas a las tierras a la misión de la Guajira, en Colombia. “Para compartir con ellos los trabajos –dice– de la parte más propia para las mujeres, como es la instrucción y educación de las niñas” (*L. Amigó, OC 164-165*). Y con los padres capuchinos compartieron las religiosas los trabajos misionales entre los indios de la Sierrita del Perijá, entre guajiros, aruhacos y motilonos. Fueron las primeras misioneras terciarias capuchinas que partieron para tierras de misión.

Precisamente en noviembre de 1905 la madre Visitación de Manises, desde la Goajira colombiana, escribe a su padre Fundador Luis Amigó: “Supongo que tendrá noticias del buen éxito de la segunda expedición a los indios Motilonos. Todos lo atribuyen a un milagro estupendo de la Pastora Divina de nuestras almas lo que está ocurriendo con estos salvajes. El que indios tan feroces como los Motilonos entregaran sus flechas y arcos al Sr. Obispo y demás misioneros, sin ninguna resistencia, eso fue un triunfo maravilloso de nuestra excelsa patrona, que los quiere para su rebaño”.

Por lo demás entresacamos, entre su numerosa correspondencia, la carta a sus hijas: “Sigo con interés y me entero al detalle de todos vuestros progresos y trabajos... y me alegro en el Señor al ver los óptimos frutos que vais consiguiendo, con vuestro incansable celo por el bien de las almas, en especial de esos pobrecitos niños y niñas nacidos de padres gentiles” (*Cfr. L. Amigó, OC 1815*).

Y, a continuación, les escribe: “Bien conocéis el empeño que manifiesta nuestro Santísimo Padre,

el pontífice reinante, por el desarrollo de las Misiones para que todas las criaturas lleguen al conocimiento de Dios, conociéndole le amen, y amándole le sirvan, y se cumpla de este modo la voluntad del Señor de que todos se salven” (*L. Amigó, OC 1815*).

Y cuando en el lecho de muerte, apenas recibida la Extrema Unción en el Seminario San José de Godella, el superior de la casa le comunica que sus hijos de Colombia, y también de Italia, le acompañan con sus oraciones. ¡Ah! y también le escriben sus religiosas de China, escribe el cronista que el padre, al sentir Colombia, Italia y China sacó las manos con la intención de aplaudir.

## 45. LUIS AMIGÓ, ESPÍRITU MUY FRANCISCANO

La vida, el carisma, la espiritualidad y la obra de Luis Amigó –especialmente la escrita– es la vida, el carisma, la espiritualidad y la obra de un hermano menor de vida eremítica, es decir, de un hermano menor franciscano capuchino.

Los mismos *Apuntes sobre mi vida*, o su *Autobiografía*, los compone con un espíritu de sencillez, humildad y pobreza franciscanas que encantan. Los comienza “para mayor gloria, pues, de Dios y confusión y humillación de mi alma” (*L. Amigó, OC 1*). Los escribe por obedecer la solicitud de su confesor. Y los redacta en pequeños papelitos sueltos que luego une.

Sigue luego el relato encantador, al modo de las *Floreillas de Francisco de Asís*, de quien hace frecuentemente referencia. ¡Ah!, y lo concluye asimismo en humildad suplicando a cuantos los lean que rueguen mucho al Señor por él, pues que, habiendo respondido al Señor tan mal y sido tan ingrato a sus beneficios y favores con sus pecados e infidelidades, con razón teme sus rigurosos juicios (*cf. L. Amigó, OC 239*).

Esta misma *Autobiografía* o, mejor dicho, sus *Apuntes sobre mi Vida*, no deja de ser un relato

sencillo y humilde de la vida un pobre fraile menor capuchino escrito con franciscana simplicidad.

Por lo demás, aparte su vida de religioso, fundador y obispo, sus mismas obras, y me refiero de un modo especial a la fundación de sus dos congregaciones religiosas, las realiza en pobreza y sencillez franciscanas y para las mismas quiere y desea fidelidad al propio espíritu seráfico.

A sus hijas de Colombia les escribe: “La Congregación es vuestra Madre, que con la vida religiosa os ha comunicado su espíritu, su carácter y su predilección por las virtudes de humildad, sencillez, caridad y celo apostólico que caracterizan a nuestra Orden Seráfica” (*L. Amigó, OC 1858*).

Y a la Hna. Maestra de Novicias, también de Colombia, le dice: “Cada Orden y cada Congregación tiene su espíritu propio, conforme a la misión altísima que el Señor le confía, y el de nuestro Instituto, rama del tronco franciscano, y por añadidura capuchino, debe estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza” (*L. Amigó, OC. 1920*).

Por lo demás también a sus religiosos les ordena: “Los Religiosos procuren que sus lecturas sean seráficas, seráficas sus devociones, seráficos los santos de su devoción a quienes se proponga imitar, y seráfico también el amor a María Inmaculada nuestra Madre, Rosa fragantísima del Jardín Seráfico” (*L. Amigó, OC 1978*).

Y a ambos institutos religiosos dejará escrito en su carta testamento: “Para haceros dignos de tan alta misión habéis de procurar, amados hijos

e hijas, formar muy bien vuestro espíritu y conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presenta en el Seráfico Padre San Francisco” (*L. Amigó, OC 1832*).

En pocas palabras, breves y concisas, como Francisco de Asís escribe su Regla, Luis Amigó recoge todos esos caracteres que deberán adornar a sus hijos: la fraternidad, la minoridad, el amor seráfico, el espíritu de oración, el sentido penitencial y todo un ramillete de virtudes propias del espíritu franciscano, pues, como afirman quienes mejor le conocían: “El Padre Luis era un espíritu muy franciscano”.

En síntesis, y, sobre todo, al hablar de su espíritu de pobreza absoluta, de sencillez y humildad profundas, los diversos testigos las califican de franciscanas. “Era de una humildad profundísima y de una pobreza auténticamente franciscana”, asegura D. Romualdo. “Su espíritu de pobreza recordaba a San Francisco”, dice la M. Elisa de Altura. “Siguió siendo capuchino en Solsona” que, como obispo siguió con su hábito, sus sandalias y su amplia barba capuchina haciendo vida de fraternidad.

## 46. JOSÉ M<sup>a</sup> AMIGÓ Y LA PURIDAD

**J**osé María Amigó (él mismo lo escribe en su *Autobiografía*) dice: “Me ocurrió poner por intercesor al Padre San Francisco para que me allanase las dificultades que se oponían a mi ingreso en la cartuja; y, al efecto, vestí el hábito de la tercera orden en el convento de las Religiosas Franciscanas de la Puridad en el mes de marzo del año 1873”.

Y prosigue: “Es, pues, de notar que en el mes de marzo del 73 había yo ingresado en la tercera orden del padre San Francisco con el fin de que el santo me allanases las dificultades que impedían mi ingreso en la cartuja; y el Santo Padre oyó mis súplicas, pero fue para que entrase en la primera orden precisamente el mismo mes en que debía hacer mi profesión en la orden tercera” (*L. Amigó, OC 20 y 26*).

Indudablemente en las fechas de que se trata estaban prohibidas las órdenes religiosas en España por lo que no resulta fácil explicar la razón por la que hace su ingreso en la tercera orden en el convento de Religiosas Clarisas de la Puridad y San Jaime de Valencia. De todos modos, el maestro de novicios debía de ser un hermano seglar de la orden tercera por lo que

no es menester un lugar preciso para el noviciado.

En 1221 Francisco de Asís envía sus primeros religiosos a España, entonces mayormente árabe. Son Juan de Perusa y Pedro de Sassoferato. Se entretienen diez años en la evangelización de Teruel. En 1231 se trasladan a la ciudad de Valencia con la idea de ejercitar su ministerio entre los esclavos cristianos y rebatir los errores del islamismo en la plaza pública. Llegada la noticia a oídos del rey moro Abu Zayd les mandó arrestar y, finalmente, martirizar.

Juan de Perusa y Pedro de Sassoferato son los dos primeros mártires franciscanos beatificados, cuyos restos reposan en la ciudad de Teruel y con quienes se inicia la extensión de la gran obra franciscana en el antiguo Reino de Valencia y Aragón.

Años después dicho rey moro Abu Zayd se convertiría al cristianismo tomando el nombre de pila de Vicente. El 1239 el rey D. Jaime, en el terreno del palacio que habitó el rey árabe sobre una ermita manda al gobernador Ximen Pérez de Tarazona edificar un convento a Santa Isabel de Hungría y Santa Clara de Asís para las religiosas clarisas. Se convierte en la antigua cofradía de San Jaime fundada por el rey Conquistador en el que fuera palacio del rey moro. Finalmente, en 1534 el papa Clemente VII al monasterio le da por nombre el de la Puridad y de San Jaime (Santiago). Los restos de dicho rey moro almohade, y de sus hijos, todavía se conservan al día de hoy (2014) en dicho monasterio.



En 1836 las Clarisas de la Puridad, fruto de la exclaustración, pasan a habitar en el cercano monasterio de la Trinidad, así mismo de monjas clarisas para retornar de nuevo al convento de la Puridad y San Jaime en 1854. La abadesa gozaba del privilegio de indultar anualmente un preso.

Durante la persecución religiosa de 1936 las clarisas se dispersan del convento y tres de ellas tienen introducida la causa de canonización por proceso de martirio. Finalizada la guerra civil, y la consiguiente persecución religiosa, nuevamente retornan las madres clarisas al monasterio de la Puridad que todavía al día de hoy regentan.

Continúa el relato Luis Amigó en su *Autobiografía*: “Fuimos a visitar al padre Llopart, jesuita, al que habíamos consultado nuestra vocación y, al manifestarle lo que ocurría y exponerle nuestra resolución, nos invitó a que entrásemos en la Compañía; pero, al ver que no nos sentíamos llamados a ella, nos dijo: “Pues no vayáis a la cartuja, en la que no profesaréis por la diferencia de carácter entre franceses y españoles; dirigíos a un convento muy observante de españoles que hay en Bayona, Francia, y allí seguramente profesaréis”.

“Pero ¡cuán distintos de los nuestros eran los planes de la Divina Providencia! A todos, menos a Jesé Guzmán, nos llevó el Señor, en distintos tiempos y por distintos caminos, a la orden capuchina” (*L. Amigó, OC 17. 22*).

## 47. VISITA APOSTÓLICA AL SEMINARIO SEGORBINO

**A**penas accedió al solio pontificio Su Santidad Pío XI fue informado de que las universidades y seminarios pontificios dejaban bastante que desear en España, en cuanto a la formación. Y, por otra parte, el escaso número de alumnado y el excesivo número de seminarios y universidades propició el que fuese decayendo el nivel disciplinar y académico con la inevitable repercusión en la formación religiosa y de piedad sacerdotal.

Su Santidad Pío XI, dándose cuenta del problema, y tratando de revitalizar a la Iglesia, ordenó una visita apostólica, por medio de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, a comenzar por España, cantera siempre de vocaciones religiosas y sacerdotales.

En un primer momento, y para llevar a buen puerto la visita apostólica, nombra como visitador al salesiano P. Alessandro Battaini. Éste, dado lo improbable que le resultaba el cometido, y lo largo que resultaría en el tiempo, indica que, si lo que se pide para realizar la visita apostólica a los seminarios españoles es que el visitador sea un salesiano y español, que se nombre a D. Marcelino Olaechea Loizaga, a la sazón superior provincial.

Don Marcelino salió inmediatamente para Roma donde indicó que no le sería posible realizar la visita a todos los seminarios españoles en un tiempo no excesivamente largo. Entonces la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, a propuesta del Sr. Nuncio de Su Santidad en España, Mons. Federico Tedeschini, con fecha 22-IV-1933 nombra tres visitantes: Don Jesús Mérida Pérez, D. Segundo Espeso y D. Marcelino Olaechea.

A D. Marcelino le cupo en suerte visitar las archidiócesis de Granada, Sevilla y Valencia. Y, naturalmente, en la archidiócesis de Valencia visitó el seminario de la diócesis de Segorbe, de la que era obispo el piadoso obispo capuchino Mons. Luis Amigó.

La semana del 11 al 18 de enero del año 1934 el visitador de seminarios, D. Marcelino Olaechea, la empleó en visitar el de Segorbe, cuyo obispo era a la sazón Mons. Luis Amigó, ya muy anciano.

El visitador, según dice en su relación final, “encontró un obispo débil, anciano y muy enfermo”. Y en su declaración en el proceso diocesano del Venerable Luis Amigó, se ratifica en la misma opinión. “Recuerdo –declara– la gratisima impresión que él me hizo, estando ya muy enfermo, de piedad y de bondad, y la emoción, con lágrimas en los ojos, al contarme que no podía dar de comer a sus sacerdotes”.

Pero nos preguntamos ¿cuál fue el motivo de dicha visita al seminario de Segorbe y cuáles fueron los resultados?

La visita a los seminarios españoles, proyectada por Su Santidad Pío XI, y llevada a efecto por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, fue un intento por prestar una mayor atención a la formación sacerdotal e intentar así mejorar la vida de la Iglesia.

La visita al seminario de Segorbe la realizó D. Marcelino Olaechea presumiblemente, como se ha dicho, durante la semana del 11 al 18 de enero de 1934, día en que firma su relación final. Y ¿cuál fue su impresión y juicio definitivo sobre el seminario? D. Marcelino Olaechea afirma en su relación final que “la situación de los seminarios de España se asemejaba a la del de Segorbe en aquellos días difícilísimos, sin que yo recuerde que hubiera en éste ninguna cosa grave”.

De todas las maneras, y como insinuación para corregir deficiencias, entre otras de menor importancia, D. Marcelino Olaechea sugiere unificar en un solo centro a todos los seminaristas, pudiendo los mayores formarse en Valencia. Sugiere así mismo que “debe ser cambiado el rector y mejor sería que también el secretario. Debe de intensificarse el estudio; y dar nueva vida de espíritu a este seminario que pasa por una crisis muy aguda de disgusto y de murmuración”.

Evidentemente los motivos que indujeron a la visita apostólica del seminario de Segorbe no respondían a carencias específicas de dicho seminario, sino que respondía a un plan general para recabar información y poder así sacar a los mismos del estado de postración en que se hallaban.

Luego de numerosos retoques de los tres visitadores al documento final para mostrar en Roma, éste fue presentado en la Sagrada Congregación para Seminarios y Universidades y se fija la fecha para tratar el documento en la congregación plenaria a tener el 18 de julio de 1936. Sin embargo, considerando las tristes circunstancias de las cosas en España, se decidió suspender la preparación de la hoja de oficio y reenviar *sine die* la relativa congregación plenaria.

Por lo tanto, la noble intención de dotar de un reglamento a los seminarios españoles que fuese la base para un resurgir y florecimiento de las vocaciones sacerdotales, no fue posible, obviamente, por cuanto la fecha para tratar dicho documento, como se ha dicho, fue fijada para el 18 de julio de 1936, la fatídica fecha en que da comienzo la guerra civil española y la consiguiente persecución religiosa.

*(Cfr Aloisius Amigó Ferrer. Positio Sum. Doc. Pág. 125-132).*

## 48. LUIS AMIGÓ Y EL CAMINO DE LA CRUZ

**E**n tiempos de Luis Amigó, al comienzo de la cuaresma, no podían faltar los predicadores cuaresmales dispersados por los pueblos de la huerta de Valencia, ni a cada predicador, la predicación cuaresmal de los dos caminos, es decir, el camino real de la cruz y de la salvación empedrado siempre de mortificaciones y penitencias, frente al camino de la perdición.

Por lo demás, los padres capuchinos, que por su reforma acentuaron pobreza y penitencias y, por predicadores cuaresmales, salían por los pueblos, nunca se olvidaban en sus predicaciones de la meditación de los dos caminos.

Indudablemente que Luis Amigó, en este ambiente, también se contagió de esta realidad, a juzgar por el nutrido número de veces a que hace referencia en sus escritos al camino de la cruz o de salvación y al camino de la perdición.

En sus escritos Luis Amigó une frecuentemente el camino de la cruz con el de la mortificación y penitencia. A sus diocesanos de Segorbe escribe en 1933: “¿No tenéis presente que el divino Redentor, camino, verdad y vida, nos dice terminantemente que sólo dos caminos hay para la salvación, el de la inocencia y el de la peniten-

cia y el que quiera seguirle ha de ser tomando su cruz?”

Y en la misma exhortación pastoral Luis Amigó pone en boca del Divino Maestro: “El que quiera seguirme, tome su cruz y sígame. Y esto por el camino estrecho de la mortificación y de la penitencia” (*L. Amigó, OC 1505. 1507*).

Y ya con anterioridad había escrito en 1925 a sus diocesanos segorbinos: “El muro de separación que el pecado ha levantado entre Dios y nosotros tan sólo puede ser derribado con la piqueta de la mortificación y penitencia y con la palanca de la cruz” (*L. Amigó, OC 1203*).

“Quiere el Señor que le sigamos –dice una vez más– cargados con nuestra cruz, símbolo de la mortificación y de la penitencia, camino que Él quiso seguir también para entrar en su Reino” (*L. Amigó, OC 1201*).

“Este camino de la cruz es, como hemos dicho, el único que nos puede conducir al cielo, de aquí que el Señor, que quiere la salvación de todos, nos lleve siempre por él” (*L. Amigó, OC 1511*).

Escribe Luis Amigó a sus hijos: “No olvidemos tampoco que el camino recto y seguro para la santificación es la santa cruz, Y al efecto, tened siempre presente esta quintilla, (que toma de Lope de Vega): *Sin cruz no hay gloria ninguna, / ni con cruz eterno llanto. / Santidad y cruz es una. / No hay cruz que no tenga santo/ ni santo sin cruz alguna*” (*L. Amigó, OC 1916*).

El sentido ascético y penitencial estuvo siempre muy presente, desde su reforma, en la familia

capuchina. De tal manera que a ella se atribuye la instalación, o al menos la propagación, de la devoción al vía crucis. Pues esta devoción estuvo siempre muy vinculada a la familia franciscana, especialmente capuchina. De hecho, los casalicios del vía crucis suelen mostrar y embellecer el camino de ingreso a muchos de sus conventos.

No extraña, pues, que Luis Amigó en su ministerio pastoral trate de inculcar en los diocesanos “el ejercicio santo del vía crucis, el más grato a Dios después de la santa misa” (*L. Amigó, OC 1516*); ni que Fray Serafín M<sup>a</sup> de Ayelo de Malferit, el que fuera su familiar en Segorbe y Solsona, declare en el proceso diocesano de Luis Amigó que: “su devoción a la práctica del vía crucis era extraordinaria. Todos los días, indefectiblemente después de la misa, lo practicaba”.

Indudablemente que, “pues hay muchos caminos para ir a Dios conviene –escribe Luis Amigó– que cada uno prosiga con intención irrevocable el que una vez comenzó, para ser perfecto en su profesión”. De todos modos, cada uno en su profesión hallará el camino real de la cruz, pues en ninguna de las profesiones suele faltar.

Y completa Luis Amigó su pensamiento con la conclusión de su carta testamento a sus religiosas y religiosos: “En la fiel observancia de la Regla y Constituciones está cifrada toda vuestra perfección religiosa; y no dejaría de ser una grave y peligrosa tentación el andar buscando y escogitando otros caminos contrarios al marcado y designado por Dios” (*L. Amigó, OC 1835*).



## 49. LUIS AMIGÓ Y LA FORMACIÓN PROFESIONAL

**D**on Gregorio Gea y Miquel fue un artesano de la madera cuya obsesión de toda su vida fue *la recristianización del obrero*. Para ello se cuidó mucho de preparar a los jóvenes. Con ellos precisamente funda el *Patronato de la Juventud Obrera de Valencia*.

En su casa de la calle de la Beneficencia, que llamó *Colegio de San Francisco*, llegó a hospedar a un buen grupo de seminaristas. Con estos jóvenes, y a otros de la ciudad, que acudían a su taller de ebanistería, formó un grupo a quienes enseñaba los rudimentos de su Arte y Oficios y preparaba para la catequesis dominical que tenían en la iglesia de San Sebastián, en las afueras de la ciudad, a orillas del Turia.

Seguramente que uno de los jóvenes seminaristas fue Luis Amigó. Y también sin duda alguna que en él influyó notablemente D. Gregorio Gea a cuyos trabajos dotó de un cierto tinte de espiritualidad franciscana.

Cuando Luis Amigó, a sus apenas 34 años, se decide a fundar la congregación de terciarios capuchinos, o amigonianos, pide autorización al ministro general de su orden, a quien expone que algunos jóvenes de la provincia piden poder reu-

nirse, formar una congregación religiosa y “puedan así consagrarse a la enseñanza de Ciencias, Artes y Oficios” (*Cfr L. Amigó, OC 1543*).

Cuando Luis Amigó redacta las constituciones, la primera finalidad que da a sus religiosos es: “La instrucción de adultos y párvulos en las Ciencias y Artes; el servicio a los enfermos, en especial a domicilio, y el régimen y dirección de cárceles y presidios” (*L. Amigó, OC 2360*).

Indudablemente si es para adultos y párvulos en artes y oficios sin duda se fijó en los salidos de los presidios y lugares de reforma para poder formarse y tener un primer punto de apoyo para su integración en la sociedad.

De hecho, cuando poco más adelante toca la organización de la congregación amigniana, vuelve a repetir: “Los Hermanos Coadjutores se dedicarán al cuidado de los enfermos y de los presos, a la enseñanza elemental y de Artes y Oficios” (*L. Amigó, OC 2363*).

Incluso en el plano de la formación destina una casa, con el nombre de seminario, “donde los religiosos se instruyan en las Artes u Oficios a que después se han de dedicar” (*L. Amigó, OC 2367*).

Por otra parte, siendo ya ministro provincial capuchino, toma un acuerdo respecto a los hermanos: “Desea la M. R. Definición se fomente en lo posible entre nosotros las Artes y Oficios para que nuestros hermanos legos adquieran más instrucción” (*L. Amigó, OC 1606*).

En las ordenaciones de santa visita, que deja en 1892 a los religiosos del convento de Monte

Sión de Torrent, Valencia, la última de ellas reza así: “Si fuere voluntad de Dios el que se lleven a cabo las fundaciones proyectadas en el Cabañal, disponemos que se destinen: una para protectorado de señores sacerdotes y la otra para seminario de Artes y Oficios” (*L. Amigó, OC 2059*).

El P. Mariano Ramo, terciario capuchino y gran conocedor del primitivo espíritu de Luis Amigó, así como también de su espiritualidad, vida y obra, fue sin duda quien trató de llevar a la práctica la formación de los religiosos amigonianos en las Ciencias, Artes y Oficios. Su pensamiento cuajó en la gran obra de las Escuelas Profesionales de Luis Amigó, de Godella (Valencia), la que deseó ver con el tiempo convertida en Universidad.

Indudablemente con el correr del tiempo, la entrada en vigor de las *Normas de junio de 1901*, y por imposición de la Santa Sede, Luis Amigó fue obligado a cambiar la finalidad de la congregación, que pasa de hecho de ser inicialmente una congregación laical a ser clerical, y la modificación de los fines de su congregación, lo que le costó a él y a sus hijos tiempo, sudor y lágrimas. A partir de 1910 la finalidad del instituto será reducida a “*La educación correccional y enseñanza de ciencias y artes a los acogidos en las Escuelas de Reforma y demás Establecimientos similares*”.

De todas las maneras siempre es conveniente aportar lo que fue el primer pensamiento de Luis Amigó para la fundación de los terciarios capuchinos o amigonianos. Naturalmente con el

pasar de los años la congregación amigoniana ha desplegado un amplio abanico por diversos campos en su acción pastoral para una mejor acomodación a los tiempos, necesidades y mentalidad del tiempo actual.

## 50. LUIS AMIGÓ Y LA MORALIZACIÓN

**L**uis Amigó, en sus años de seminarista en Valencia, ingresa en la llamada *Escuela de Cristo*, una de cuyas finalidades de carácter social era “visitar a los pobres de las cárceles por la Cuaresma, por la Porciúncula y por la Pascua de Navidad” (*Constituciones. Valencia 1858*).

Apenas ordenado sacerdote uno de sus ministerios por la montaña santanderina fue el de visitar en diversas ocasiones la cárcel del Dueso, en Cantabria. Un su biógrafo nos asegura “que visitó diversas veces la cárcel de Santoña, y ejercitó allí su ministerio sacerdotal confesando, instruyendo y consolando a los presos” (*Cfr. Mariano Ramo*).

No es de extrañar, pues, que, a su regreso a la ciudad de Valencia, la primera idea que anidara en su mente fuera la fundación de una congregación religiosa para la moralización de los penados. Y tanto es así que él mismo, en su *Autobiografía*, nos dice, luego de la fundación de sus religiosas terciarias capuchinas, que: “al momento pasó por mi mente, y se me fijó, la idea (no sé si por inspiración divina) de completar la obra con la fundación de una congregación de religiosos terciarios capuchinos que se dedicasen en los penales al cuidado y moralización de los presos” (*L. Amigó, OC 83*).

Y, ¿qué significa moralización? Moralización es el acto de reformar, rehabilitar y conformar la vida conforme a los dictados de la moral.

La idea fundacional de una congregación para la moralización de los presos la tuvo en su mente Luis Amigó durante años hasta su feliz realización, pues, también en su *Autobiografía*, nos escribe: “La obra de la fundación de una congregación de religiosos terciarios que se dedicasen a la moralización de los penados no la había yo olvidado” (*L. Amigó, OC 98*).

Incluso en el trascurso de la fundación, por tercera vez vuelve a repetir Luis Amigó en *Apuntes sobre mi vida*: “Sin que yo diese publicidad a mi idea o proyecto empezaron a presentármese jóvenes, atraídos, sin duda, por el fin de ocuparse en la instrucción y moralización de los penados” (*L. Amigó, OC 100*).

A partir de las *Normas de junio de 1901* Roma obliga a Luis Amigó a reformular la nueva finalidad del instituto amigoniano de terciarios capuchinos. Sin embargo, permanecerá la idea de moralización, pues sus constituciones así lo constatan: “La educación correccional, moralización y enseñanza de ciencias y artes a los acogidos en las escuelas de reforma y demás establecimientos similares” (*Const. De 1910 y 1928*).

Si bien se observa la primitiva idea fundacional permanece siempre la misma, la moralización. Sin embargo, precisa a quienes: a los acogidos en las escuelas de reforma y demás establecimientos similares. Y también se especifica

el cómo, es decir, mediante la educación correccional y enseñanza de ciencias, artes y oficios.

Y en las visitas canónicas a sus hijos les fue siempre hablando de la moralización. En 1891 a sus hijos de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Carabanchel Bajo (Madrid), entre otras ordenaciones de santa visita les deja la siguiente: “Toda modificación, reforma o nuevo método que para la instrucción o moralización de los niños juzguen los directores se deba hacer, deberán tener la aprobación y beneplácito del superior local” (*L. Amigó OC 2035*).

Y en mayo de 1899, después de ocho largos años de ausencia de la escuela de reforma de Santa Rita (Madrid), “les da algunas normas y reglas de conducta –dice– con que regiros en la ardua empresa de la moralización de los jóvenes a vosotros encomendados” (*L. Amigó, OC 2075*).

Siendo ya Obispo A.A. de Solsona, se dirige en carta a Su Santidad Pío X a quien humildemente expone lo siguiente: “Que es el fundador de dos institutos, uno masculino y otro femenino, para que, llenos de celo, reformasen en el aspecto natural y sobrenatural a los jóvenes desviados del camino del bien” (*Cfr. L. Amigó, OC 1780*).

Evidentemente la reforma en el aspecto natural lo hacen mediante la enseñanza de ciencias, artes y oficios; y en cuanto al aspecto sobrenatural el objetivo final sin duda lo conseguirán mediante la moralización. Pues moralizar es lo que hace Luis Amigó en vida y, siguiendo sus enseñanzas, realizan sus hijos e hijas espirituales en los centros

por ellos regentados. Es decir, moralizar mediante el empleo de las técnicas más apropiadas en ciencias artes y oficios para conseguir el pleno desarrollo de la persona humana de los jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien.



## 51. LUIS AMIGÓ BUEN PASTOR

Diversos biógrafos nos dicen que ya desde niño Luis Amigó manifestó inclinación al sacerdocio. Él mismo lo escribe en su *Autobiografía*: “Desde niño me dio el Señor inclinación al sacerdocio, por lo que mis juegos eran de ordinario hacer altares, decir misas y celebrar fiestas” (*L. Amigó, OC 6*).

San Pablo escribe a Timoteo: “Si alguno desea el episcopado, buena obra desea” (*1ª Tim 3,1*). Seguramente Luis Amigó conocía el texto paulino por lo que –también nos lo dicen sus biógrafos– cuando fue nombrado Obispo A.A. de Solsona, el episcopado le sentó bien. Pues era subir al culmen del sacerdocio, un noble servicio pastoral y la mejor forma de gastar la vida por las ovejas.

De hecho, cuando a los 53 años elabora su escudo pastoral, en punta de su escudo partido francés, coloca el que será el *leif motiv* de toda su vida pastoral: “Entrego mi vida por mis ovejas” (*Jn 10, 15*).

De hecho, en su primera exhortación pastoral, en la que recoge su programa de intenciones en la diócesis de Solsona, escribe a sus diocesanos: “Queremos ante todo haceros presente el amor que en Jesucristo os profesamos. Amor que nos

dispone a dar la vida, si necesario fuere, por todos y cada uno de vosotros, a imitación del apóstol San Juan, cuyas son las palabras que hemos escogido por lema de nuestro escudo: “Entrego mi vida por mis ovejas”.

Poco más adelante, y en la misma exhortación pastoral de entrada en Solsona, dice a sus diocesanos: “Obligación nuestra es también el vigilar, cual solícito pastor, sobre vosotros, nuestra amada grey, para impedir que los lobos voraces puedan hacer presa de vosotros apartándoos del redil del Buen Pastor” (*L. Amigó, OC 260*).

Y a sus diocesanos de Segorbe, en 1923, uniendo el ministerio pastoral, al ministerio de sus religiosos, les escribe: “Él nos eligió entre millares, venerables sacerdotes, e invistió de la misma autoridad que a sus apóstoles, para que, cual pastores solícitos, corriésemos en pos de la oveja descarriada hasta conducirla al aprisco” (*L. Amigó, OC 1136*).

El consejo a sus sacerdotes diocesanos será el que ya con anterioridad había otorgado como finalidad así mismo a sus religiosos y religiosas en su carta-testamento: “Y si acontece que, dando oídos al espíritu infernal, se apartan del redil del Buen Pastor, también vosotros, mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor” (*L. Amigó, OC 1831*).

Obviamente su última voluntad y consejo se refiere especialmente a sus religiosos a quienes

otorgó como finalidad de su instituto la de “la atención a los jóvenes extraviados del camino de la verdad y del bien”.

Naturalmente que Luis Amigó, como buen pastor, no puede dejar de referirse con frecuencia a Jesucristo quien mejor encarna el cometido de Buen Pastor de las almas. “Mirad al Buen Pastor trepar los montes y cruzar los collados, cual amante pastor, en busca de la oveja descarriada” (*L. Amigó, OC 889*). Luis Amigó a sus venerables sacerdotes les ofrece la misma finalidad que a sus hijas e hijos los religiosos.

Ya en otra ocasión había exhortado a sus sacerdotes en el mismo sentido: “Nuestro principal trabajo ha de consistir –les exhortaba– en volver al aprisco del Divino Pastor a tantas almas cristianas que de Él viven apartadas” (*L. Amigó, OC 1137*).

Pensamiento que de nuevo les vuelve a remarcar en el siguiente consejo: “El Buen pastor anduvo los tres años últimos de su vida, como buen pastor, en busca de las ovejas descarriadas para volverlas al aprisco de su Padre celestial” (*L. Amigó, OC 666*).

A los mismos institutos religiosos de vida contemplativa Luis Amigó les embarca en la misma empresa que a sus sacerdotes diocesanos, a sus religiosos y religiosas, pues les exhorta: “a que multipliquen sus oraciones al Altísimo, para que haga fecundos los trabajos de los misioneros y de sus cooperadores, acelerando la hora en que las ovejas dispersas entren en el redil del supremo Pastor de las almas y no haya en el mundo

todo más que un solo redil y un solo pastor” (*L. Amigó, OC 2250*).

Indudablemente son así mismo numerosos los testigos que, en el proceso sobre sus virtudes, le presentan como buen pastor. Los fieles de Solsona gustaban y apreciaban de ver a su pastor, depone uno de los testigos. Los fieles de Segorbe le consideraban como verdadero padre y pastor, afirma otro. Los fieles recibían con gozo a su pastor. Influía en esto el carácter amable y sencillo del obispo, afirma un tercero. Y es que, como aseguran quienes le conocieron, Luis Amigó fue un buen pastor de almas. Pues para todos fue prudente y humano, modesto y sencillo, pobre y hospitalario.

## 52. LUIS AMIGÓ HOMBRE DE FE

**S**i a todo militar se le supone la valentía, a un obispo necesariamente se le ha de suponer la fe. De ahí que centre toda su vida sobre la virtud teologal de la fe. “El justo vivirá de su fe” (*Heb 11, 38*); “sin fe es imposible agradar a Dios” (*Heb 11, 6*) o “esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (*1ª Jn 5, 4*).

Por ello se ha podido afirmar que Luis Amigó evidentemente vivió una vida auténtica de fe. Se dejaba ver fácilmente en todas sus obras. Daba la impresión de que siempre estaba en trato con Dios; tal era la presencia de Dios que manifestaba tener. De un modo especial se traslucía esta vida de fe en la celebración de los divinos misterios y demás actos de culto. La atención y reverencia con que procedía, emocionaban. Todo ello viene a demostrar que Luis Amigó fue un hombre de profunda fe, aseguran los testigos.

Sin embargo, lo que mayormente le califica como hombre de fe es que, ya antes de ser nombrado Obispo A.A. de Solsona, compuso la novena a Nuestra Señora de la Fe, y que, siendo ya elevado al episcopado, tiene así mismo una amplia exhortación pastoral sobre la fe.

Los años de 1890-1892 Luis Amigó estuvo de fraternidad en el convento capuchino de Orihuela (Alicante). Son los años en que, realizando obras en el convento, es hallada por segunda vez la imagen de Nuestra Señora de la Fe, a cuyo culto dedican el segundo altar de la izquierda de la iglesia. Y Luis Amigó, “viendo la multitud de prodigios que por intercesión de Nuestra Señora de la Fe se consiguen con mucha frecuencia me ha movido a dar a luz esta novena”, escribe él mismo personalmente.

Y, respecto a su exhortación sobre la fe, cabe decir que Luis Amigó asocia la fe con la fortaleza y con la felicidad. De su exhortación pastoral *Sobre la Fe*, en unión de la fortaleza, entresacamos las siguientes afirmaciones:

“Las buenas obras, amados hijos, son la vida de la fe, como la fe, a su vez, es la vida de las buenas obras” (*L. Amigó, OC 1000*). De la fe viene al cristiano su fuerza y su actividad porque el justo vive de la fe, como dice el apóstol (*Rom 1, 17*), “Y de ella saca el pensamiento su inspiración, el corazón sus afectos y la voluntad sus fuerzas y resoluciones más generosas”.

Y Luis Amigó concluye preguntándose: ¿De dónde si no de la fe, les venía a los mártires aquella sabiduría con que confundían a los tiranos?” (*L. Amigó, OC 1001*). “Y así hemos de concluir, que nuestra fe es firme e inquebrantable, puesto que se apoya en tan sólido fundamento, pues es Dios en quien se apoya; verdad infalible, e infinitamente perfecto” (*L. Amigó, OC 991*).

Por otra parte, Luis Amigó inculca la fe como causante de la felicidad, tanto a nivel personal como a nivel nacional de pueblos y sociedades: “Si conforme a los naturales impulsos de vuestro corazón, ansiáis ser felices, sabed que sólo por la fe que os hará amables al que es fuente y dador de todo bien, podréis conseguirlo, pues sin ella es imposible agradar a Dios” (*L. Amigó, OC 560*).

“Y no sólo los hombres, sino aún los pueblos y las sociedades que ellos forman deben su verdadera grandeza a su fe y a sus buenas costumbres” (*L. Amigó, OC 1002*). “En efecto, sigue diciendo, la fe es la que hace feliz al hombre en este mundo, aún en medio de las mayores calamidades y tribulaciones, en la fe estriba también la grandeza de los pueblos” (*L. Amigó, OC 986*).

“Cuán triste e intolerable se nos haría la vida, escribe, si al dirigir nuestra mirada al cielo no dijera la fe a nuestro corazón atribulado que allí está el término de todos estos sufrimientos y que será tanto mayor nuestra felicidad en él cuanto más rudas hubieren sido las pruebas soportadas” (*L. Amigó, OC 561*).

Fe, fidelidad y fortaleza constituyen las tras eses del triunfo y una buena medicina para la felicidad en esta tierra y para soportar los sufridos años de la vida mayormente alentados.

Don Alejandro Manzoni escribió la extensa novela *Los Novios*. De los protagonistas, mientras Renzo se ve metido en toda clase de charcas de la vida; Lucia, en cambio, jamás hubo de sufrir problema alguno. El autor concluye su romance

con esta clara y bella reflexión: “Cuando vienen los problemas, con culpa o sin culpa de nuestra parte, la fe en Dios les mitiga y les vuelve útiles para una vida mejor”.

Luis Amigó, sin duda, un hombre de profunda fe, con el ejemplo de su vida y la predicación de sus obras, sin duda era del mismo parecer de D. Alejandro Manzoni en su romance *Los Novios*.



### 53. PARA GORIA DE DIOS Y SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Para gloria de Dios y salvación de las almas” fue sin duda el *leif motiv* de la vida de Luis Amigó y la razón última y más profunda de su fructuoso apostolado. El capuchino padre Melchor de Benisa, en el proceso diocesano, declaró “que a Luis Amigó le entusiasmaba todo lo que fuese para gloria de Dios. Él no podía estar quieto en este aspecto”. (*Sum pág. 8 ad 65*).

En su misma *Autobiografía* hallamos que numerosas veces escribe al respecto, y ya desde el comienzo de la misma: “Para mayor gloria, pues, de Dios, y confusión y humillación de mi alma” (*L. Amigó, OC 1*). Y con “Gloria sea dada al Señor” finaliza numerosos párrafos de dicha *Autobiografía*.

A sus diocesanos de Segorbe les escribe: “Cuanto existe en este palacio encantador del mundo no tiene otro objeto, después de la gloria de Dios, que facilitar al hombre en este transcendental negocio de la salvación” (*L. Amigó OC, 834*).

Y en otra ocasión ya les había escrito: “Todo lo que somos, podemos y valemos, lo hemos de poner, amadísimos hijos, al servicio del Señor, de quien lo hemos recibido y a cuya gloria se ordena” (*L. Amigó, OC 518*).

Por lo demás la obra de las fundaciones de las órdenes terceras, la de sus congregaciones religiosas y la de las misiones, como así mismo su ministerio pastoral, los desarrolla siempre con la finalidad de dar gloria a Dios y la salvación de las almas.

Luis Amigó fundó y reorganizó 17 órdenes terceras en la huerta de Valencia, siguiendo la finalidad propuesta, ya en 1884, para la revista *El Mensajero Seráfico*: “Extender las órdenes terceras para la mayor gloria de Dios, honor de María Inmaculada y propagación de la devoción a nuestro padre San Francisco”.

Siendo ministro provincial funda la revista *Floreceñas de San Francisco*, como órgano oficial de las órdenes terceras y con la misma finalidad de extender las órdenes terceras para mayor gloria de Dios, honor de María Inmaculada y propagación de la devoción a nuestro padre San Francisco.

Animaba a sus diocesanos a la enseñanza del catecismo siguiendo el ejemplo de los apóstoles “que no buscaban otra cosa que la gloria de Dios y la salvación de las almas” (*L. Amigó, OC 359*).

Y con expresiones similares se dirigía a los sacerdotes de su diócesis: “Recordamos a los sacerdotes que por todos los medios que les sugiera su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, propaguen y tomen parte activa en la enseñanza del catecismo” (*L. Amigó, OC 2223*).

A sus religiosas terciarias capuchinas escribe una extensa carta que concluye con este consejo paternal: “Deseo que seáis muy santas para gloria

de Dios, honor de nuestra congregación y salvación de muchas almas que el Señor pondrá bajo vuestra dirección y custodia” (*L. Amigó, OC 1820*).

Y en otra de las misivas a sus hijas igualmente aconseja la gloria de Dios y salvación de sus almas con estas palabras: “A las religiosas todas de esa casa, os ruego, hijas mías, tengáis siempre muy presente el designio de Dios al traeros a la Religión, que fue el de que le dieseis mucha gloria santificando vuestra alma” (*L. Amigó, OC 1916*).

Y, finalmente, en la considerada como su carta testamento, luego de una larga serie de consejos y de la enumeración de una lista de virtudes franciscanas, deja a sus hijas e hijos espirituales como última voluntad: “Con estos caracteres seréis conocidos de todos como hijos del Serafín de Asís, continuadores de su altísima misión, que tanta gloria da a Dios y tan abundantes frutos de salvación a la humanidad” (*L. Amigó, OC 1832*).

Y concluimos, para no alargar excesivamente esta lista de citas sobre el que fue el *leif motiv* de su vida *la gloria de Dios y salvación de las almas*, con otra declaración del P. Melchor de Benisa: “La gloria de Dios en sus trabajos era la aspiración de su vida” (*L. Amigó, OC Sum pág. 9. Ad 113*).

## 54. LUIS AMIGÓ Y MONSEÑOR JAVIER LAUZURICA

**M**onseñor Francisco Javier Lauzurica, el que fuera obispo auxiliar de Valencia, conoció a Luis Amigó escasamente los tres últimos años de la vida de éste. Sin embargo, es seguramente uno de los testigos del proceso informativo diocesano del Venerable Luis Amigó que con mayor precisión haya delineado su silueta psicológica y espiritual.

En sus declaraciones procesuales ha delineado el perfil de Luis Amigó partiendo de su vida teológica. Nos presenta a Luis Amigó como un hombre de fe. Luis Amigó vivía el espíritu de fe, dice, como demostraba con sus palabras y hechos. Celebraba la santa misa con verdadero fervor, a la que seguía diariamente la acción de gracias y el ejercicio del vía crucis.

De la Santísima Virgen hablaba con el afecto de un verdadero hijo. Tuvo un cumplimiento exacto de la regla capuchina, mientras estuvo obligado a ella como quien la llevaba en lo íntimo de su corazón. Y gozaba en recibir a sus hermanos capuchinos. Vivía únicamente de espíritu de fe que, al menos a su juicio, en los últimos años de su vida se elevó a grado heroico.

Respecto de su esperanza Mons. Javier Lauzurica declara que Luis Amigó esperaba siempre en Dios, y por eso aparecía como cosa natural el abandono de su persona y obras, especialmente de las congregaciones por él fundadas, a la Providencia de Dios. Nunca le vi perder la serenidad, asegura. Siempre le oí hablar con confianza para ir al cielo fundado en los méritos de Jesucristo y en el amor a la Santísima Virgen.

La caridad, según Mons. Javier Lauzurica, fue la virtud sobresaliente del Siervo de Dios, al menos en los últimos años de su vida terrena. Tenía rasgos de verdadera delicadeza para con el prójimo. Me admiraba no poco la naturalidad con que prescindía de su propia persona para todo.

Y ya, referente a su silueta psicológica y moral, Mons. Javier Lauzurica la delinea y completa con los siguientes rasgos: “Era, el fondo de su ser, la paz; su vestidura, la humildad. Fue su vida correr manso de un río, sin declives pronunciados ni desbordamientos que rebasan el cauce. A su paso florecieron las flores de toda virtud: la caridad, la pobreza, la humildad, la obediencia, la austeridad, el sacrificio...La bondad de su hermosa alma se le irradiaba en la sonrisa, que iluminaba su rostro, sonrisa que ni la muerte pudo borrar”.

“Poseyó, como pocos, el raro don de una vida inalterablemente serena, sin relieves, sin deslumbramientos, callada en la superficie pura de profundo cauce espiritual” (*Autobiografía*).

Mons. Javier Lauzurica va completando el retrato espiritual de Luis Amigó con otra se-

rie de virtudes morales cosechadas por él, sin duda, en su larga vida de religioso capuchino. Asegura que, a su juicio, era la prudencia personificada. Había dominado su genio de tal manera que no se notaba en él ninguna clase de violencia; todo lo reflexionaba y en sus juicios todo lo echaba a buena parte. En la dirección de las obras fundadas por él es donde notó más su prudencia.

Hombre de gran fortaleza, tenía siempre delante de sus ojos el ejemplo de la cruz. Como era tan amante de Jesucristo, por lo mismo –asegura– era obedientísimo. Viene a completar su silueta espiritual otra serie de virtudes, entre las que Mons. Javier Lauzurica afirma que en su espíritu era un verdadero pobre de solemnidad, en cuanto al desapego absoluto del dinero. Su humildad le encantaba.

La mañana del 24 de septiembre de 1934 Mons. Javier Lauzurica administra los últimos sacramentos a Luis Amigó. El capuchino P. Juan Bautista de Ardales recoge el relato del Santo Viático con este conciso diálogo y breves palabras:

“Al despedirse el Sr. Obispo Auxiliar, le prodigó palabras de consuelo y de fortaleza, ya que con sus buenas obras tenía preparado un gran premio en la gloria”.

El venerable enfermo le cogió las manos y, dándole las gracias por su caridad, se las besó diciéndole: *Señor Obispo, yo no soy más que un pecador,*

*Usted es –le contestó– lo que Dios sabe y nosotros también.*

Y vivamente emocionado besó las manos del moribundo y se retiró diciendo: *Es un santo, es un santo.*

Mons. Javier Lauzurica sintetiza su concisa declaración procesual con esta breve afirmación: “Sólo puedo decir que en los años que yo le traté vi en él un obispo modelo, pues sus sentidos, gustos inclinaciones y carácter estaban fundidos en Jesucristo”.

*(Cfr. Proceso rogatorio de Oviedo y Autobiografía).*

## 55. LUIS AMIGÓ SUPERIOR PROVINCIAL

Por estas fechas se están cumpliendo los ciento veinticinco años de la fundación del convento capuchino de Orito, Alicante; de la división de la provincia capuchina de Toledo en las dos de Valencia y Andalucía; y de la elección del Luis Amigó a ministro provincial. Tres efemérides convergentes que se solapan en la persona de Luis Amigó.

El rápido desarrollo de la Orden Capuchina en España, a partir de la restauración de 1877, por una parte, las deficiencias en formación por el rápido crecimiento de las fraternidades, junto con el deseo vehemente de los religiosos de restaurar las antiguas provincias, produjo frecuentes fricciones, lo que hacía necesaria la división de la provincia de Toledo en dos provincias.

Luis Amigó escribe en su *Autobiografía*: “Fue siempre aspiración, tanto de los religiosos andaluces como de los valencianos, la restauración de las antiguas provincias de Andalucía y Valencia...Y era convenientísima esta decisión para satisfacción y tranquilidad de los religiosos, pues siempre les resulta a los más molesto el tener que residir en conventos que no fuesen de su territorio” (*L. Amigó, OC 143*).



En este punto hay que decir que Luis Amigó era consejero provincial de la provincia de Toledo, la que sería dividida en las antiguas provincias de Andalucía y Valencia. Ostentaba además el cargo de fabriquero provincial, con otros hermanos y, por lo tanto, conocía bien el estado de la provincia. Y, además, era amigo del P. José Calasanz de Llevaneras, consejero general en Roma.

Por otra parte, los religiosos valencianos le insistían en la división en provincias, pues acudían a él. Era convenientísima esta división para satisfacción y tranquilidad de los religiosos, pues siempre les resultaba a los más molesto el tener que residir en conventos que no fuesen de su territorio, como se ha dicho anteriormente.

Luis Amigó en seguida pone manos a la obra y solicita de Roma la posible fundación de un convento en Alcoy y otro en Orito, Alicante. Pareció más conveniente la elección del convento de Orito, por cuanto había sido un convento alcantariño, bastante deteriorado por el paso de los años y abandonado por los padres franciscanos.

Entre tanto se fueron recibiendo nuevas vocaciones a la vida religiosa capuchina a la vez que se iba perdiendo la paz entre los religiosos. En esta situación, y mediando el Cardenal Vives y Tutó, se presentó al Conejo General en Roma que, teniendo ya más conventos y religiosos en Valencia, se hiciese a división en las dos provincias de Andalucía y de Valencia, como estaban antiguamente.

“Como, pues, ya había aumentado bastante el número de conventos y religiosos en ambas

regiones de Andalucía y Valencia –escribe Luis Amigó–, el Rmo. P. General, atendiendo a las peticiones de los religiosos, obtuvo de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el 30 de septiembre de 1898, autorización para reconstruir las antiguas provincias de Andalucía y Valencia” (*L. Amigó, OC 144*).

Solicitados los pareceres de los religiosos no es de extrañar, pues, que Luis Amigó resultase ampliamente agraciado con los pareceres de los religiosos valencianos como propuesto para primer superior provincial, luego de la restauración, claro, por lo que en fecha 16-XII-1898 es nombrado ministro provincial de la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo, de Valencia.

La fundación de la provincia se debe a San Juan de Ribera a la que dotó de trece conventos de los 85 por él fundados, de los que la mitad los donó a la familia franciscana, con trece de los cuales por él fundados constituyó la provincia capuchina de la Preciosísima Sangre de Cristo de Valencia.

Luis Amigó, apenas le llegó el nombramiento, que se había cambiado con el del ministro provincial de Andalucía, los últimos días del año 1898 se dio a reunir al discretorio provincial en Massamagrell, Valencia, y el primer día del nuevo año 1899 se distribuyeron los cargos y se elaboró el programa de intenciones para la provincia para el trienio que se iniciaba.

El 1° de enero de 1899 Luis Amigó enviaba a cada fraternidad los acuerdos de gobierno toma-

dos en consejo provincial para echar adelante la provincia. Los acompañó de una carta de presentación que concluía con este pensamiento: “Así como la firmeza y solidez de un edificio depende en gran parte de su fundamento, así de nuestra virtud y buen ejemplo depende la fortaleza y estabilidad de este edificio moral de la provincia de la Preciosísima Sangre de Cristo que sobre nosotros como fundamento se levanta” (*L. Amigó, OC 1616*).

Dio así comienzo la marcha de la nueva provincia capuchina.

## 56. EL TROTAMUNDOS DE DIOS

**Y**a en varias ocasiones me he propuesto escribir una breve biografía de Su Santidad Juan Pablo II. Eran muchos los motivos que me inducían a ello: Juan Pablo II ha estudiado en el Angelicum, como yo. Ha estado presente en la Causa de Luis Amigó hasta el tramo final. Ha beatificado nuestros mártires. Y nos ha recibido varias veces en audiencia privada. Y, sin embargo, no he conseguido llevarla a efecto pensando, sin duda, lo improbable que supone el trabajo de resumir una vida, tan plena y tan solemne, en tan sólo dos páginas. Espero conseguirlo esta vez.

Karol Wojtyła, en sus primeros años Lolek, como papa Juan Pablo II, nace el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, Polonia. A los nueve años pierde a su buena madre, a los doce fallece también su hermano Edmund y poco después muere también su padre. Queda en absoluta soledad. La dureza de sus años juveniles, la dureza de la guerra, los trabajos en la cantera de la fábrica química de la Solvay, constituirá la base de su formación rocosa. El cardenal Wicinski le denominará “el robusto montañés de Wadowice”.

Los avatares de la vida le irán abriendo el camino de su existencia. Primero, actor de teatro,

comienza luego sus estudios, a escondidas, bajo el patrocinio del que luego fuera cardenal Adam Sapieha. Y, finalmente, es ordenado de presbítero el 1° de noviembre de 1956.

Da comienzo a su ministerio apostólico como vice párroco del pueblecito de montaña de Niegowik, a unos 50 kilómetros de Cracovia. Poco después acude a Roma para completar sus estudios teológicos en el Angelicum y aprovecha las vacaciones de Navidad y verano para visitar Francia, Holanda y Bélgica. Aquí da comienzo su agitada vida de trotamundos de Dios.

Con grupos de jóvenes descende al lago Masuri o sube a esquiar al Monte Tatra, en Zakopone, en los confines con Eslovaquia. Luego de doce años de servicio pastoral, es nombrado obispo auxiliar de Cracovia a sus 38 años, a cuyo servicio de pastor pasó hasta el 8 de marzo de 1964 en que es elegido para la sede de Cracovia.

La tarde del 16 de octubre de 1978 la Capilla Sixtina estalla de gozo. Karol Wojtyla es elegido sumo pontífice. Ya le había dicho el cardenal Wyszynski: “Si te eligen, te ruego que aceptes. Tú estás llamado a acompañar a la Iglesia al tercer milenio”.

Seguramente que, hombre llegado del Este, gran peregrino por los caminos del mundo, tenía muy claro su nuevo ministerio pastoral: “Ser el trotamundos de Dios en un perenne trajinar penitencial”. Portador de la paz y perdón a las naciones. Y, en el nombre del Señor y la protección de la Virgen, en 180 viajes visitó no menos de cien

naciones, algunas de ellas varias veces. Lleva a las conciencias la palabra, el perdón y la misericordia. Será un *globe-trotter*, como aseguró en cierta ocasión.

Por lo demás le daba seguridad el que quedase en Roma al cargo de la Iglesia el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la doctrina de la Fe, que fue siempre un seguro de seguridad para el Papa.

Karol Wojtiwa dio comienzo a su ministerio apostólico en una jornada tranquila, en el dulce otoño romano, con un grito: “No tengáis miedo. Abrid de par en par las puertas a Cristo”. Y se echó a recorrer el mundo como un monje eslavo, portador de paz y consuelo a los pueblos. Él deseaba caminar, ser un pontífice itinerante, caminar con san Pedro, como san Pablo, caminar por todos los caminos de la tierra”.

En los Estados Unidos de América dijo a los obispos: “Invoco el rigor de la doctrina cristiana contra el materialismo, el secularismo desbordante y el permisivismo moral”.

En su visita al campo de concentración de Auschwitz exclamó: “Este es el Gólgota del mundo contemporáneo”. Recordó la gran figura de Edith Stein y se detuvo ante la lápida del holocausto de los hebreos.

En Suiza, y concretamente en Berna, exclamó: “Tengo una inmensa tristeza: Uno de nuestros hermanos en el episcopado romperá la unidad de la Iglesia en un peligroso cisma”. Se refería a Mons. Marcel Lefebvre, obispo de Dakar, Senegal.

En la sinagoga hebrea de Roma, en el Lungotevere, había dicho: “Sois nuestros hermanos predilectos. Sois nuestros hermanos mayores”.

Y en Praga, puso de relieve los peligros de la conquista de la libertad en contacto con el Occidente. “Hay ciertos virus, cuales son el secularismo, el indiferentismo, el consumismo hedonista, el materialismo práctico y aún el ateísmo formal, hoy tan ampliamente difundidos”.

Otro gran campo de su apostolado lo constituyen su docena de encíclicas. En ellas, trató todos los temas, entre ellos: El mundo del trabajo; la evangelización de los pueblos; la figura de María; la cuestión social y del trabajo; el empeño misionero de los pueblos; o sobre el ecumenismo y la unidad de los cristianos, que llevaba tan dentro de su corazón.

En el Jubileo del 2000 al mundo del trabajo dijo en la pradera de Tor Vergata en la campaña romana: “A todos cuantos sufren por falta de trabajo, por salario insuficiente, por falta de medios materiales les expreso mi solidaridad”.

Varón acostumbrado al sufrimiento no podía faltar en el gran Jubileo del 2000 su recuerdo de los mártires la tarde del día 5 de mayo: “Yo canto los dolores de la Iglesia. Con gran alegría cantamos las victorias de los mártires”.

Y, como colofón y momento supremo del año jubilar, no podía faltar su peregrinación a la Tierra Santa, la Patria de Jesús. La inició con la visita al Monte Sinaí, la continuó con el Monte Nebo, Nazareth, el Museo del Holocausto y Muro de las

Lamentaciones, para concluirla ante el sepulcro de Jesús, suplicando reconciliación, luz y paz para a las tres religiones: hebreos, cristianos y musulmanes

Juan Pablo II, durante su larga y jubilosa existencia siempre y en todo momento, manifestó su amable recuerdo a los sacerdotes, a los religiosos, a los pobres, a los encarcelados, al mundo juvenil, al mundo del trabajo, sin olvidar los grandes problemas mundiales.

El Gran Jubileo y el primer año del siglo XXI lo concluye con el canto del Te Deum. A partir de la fecha *il robusto montanaro di Wadovice* se fue apagando hasta poner punto final a su existencia terrena el 2 de abril del Año del Señor 2005. ¡Laus Deo!



## 57. LUIS AMIGÓ Y LA CUESTIÓN SOCIAL

**E**n primer lugar, para tratar el tema de la cuestión social y obrera en el Venerable P. Luis Amigó es imprescindible partir de sus primeros años de formación en Valencia, en su relación con el ebanista D. Gregorio Gea y Miquel. Y, en segundo lugar, en preciso reconocer que, en tiempos de Luis Amigó, la cuestión social todavía se hallaba en ciernes y se solucionaba, más que con justicia y derecho, con piedad y misericordia.

D. Gregorio Gea fue un artesano de la madera cuya obsesión de toda su vida fue *la recristianización del obrero*. Para ello se cuidó mucho de preparar a los jóvenes en catequesis, artes y oficios y crear escuelas católicas. En su casa, que llamó *Colegio de San Francisco*, llegó a hospedar a un buen número de jóvenes, algunos seminaristas. Con muchos de ellos precisamente funda el *Patronato de la Juventud Obrera de Valencia*.

A este grupo de jóvenes los forma en artes y oficios, los prepara para las catequesis dominicales, los lleva a visitar a enfermos y encarcelados, en hospitales y cárceles. Y los prepara para *recristianizar al mundo obrero* en una vida cristiana y laboriosa. Un su biógrafo, de los *Amigos de Don Gregorio*, se preguntaba: ¿No sería más fecundo

nuestro apostolado si nos preparásemos como se preparaba Gea y sus compañeros?

Luis Amigó fue uno de los llamados *Amigos de D. Gregorio*, según él cuenta (*cf. L. Amigó, OC 9*). Con el ingreso de Luis Amigó, y algunos de sus compañeros, en los capuchinos de Bayona cambió un tanto su dirección vocacional, pero no el motivo y esencia de la misma: de *recristianizar al obrero*, objetivo final de D. Gregorio Gea.

Sin duda que a Luis Amigó se le quedó muy gravada en su juventud la actitud de D. Gregorio. Por ello Luis Amigó en su vida se empeñará en visitar cárceles y hospitales, fomentar la formación profesional, crear escuelitas parroquiales nocturnas, posibilitar la *recristianización del obrero*, iniciando por los jóvenes al estilo de los *Amigos de Don Gregorio*. ¿No será esto moralización?

En 1909 se dio la llamada *Semana Trágica* de Barcelona. Fue un movimiento obrero que movió las zonas industriales de toda Cataluña y sus mayores pueblos. Eran los años en que Luis Amigó, según el decir de sus diocesanos, siguiendo las directrices de León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*, crea escuelas católicas y parroquiales, patronatos y círculos católicos para la formación y promoción del obrero.

Es el modo cómo Luis Amigó, el piadoso obispo de Solsona, apoya la encíclica del gran franciscano León XIII, la *Rerum Novarum*, que ofrece ya las normas directivas para dar a las organizaciones obreras los medios oportunos para que consiguiesen su fin “que consiste en que cada uno de

los asociados consiga el mayor aumento posible de bienes físico, económico y moral”.

“Grande interés demostró Luis Amigó –escribe su biógrafo P. Mariano Ramo– por los Círculos Católicos, en los que renovó alguna de sus Juntas. Y para remediar el decaimiento que en estos centros se notaba, enviaba delegados para que los animasen e imprimiesen vigor, redactando nuevas bases para sus Reglamentos y ampliando su esfera de acción”.

“En Solsona creó tres secciones, que entendían respectivamente: la primera, en la parte religiosa; la segunda, en la propaganda y movimiento obrero social, la cual se ocupaba también de formar sindicatos agrícolas, y la tercera en lo referente a las escuelas nocturnas, patronato de jóvenes y parte recreativa”.

Las diócesis, tanto la de Solsona como la de Segorbe, son diócesis de escasa población y de carácter agrícola y ganadero. Por ello la actividad de Luis Amigó, en ambas diócesis, en cuanto a la acción social se refiere, va dirigida a favorecer a los trabajadores del campo. De todos modos, en Segorbe el problema de la cuestión social y obrera estaba menos latente que en Cataluña, por lo cual la intervención del obispo Amigó lo ve desde el punto de vista de la piedad y misericordia.

Mons. Luis Amigó, según escribe su biógrafo el P. Mariano Ramo, “Deseoso de la más completa formación de su clero, y teniendo el Prelado presente que uno de los problemas que ya entonces reclamaba la atención del sacerdote para su debida

solución era la cuestión social, además de las lecciones de sociología que se impartían en el seminario a los alumnos, quiso que desde el año 1920 se diese periódicamente un cursillo de Acción Social para el clero, dirigido especialmente a la creación y funcionamiento de los sindicatos agrícolas, según el criterio católico”.

Y prosigue el biógrafo: “No era nueva semejante actividad en nuestro Prelado. En su primera diócesis de Solsona dictó sabias normas para la organización de algunos sindicatos agrícolas y para fomentar más todavía la vida de otros” (*Cfr. Ramo, Mariano: Mensaje de Amor y de Redención II, págs. 114. 161*).

Como en Solsona así mismo en Segorbe, y entre sus hijos, Luis Amigó recomienda la actividad de la creación de escuelas para la formación del trabajador social. De todos modos, el problema social Luis Amigó lo encara desde el punto de vista de la piedad y misericordia, especialmente en una mejor redistribución de las riquezas. Pues, en una de sus exhortaciones pastorales, escribe:” ¡Que hermoso papel desempeña el rico si sabe ser ministro de la Divina Providencia, dando de comer al hambriento y de beber al sediento, vistiendo al desnudo y socorriendo, en una palabra, las necesidades de los prójimos! ¡Y de cuantas alabanzas y bendiciones de ellos se verá colmado, que le atraerán las del cielo!” (*L. Amigó, OC 977*).

Por lo demás en un tiempo en que tanta necesidad había de escuelas, Luis Amigó animó a sus feligreses a la creación de escuelas católicas parroquiales; a sus religiosos a la creación de escuelas

nocturnas; a los dominicos de Solsona les impuso continuar desempeñando la escuela parroquial (*Cfr. L. Amigó, OC 197. 450. 1840. 2008. 2034*).

El aporte de Luis Amigó a la cuestión social y obrera, en sus diócesis se centró en la creación de patronatos, sindicatos, círculos católicos y escuelas parroquiales. Y en sus congregaciones, en la creación de escuelitas nocturnas con que pudieran inserirse en la sociedad los jóvenes al salir de la escuela en el campo laboral.

## 58. SENTIDO PENITENCIAL DE LUIS AMIGÓ

**N**os encontramos en la Cuaresma, un tiempo litúrgico con un gran sentido penitencial. Y el sentido penitencial hace referencia, mucho más que a privaciones exteriores de ayunos y abstinencias, a modificaciones interiores del espíritu y de conducta.

Los griegos tenían para esta denominación penitencial la palabra *metánoia*, es decir, un cambio en la manera de pensar, de vivir y de actuar. O lo que es lo mismo, un cambio de conducta. “Que no mejora quien cambia de lugar, sino de forma de vida y costumbres”, que así concluye la vida del Lazarillo de Tormes y así mismo del Buscón D. Pablos, de Quevedo.

Las fuentes o raíces del sentido penitencial las encontramos en la Biblia: “Yo os digo si no hacéis penitencia, todos igualmente pereceréis” (*Lc. 13, 3. 5*). “El Reino de Dios está cerca, arrepentíos y creed al Evangelio” (*Mc. 1,14*), decía Jesús junto al Mar de Galilea.

Por su parte San Pablo, en una de sus cartas, escribe: “Ya es hora de comenzar, hermanos. Ya es hora de ponernos en pie”. El pensamiento lo recoge nuestro Seráfico Padre San Francisco quien, en los comienzos de su conversión, dice: “Comencemos,

hermanos, a servir al Señor, porque hasta ahora bien poco o nada hemos hecho”.

Así inicia su vida el Seráfico Padre San Francisco, y así mismo la concluye en el comienzo de su testamento. “De este modo me concedió el Señor a mí, el hermano Francisco, dar comienzo a mi vida de penitencia” (*Test. 1*).

Por lo demás sus fundaciones todas ellas tienen un marcado carácter penitencial, pues los Hermanos Menores de la primera Orden eran llamados *los Penitentes de Asís*, las Clarisas de la segunda Orden *Damas Pobres de Asís*, y la tercera *Orden de Penitencia*. Incluso los Capuchinos, reforma característicamente de corte penitencial, eran denominados *Hermanos Menores de Vida Eremítica*.

Desde luego para Francisco la primera penitencia es sujetarse a la ley común del trabajo. Únicamente en el caso de que no llegue para cubrir la subsistencia acudirán a la mesa del Señor, es decir a la mendicación (*Cf. I<sup>a</sup> R. 1. 3-9*) “Del trabajo y la manera de trabajar”.

De Cristo, a través de San Pablo y Francisco de Asís, llegamos al Padre Fundador que, a más de Hermano Menor es, por añadidura capuchino, quien así mismo nos marca como nacidos de la Orden Capuchina y a través de la Orden Tercera de Penitencia.

Por otra parte, si nos referimos al nacimiento de las Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, leemos en sus Constituciones: “La mendicación sea el único patrimonio de las religiosas” (*L. Amigó, OC. 2299. 21*).

Y un poco más adelante: “Por lo mismo las Hermanas quedan constituidas herederas del patrimonio que para los pobres ha depositado el Señor en manos de los ricos, esto es, la limosna que pedirán por amor de Dios de puerta en puerta” (*L. Amigó, OC. 2350*).

Y cuando la hermana superiora de Yarumal escribe al P. Fundador pidiéndole consejo para la manera de dirigir a las novicias, le responde: “Nuestro Instituto, rama del árbol franciscano y por añadidura capuchino, debe estar basado en una profunda humildad, una obediencia ciega y una total pobreza” (*L. Amigó, OC. 1920*).

Por lo que se refiere a nosotros basta leer el Capítulo XI: “De las Mortificaciones Exteriores” de las primeras Constituciones para darnos cuenta del carácter profundamente penitencial de la Congregación, a la que habría que añadir el propio ministerio apostólico con los jóvenes, que se presta sin duda a un elevado ejercicio de carácter penitencial.

De todas las formas con este excursus histórico yo no pretendo que volvamos a ejercicios penitenciales, sean interiores, sean exteriores, de épocas pasadas ya periclitadas. Pero sí me permito decir que tengo la impresión, y más de una vez ya la he manifestado, de que es menester, por coherencia, llevar una mayor sobriedad de vida y costumbres.

Creo que es preciso, por coherencia con nuestra vida de franciscanos y terciarios capuchinos, llevar un tenor de vida sobria, honrada



y religiosa, como aconseja San Pablo. Sobriedad en tantas cosas de las que no tenemos mayor necesidad. Pues –y es pensamiento atribuido a San Francisco de Sales y que debiera concordar con nuestro género de vida– que “necesitamos poco, y lo poco que necesitamos, lo necesitamos muy poco”.

***Fr. Agripino G.***



Acabose de imprimir  
el 19 de abril del 2022  
en los talleres de  
Martín Gràfic  
de Valencia

